
HARLEQUIN
Jazmín
Tormenta y amor
Lindsay Armstrong

Tormenta y amor

Sarah era, según Cliff Wyatt, una solterona empedernida. La joven tenía veintiséis años, usaba gafas y era la maestra de una tranquila escuela pública.

Cliff solia decir que incluso sus gestos y sus comentarios eran los propios de una mujer que se habia ido a vivir a aquel lugar porque no podia encontrar marido.

Pero, tal vez, Sarah no quería ningún marido... De cualquier forma, él parecía dispuesto a cambiar el rumbo de su vida, aunque la joven no sabía aún si podía tomarse en serio a alguien como Cliff Wvaff.

CAPÍTULO 1

CÓMO está usted señorita Sutherland? Siéntese, por favor.

Sarah Sutherland titubeó brevemente y parpadeó un par de veces. Acababa de ser presentada a Cliff Wyatt y la experiencia le resultaba todavía impactante, así que se sentó frente al viejo escritorio de roble, sin que se le ocurriera nada que decir. Esperó a que él continuara.

Y lo hizo, después de una leve pausa, durante la cual Sarah sintió como si hasta el último detalle de su persona hubiera sido cuidadosamente escudriñado. Cliff Wyatt fijó la mirada en su rostro, de delicada forma ovalada, dominado por unas gafas de grueso armazón, y dijo:

-Como usted sabe, me he hecho cargo de Edgeleigh Station y, como probablemente ya ha adivinado, necesitaré hacer algunos cambios. Los bajos precios de la carne y métodos anticuados, así como algunas otras cosas, han hecho que esta propiedad funcione con pérdidas desde hace algún tiempo, así que tenemos que recortar gastos. Por lo tanto, ¿puede usted darme tres buenas razones para que nos quedemos con usted?

Sarah miró a Cliff Wyatt con los ojos abiertos de par en par. Él ya no estaba sentado, como ella, sino apoyado en el marco de la ventana que había detrás de su silla. Cliff era con toda probabilidad, pensó Sarah, el hombre más guapo que había visto desde hacía años. Tenía el pelo oscuro, ojos también oscuros, facciones clásicas, una piel de tono ligeramente aceitunado, una boca bien dibujada y un tipo que habría hecho sentirse orgulloso a cualquier atleta: hombros muy anchos, caderas estrechas, piernas largas y estatura elevada. Calculó que debía medir más de dos metros de altura. Para terminar de completar aquella imagen, sus gestos reflejaban una fuerte personalidad.

Sarah se sentó más erguida al recordar la pregunta.

-Puedo darle una docena de buenas razones, señor Wyatt -contestó en tono cortante-, y otra docena, o más, de razones menores; pero si usted no es capaz de comprender las ventajas de tener una escuela y una maestra residente en una finca de las proporciones de ésta, y situada en un lugar tan aislado, sería una pérdida de tiempo intentar explicárselas.

Cliff arqueó una ceja y murmuró:

-Habla usted como una verdadera maestra de escuela. Bueno... -retiró la silla y se sentó-, supongamos que soy imbécil, como usted insinúa. En otras palabras, acláreme las cosas. Desde luego, me gustaría dejar bien en claro que estoy a favor de la educación y mi

pregunta no está basada en la indiferencia ante una buena preparación escolar -levantó un bolígrafo de la mesa y señaló a Sarah con él en un gesto de arrogancia que la irritó todavía más.

-He leído en alguna parte -murmuró ella-, que es un grave insulto para algunos hombros que se les considera ignorantes, incultos y sin inclinaciones artísticas, pero ya que usted lo dice, en ese contexto y aplicado a usted mismo, es cierto. La Escuela del Aire hace una

labor magnífica; pero sólo es una alternativa cuando no se cuenta con las instalaciones adecuadas. En este caso, existe una alternativa gracias al cuidado y la consideración de los dueños anteriores -le dirigió una mirada irónica y continuó con voz tranquila-: Puedo también garantizarle que todos mis alumnos se han beneficiado con mis enseñanzas y si no me cree, puede hablar con sus padres. Desde luego ... -se detuvo y miró a Cliff Wyatt fijamente-, si usted no puede pagarme eso es otra cosa.

La expresión de Cliff Wyatt no cambió cuando dijo en tono divertido:

-Tiene usted la lengua muy suelta, por lo que veo, señorita Sutherland. Yo siempre he creído que las maestras de escuela nacen, no se hacen. Vaya... -se interrumpió y la miró con interés, fijándose en su sencilla blusa de algodón blanco. en sus vaqueros y sus botas, en su falta de maquillaje o de cualquier otro tipo de artificio- ...hasta tiene usted el aspecto de la clásica solterona, desde luego, nadie podría negar que tiene todas las características de una auténtica maestra. Es usted, según tengo entendido, una solterona empedernida, ¿verdad? -añadió mientras consultaba brevemente los papeles que tenía frente a él. Continuó antes de que Sarah pudiera hablar-: Ah, sí, tiene veintiséis años y es soltera. Nunca se ha casado, ni es probable que lo haga. No, eso no lo dice aquí: es sólo mi intuición -añadió al ver que Sarah se quedaba con la boca abierta-. Usted no se vería fea, si se preocupara un poco más por su aspecto, ya sabe. Está un poco delgada, pero tiene una piel y un pelo bonito... -se interrumpió. cuando Sarah se levantó y dio un puñetazo en el escritorio haciendo que todos los papeles saltaran.

Y no pareció molestarse cuando la joven dijo, rechinando los dientes:

-¿Cómo se atreve usted? Nada me gustaría más en este momento que... ¡romperle la boca! Cliff sonrió.

-Vaya, sería interesante aunque tal vez un poco desigual. Para empezar, no sé si podría levantarla con una mano, pero estoy seguro de que podría hacerlo con dos, así que creo que será mejor

que sigamos intercambiando insultos en lugar de golpes -la miró con expresión interrogante-. ¿Tiene usted la costumbre de andar por ahí amenazando a la gente con pegarla?

Sarah respiró hondo y se preguntó si se habría vuelto repentinamente loca.

-No -dijo en tono cortante y volvió a tomar aire-. No -repitió más controlada aunque todavía estaba furiosa-, pero debo confesar que nunca había sido insultada de esta manera... ¿Tiene usted la costumbre de andar por ahí, diciendo estupideces, señor Wyatt?

-No -contestó con una sonrisa forzada. Se apoyó en la silla-. Sin embargo, creo que el primer disparo en esta pequeña guerra lo ha hecho usted.

-Es posible que tenga razón -replicó Sarah-, pero usted me ha puesto inmediatamente a la defensiva, insinuando que tal vez no hubiera ninguna razón para mantener en funcionamiento la escuela, y lanzando después comentarios ofensivos sobre las maestras de escuela.

-¿Eso es todo? -murmuró Cliff, pero cuando Sarah abrió la boca para contestar, continuó con un brillo ligeramente perverso en los ojos-. En cuando a las buenas o malas razones, ¿me permite señalarle un par de cosas? No habrá siquiera escuela sobre la cual dis

cutir, si Edgeleigh quiebra, así que no puedo permitirme el lujo de hacer muchos gestos filantrópicos y necesito tomar algunas decisiones, como nuevo propietario y patrón de este lugar -sonrió levemente-. Estoy acostumbrado a enfrentarme abiertamente a los problemas, sin vacilar, y sin andarme con rodeos. Pero ahora que la he conocido, señorita Sutherland y. cuando por lo menos tres parejas de padres me han dicho que es usted una maestra excelente y que no saben que habrían hecho sin usted, además de que he tenido oportunidad de conocerla... y de notar lo apasionadamente que defiende su escuela... puede quedarse. Al menos por ahora.

-¿Usted... usted siempre... trata de asustar... o más bien de provocar a sus empleados, como ha hecho conmigo esta mañana, señor Wyatt? ¿O lo ha hecho

usted sólo en mi caso?

-¿Tiene alguna razón para pensar que estoy dándole un trato especial. señorita Sutherland? -replicó él a su vez.

-Tal vez tenga una aversión innata a las mujeres solteras, como suele ocurrirles a todos los hombres machistas- sugirió Sarah con muy evidente menosprecio.

-¡Cielos! -Cliff Wyatt la miró con perezosa diversión-. Tengo la

sensación de que nos esperan momentos interesantes, señorita Sutherland. Sería divertido que al final descubriéramos que no tenemos objetivos opuestos, ¿verdad?

-No sé que quiere decir usted con eso.

-No se da cuenta, ¿eh? -se encogió de hombros-.Mientras tanto, tal vez deba limitarme a llevar este lugar y usted a encargarse de su escuela. De esa forma podríamos lograr, ...limitar este conflicto antes de que vaya más allá de lo razonable. ¿Debo suponer que acepta usted quedarse?

Sarah se mordió el labio y trató de contenerse, pero pocas veces había albergado sentimientos tan contradictorios como en ese momento y se oyó decir con ironía:

-Supongo que sí, pero le puedo asegurar que haré todo lo posible para no cruzarme en su camino.

-Bien -Cliff se puso de pie-. Va usted a tener dos nuevos alumnos, por cierto.

-¿Sí?

-Los hijos de mi hermana. Va a vivir aquí conmigo por ahora. Se acaba de separar de su marido. Los niños tienen seis y siete años. ¿Quiere usted que se los presente ahora mismo o le gustaría calmarse y dominar antes la frustración que le producen los hombres machistas?

Los ojos de Sarah relampaguearon de forma peligrosa, pero en el momento en el que abrió la boca para hablar, se abrió también bruscamente la puerta y entraron cuatro personas en el estudio.

-Bueno, esto resuelve la cuestión -murmuró Cliff Wyatt-. Señorita Sutherland, permítame presentarle a mi hermana Amy, mis sobrinos, Sally y Ben, y Wendy Wilson. Amy, te presento a... Sarah... creo que se apellida Sutherland, es la maestra.

Los siguientes minutos fueron bastante confusos, pero Sarah tuvo varias impresiones dominantes... que Amy Weston y Wendy Wilson. que por lo visto era su mejor amiga, eran ambas mujeres muy elegantes, perfectamente arregladas y vestidas, que no podían haber estado tan fuera de lugar como lo estaban en esos momentos, en una hacienda ganadera, aunque lo hubieran intentado, con sus vestidos de diseño exclusivo, sus largas uñas pintadas, sus delicadas sandalias y su maquillaje, aplicado de forma experta. Eran, además, dos mujeres que hacían un notable contraste. Amy era una delicada rubia, de estatura baja, mientras que Wendy era morena, alta, de ojos verdes y tenía una figura extraordinaria.

Tanto Sally como Ben eran rubios y de ojos azules, como su madre; pero mientras Sally se retraía con timidez, Sarah reconoció

en Ben todos los rasgos de un niño lleno de energía, atrevido y travieso como pocos.

Una vez que terminaron los saludos y las presentaciones, Amy dijo:

-Bueno, menos mal que hay una escuela, pero sinceramente, Cliff, este lugar es... ¡increíble! La casa es viejísima y hay trabajadores por todas partes y todo es tan... -hizo un gesto de impotencia-. Es... bueno, parece como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. No sabía que estaba tan lejos y en un lugar tan salvaje -dijo con vehemencia.

-Te lo advertí, Amy -contestó Cliff Wyatt con impaciencia-. La casa estará terminada en breve y modernizada hasta donde sea posible. Además, hay un ama de llaves así que no tendrás que mover ni un dedo, aunque seas muy capaz de hacerlo -añadió secamente. Y continuó diciendo-: Dime una cosa: ¿preferías haberte quedado, o tal vez haber languidecido sea una expresión más adecuada, sola en Brisbane, puesto que dices que no tienes intenciones de volver a Coorilla?

A Amy no pareció afectarla ninguna de las ofensas y adoptó una expresión de nostalgia.

-Por lo menos podía haber salido de compras en Brisbane. Y acabo de conocer al ama de llaves, Cliff -añadió con más énfasis-. El] es... bueno, no sé qué decir...

En ese momento intervino Wendy Wilson:

-Probablemente tenga un corazón de oro bajo esa voluminosa figura y esa peculiar... manera de ser -sugirió con una voz ronca y extrañamente sensual.

-Lo tiene -dijo Sarah.

Todos los ojos se volvieron hacia ella y a Sarah le llamó la atención que fuera Wendy y no Amy la que le dijo:

-Usted probablemente podría ayudarnos un poco, señorita Sutherland. Como usted ve, en este momento nos sentimos como peces fuera del agua. ¿Podría usted... ayudarnos a establecer buenas relaciones con la gente de aquí?

-Por supuesto -contestó Sarah, aunque comprendió que la mayor parte de los trabajadores miraría con gran desconfianza a las dos mujeres, posiblemente durante mucho tiempo. También empezó a sentirse molesta por la forma que Wendy la miraba haciéndola sentir que no estaba ni vestida ni arreglada de forma adecuada y que como empleada no debía valer mucho.

-Entonces, asunto arreglado -'dijo Cliff Wyatt con firmeza-. Lléveselos de aquí por favor, señorita Sutherland. En este momento

tengo muchas cosas que hacer. Oh. y me gustaría revisar la escuela y todos los servicios de los que está usted tan orgullosa..., digamos como a las cuatro de esta tarde. Nos veremos allí. Se volvió hacia otro lado y levantó el teléfono.

- Cliff puede ser insoportable en ocasiones -dijo Amy en tono desconsolado.

Estaban en la enorme cocina de la hacienda, a donde Sarah las había conducido. La casa de Edgeleigh era un hermoso ejemplo, aunque un poco ajado, de la arquitectura colonial de Queensland, tenía espaciosas habitaciones de techo alto, amplias terrazas y un techo verde muy inclinado. Como había entablado una gran amistad con los dueños anteriores, Sarah conocía bien la casa y se sintió aliviada al comprobar que la modernización a la que Cliff Wyatt se había referido se limitaba sólo a los baños y la cocina y que al resto de la casa le estaban devolviendo su antiguo esplendor, con pintura nueva y reparaciones que se hacían respetando el estilo de la época.

-Cliff está en posición de hacer lo que quiere -dijo Wendy Wilson con cierta sequedad-. Y tienes que admitir que te habrías sentido muy desgraciada viviendo sola en Brisbane, querida.

-Supongo que sí -las lágrimas brillaron momentáneamente en los ojos de Amy-. ¿Estás segura de que sólo puedes quedarte una semana, Wendy? Este lugar... -miró a su alrededor- ...bueno, tengo la impresión de que no voy a ser capaz de soportarlo.

-A mí me gusta -declaró Ben.

Wendy miró a su alrededor con aire pensativo.

-Tal vez pueda una semana más. Bueno, señorita Sutherland, el ama de llaves que tanto ha asustado a Amy parece haber desaparecido.

-Llámeme Sarah -murmuró Sarah-. La señora Tibbs debe haber ido a recoger la leche; lo hace siempre a esta hora. ¿Les gustaría venir conmigo a conocer la escuela?

-¡Yo no quiero empezar la escuela hoy! -protestó Ben.

-Oh, no te preocupes por eso -contestó Sarah-. Es sábado.

Varias horas más tarde, Sarah se sentó en los escalones del frente de su muy sencilla casita de madera, situada al lado de la escuela, y vio la camioneta Land Rover, con Wendy Wilson al volante, alejarse. No sólo había llevado a Wendy, Amy y compañía, a conocer la escuela, sino que había tomado prestado uno de los coches de la propiedad para presentarles a las esposas de los trabajadores y enseñarles los establos, las caballerizas, las bodegas de la maquinaria y otras instalaciones. Pero eso no garantizaba que el recorrido hubiera sido un éxito, ni que de esa forma pudiera

convencer a Cliff de la conveniencia de que se quedara.

Había diez hombres empleados de manera permanente en Edgeleigh, cuatro de ellos casados. Entre todos, proporcionaban los doce alumnos fijos que Sarah tenía. Y ahí estaba la señora Tibbs, que era una verdadera institución en la propiedad. Era una mujer enorme y formidable, que podía enlazar un becerro ella sola y, sin embargo. tenía la mano más sensible que era posible imaginar para hacer pasteles. Y aunque todos la llamaban siempre señora Tibbs, el paradero del señor Tibbs seguía siendo un misterio. Durante el recorrido por la hacienda, la habían encontrado en casa de Jean Lawson, esposa del capataz de la hacienda.

Sarah había intentado establecer algún tipo de puente entre los recién llegados y las dos mujeres que eran ya parte antigua de la comunidad, y Jean Lawson se había esforzado por mostrarse agradable: sin embargo, la señora Tibbs había continuado mostrándose amable e inaccesible... aunque había permitido, que su mirada se detuviera unos momentos en los niños, particularmente en Sally. La señora Tibbs tenía una gran debilidad por los niños.

Bueno, no podía hacer más, pensó Sarah, y movió la cabeza de un lado a otro con tristeza. En realidad, era digno de agradecimiento hacer lo que había hecho después de cómo había sido tratada por Cliff, eso sin tener en cuenta los aires de superioridad de la señorita Wendy Wilson...

Empezó a pensar en su nuevo jefe. Debía tener alrededor de treinta y cinco años, decidió, e inmediatamente pensó con amargura que debería haber hecho algún comentario sobre su soltería ya que era evidente que tampoco él estaba casado. En realidad, se sabía desde que había empezado a comentarse que había comprado la finca.

Sarah hizo una mueca, apoyó la barbilla en las manos y dejó que su mente vagara hacia el pasado. En cuanto se había sabido que Edgeleigh cambiaba de dueño se habían empezado a hacer muchas especulaciones. Una vez que se había confirmado que la rica familia Wyatt lo había comprado, las especulaciones se habían teñido de respeto. Sarah no sabía nada de ellos; ella no era originaria de Queensland, y mucho menos experta en las grandes familias del estado. Pero rápidamente se había enterado de que eran dueños de varias haciendas. Coorilla había sido mencionada con frecuencia como una lujosa hacienda y verdadero hogar de la familia. Se decía que si alguien podía cambiar la suerte de Edgeleigh, era Cliff Wyatt.

«Eso no me sorprendería» murmuró secamente para sí misma, «pero eso no significa que no sea un hombre muy desagradable,

típicamente machista».

Entonces suspiró y miró a su alrededor. Edgeleigh había sido su hogar durante el último año. Estaba situada en el oeste de Queensland. Tenía muchos miles de acres de extensión y en la hacienda se criaban miles de cabezas de ganado. Hacía un calor intenso en verano, y frío, viento y lluvia en invierno. No era el lugar más hermoso del mundo, a menos que se disfrutara de los paisajes áridos y secos y que se tuviera una sutil sensibilidad para el color. Los verdes no eran brillantes ni exuberantes y siempre predominaba el color, en tonos muy diversos, que algunas veces se acercaban más al ocre y otras resultaban tan pálidos que eran casi deslumbrantes. Los colores del ciclo podían quitarle a uno el aliento. Había siempre una sensación ilimitada de espacio. Y en primavera aparecían las flores silvestres que al abrir cubrían la tierra de azules, amarillos, rojos y violetas...

Pero no era sólo a los colores y al espacio a lo que Sarah se había vuelto adicta, sino a la libertad de tener su propia escuela. Contuvo la respiración al darse cuenta, de pronto, del dolor que le causaría tener que irse.

A los veintiséis años no tenía una relación seria con ningún hombre, era verdad, pero ella casi nunca lo consideraba como algo que faltara a su vida. Por una parte, tenía razones para ser un poco escéptica respecto a las relaciones entre hombres y mujeres; por otra,

tenía verdadera pasión por la enseñanza... por otra, le fascinaban las manualidades, como el papel maché, la elaboración de alfombras y cosas así. Era buena costurera, cocinera creativa y le apasionaban las plantas. Tenía macetas con hierbas aromáticas y de cuanta planta productiva pudiera crecer en una maceta. Y, de algún modo, siempre llegaba hasta ella cuanta criatura salvaje, herida o extraviada, encontrara alguien por ahí, ya fuera un pequeño canguro huérfano, un koala o algún pájaro al que se le hubieran roto las alas.

Su casita era una sinfonía de color, gracias a sus trabajos artísticos y a sus hazañas de jardinería.

Sí, sería muy duro para ella irse, pensó con un suspiro y se recreó en «su» escuela. Aunque el número permanente de alumnos era de doce por el momento, tenía una población flotante, que algunas veces duplicaba esa cifra, de niños y ocasionalmente de adultos procedentes de los peones y vaqueros, en su mayor parte aborígenes, que acudían a trabajar en épocas determinadas. Nunca rechazaba a nadie que quisiera aprender. Era asombroso cómo

muchos de esos niños que estaban de paso volvían una y otra vez. Para sus doce alumnos permanentes, ella era más que una simple maestra; era la confidente de sus padres, con frecuencia la niñera, algunas veces la enfermera, la consejera que sabía un poco de las grandes ciudades que algunos de ellos nunca habían conocido, y muchas cosas más.

A veces era hasta la costurera, pensó con una leve sonrisa. Se levantó, entró a la casa y se dirigió hacia un improvisado maniquí, retiró la sábana protectora a un lado y contempló el vestido de novia que estaba haciéndole a Cindy Lawson, que acababa de cumplir dieciocho años e iba a casarse con uno de los vaqueros de una hacienda vecina. Cindy estaba decidida a casarse con un vestido que la gente de Edgeleigh recordara durante años. Aquel vestido lo tenía todo, o lo tendría cuando estuviera terminado, pensó Sarah con tristeza. La sencilla tela blanca del vestido estaba en el proceso de ser embellecida con encajes, lentejuelas, perlas, cintas, y con varias capas de tul bajo la falda. Si no se mostraba firme, la pobre de Cindy no iba a poder soportar el peso del vestido, le dijo divertida. Pero por lo menos todo iba a estar cosido con mucho cuidado. pensó, mientras acariciaba una manga con gesto distraído. Descubrió que su mente, por alguna razón, volvía por su propia voluntad a Cliff Wyatt... y a la sensación incómoda que tenía de que él se había dado cuenta, desde el primer momento, del efecto que había tenido en ella.

Lo cual no lo hacía menos detestable, pensó. Entonces consultó su reloj de pulsera y decidió pasar la hora siguiente, hasta las cuatro, poniendo en perfecto orden la escuela.

Fue una pérdida de tiempo. A las cuatro y media, no había aparecido nadie; a las cinco y media, Sarah ya decidió que no iba a presentarse; a las seis de la tarde cerró con firmeza la puerta del frente de su casa, para protegerse del frío creciente de un atardecer otoñal. Preparó un pollo con hierbas, bacon y setas, y se permitió un placer del que disfrutaba sólo de vez en cuando: un vaso de vino para calmar la desagradable sensación de que estaba siendo utilizada por un hombre arrogante. Puso un disco compacto de Bach en el aparato de sonido, se quitó la goma del pelo y se pasó los dedos por él y empezó después a coser las últimas, absolutamente las últimas perlas, se dijo a sí misma con firmeza, en el vestido de novia de Cindy Lawson, mientras el pollo se iba haciendo.

Estaba tan enfrascada en esa delicada tarea que cuando llamaron a la puerta, simplemente dijo en tono distraído que pasaran. Pensó que debía ser uno de sus alumnos o uno de los padres. Se llevó la

sorpresa de su vida cuando oyó decir:

-¡Aleluya! ¿Es posible que haya sido terriblemente injusto, señorita Sutherland?

Sarah se dio bruscamente la vuelta y se encontró con Cliff Wyatt de pie al lado de la puerta de su casa, con la mirada clavada en el vestido de novia.

-¡Qué... qué creación! -añadió en tono burlón y desvió la mirada del vestido para fijarla en Sarah, que se encontraba de pie. sin zapatos, sólo con los calcetines puestos-. Pero, ¿sabe usted?... -murmuró, mientras reparaba en su pelo suelto y en el bonito chaleco que se había puesto para protegerse del frío-. Me la podría imaginar con un vestido... más sencillo.

Sarah cerró la boca con brusquedad, rompió la hebra de algodón con la que estaba cosiendo y puso la aguja con cuidado en el alfiletero, antes de decir con frialdad:

-El vestido no es mío, señor Wyatt, así que no ha cometido ninguna injusticia conmigo y su insinuación sobre mis gustos en cuestión de moda no me afecta, porque no he elegido yo este vestido.

-Le pido disculpas -dijo él muy serio-. ¿Así que hace vestidos de novia en su tiempo libre?

-No, no es así -contestó disgustada-. Bueno, estoy haciendo éste en mi tiempo libre, pero es el primero que hago. Es para Cindy Lawson. Tal vez haya notado que esta parte del mundo no está densamente poblada de modistas, así que... yo... bueno, me ofrecía a ayudar.

Cliff se echó a reír.

-En realidad, esta misma tarde me han hecho notar con sobrada insistencia la falta de modistas, peluquerías, boutiques... y qué sé yo qué más. Mi hermana piensa que no se puede vivir sin esas cosas -añadió ya sin humor.

-Bueno, yo creo que ya debía usted conocer su opinión antes de traerla aquí erijo Sarah con franqueza.

-Cierto -reconoció él secamente-. Lo que no era tan evidente para mí era que se le ocurriría, en este momento tan inoportuno, decidir que era una esposa injustamente tratada y que vendría corriendo a refugiarse a mi lado.

Sarah se encogió de hombros, como si eso no fuera asunto suyo, y dijo en tono cortante:

-Si ha venido usted a ver la escuela, ya la he cerrado con llave y llega con tres horas de retraso.

-Parece que debo disculparme de nuevo contestó él con

amabilidad-, y lo hago con mucho gusto. Me he entretenido haciendo otras cosas y no había ningún teléfono para llamarla cerca de donde estaba.

-¡Oh! -Sarah lo miró y descubrió que le costaba respirar-. Bueno... -se interrumpió y trató de alcanzar su botas-. Supongo que puedo abrirla... oh... ¡la cena! Si me espera un momento, la quitaré del fuego...

-No, no lo haga... ¿Eso es lo que está produciendo ese delicioso aroma? Y no se moleste en ponerse las botas -añadió educadamente-. En realidad sólo he venido a explicarle que me había entretenido; podemos ver la escuela otro día. Pero hay algo que sí podría hacer usted por mí -dijo. Recorrió la habitación con la mirada y se fijó en la botella de vino abierta que había sobre el mostrador que separaba la sala de la cocina-. Podría ofrecerme una copa.

Sarah pestañeó. Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

-¿Usted quiere... sentarse a tomar una copa conmigo? -preguntó con recelo, mientras volvía a ponerse las gafas.

-¿Por qué no? -preguntó-. Me parece una cosa esencialmente civilizada-. Además, a mí también me gusta Bach.

-Muy bien -dijo Sarah y levantó con aire ligeramente desafiante la barbilla; sabia perfectamente que Cliff se estaba riendo de ella-. Me estaba tomando un vaso de vino; no es nada extraordinario, pero...

-Será mejor que lo beba y se porte bien, señor Wyatt -dijo Cliff con suavidad-. Haré lo posible, señorita.

Y tuvo la desfachatez de sentarse en un sillón y dirigir a Sarah una expresión tranquila e inocente.

Sarah fue a buscar otro vaso con toda la compostura de que era capaz y apartó el pollo del fuego. Se sentó frente a él, después de entregarle el vaso, e intentó pensar en algo oportuno que decir.

Cliff habló por ella.

-¿Usted ha nacido en este tipo de ambiente, señorita Sutherland?

-No. ¿Por qué lo pregunta?

-Parece usted extremadamente adaptada en él.

-Me gusta --dijo Sarah lentamente-. Por una parte-continuó con una ligera chispa de ironía en sus ojos azules-, como usted ha supuesto muy correctamente, me encanta enseñar...

-También podría dar clases en una ciudad.

-Pero no tendría mi propia escuela.

-Ya veo -dijo él con aire pensativo-. Pero, debe haber otras cosas que le gusten del lugar, ¿no?

-Oh. sí las hay. Pero son difíciles de expresar con palabras -murmuró ella para no comprometerse, y sorbió un poco de vino.

-Nunca habría pensado que podían faltarle a usted las palabras. No creo que eso sea un problema para usted.

Sarah frunció el ceño y dijo con cierta aspereza:

-¿Por qué tengo la impresión de que esto va a empezar a convertirse en una discusión parecida a la que hemos tenido esta mañana?

-La verdad -contestó él- es que yo estoy tratando de hacerla salir de su caparazón de forma amistosa, pero se está resistiendo con fuerza. Con demasiada fuerza teniendo en cuenta su tamaño. Pero, desde luego, yo debería haber comprendido que la pequeñez de estatura y la pequeñez de espíritu son dos cosas muy diferentes; de hecho, debería haberme dado cuenta desde el momento en que se ofreció usted a romperme la boca

Sarah lo miró fijamente, pero no consiguió que la expresión de Cliff le dijera nada. Cliff parecía ligeramente menos agresivo que por la mañana, como si estuviera disfrutando de la oportunidad de relajarse.

-A lo mejor no olvido ni perdono tan fácilmente -dijo Sarah por fin.

-Ah, bien. ¿Me permite decirle que se tiene mucho

menos aspecto de maestra de escuela que esta mañana? -Cliff fijó la mirada en su pelo suelto, que tenía tendencia a alborotarse cuando no lo llevaba recogido, y mostraba mejor los reflejos dorados de su color castaño, además de hacer resaltar la estructura de su rostro. Después bajó hacia sus manos y hacia sus pies, cubiertos sólo por los calcetines blancos...

-Sí -murmuró Cliff-, no parece tan mojigata, ni tan correcta, ni tan furiosa. ¿Ha pensado alguna vez en usar lentillas? Tiene unos ojos preciosos.

Sarah se ruborizó, pero se obligó a decir con frialdad:

-La adulación no lo llevará a ninguna parte, señor Wyatt. Hace muchos años que soy consciente de que no soy ninguna belleza.

-Por ahí se dice que la belleza está en los ojos de quien la ve -susurró Cliff en tono pensativo-. Me parece realmente... inexplicable que su habilidad como ama de casa, por sí sola, no haya hecho que algún hombre quiera convertirla en su esposa.

-Si eso es intentar sacarme de mi caparazón de forma muy amistosa -dijo en tono cortante-, no me atrevo a pensar cómo será usted cuando pretende ser hostil.

Cliff se encogió de hombros y la miró con el ceño ligeramente

fruncido.

-No sé por qué me parece usted un enigma, señorita Sutherland.

-Pues no lo soy, ¡soy perfectamente normal! Y al margen de lo que usted piense continuó en tono despectivo-, preferiría morir a que un hombre se casara conmigo por mis habilidades domésticas.

¿Así que usted cree en el amor, en las grandes pasiones... y en todo ese tipo de cosas?

-Sí... -Sarah se interrumpió bruscamente y se mordió el labio.

-¿Le ha sucedido a usted alguna vez?

-No... mire, ¿por qué estamos hablando de esto -dijo con una mezcla de confusión e irritación-. ¡Eso no tiene nada que ver con usted!

-De cualquier modo, me gusta hablar de ello -dijo con dulzura y terminó de beber el contenido de su vaso-. No supongo... que no habrá cruzado por su mente la idea de ofrecerme un poco de esa tentadora cazuela. ¿verdad?

-No, por supuesto que no. ¿Por qué no vuelve a su casa? Estoy segura de que la señora Tibbs tiene algo igualmente tentador.

-Ah, volver a casa y a la señora Tibbs -murmuró él-. Amy estaba llorando la última vez que me asomé, y también Sally, para solidarizarse con ella... me gustaría saber si ése es un hábito de las niñas. Por lo demás, Wendy y la señora Tibbs daban vueltas una alrededor de la otra, como tigresas desconfiadas, y Ben había desbordado la bañera. No, no puede decirme que mi casa sea un lugar muy pacífico en este momento.

-No sabe cuánto le compadezco.

Cliff soltó una carcajada y su risa tuvo un efecto extraño en Sarah que descubrió, entre otras cosas, que parecía quitarle el aliento.

-Ciertamente es usted una digna oponente, señorita Sutherland -dijo él-. Muy bien, me consideraré despedido. Buenas noches -añadió y se levantó-. Oh, he pensado organizar una barbacoa mañana por la tarde, para todos los que vivimos en la propiedad. ¿Le gustaría venir?

-Yo... sí, muchas gracias -dijo Sarah, un poco rígida.

-Buena chica -respondió él con ligereza-. ¿Y me hará otro favor?

Sarah se levantó también y lo miró con desconfianza.

Cliff sonrió levemente. La habitación no era muy grande y estaban de pie, bastante cerca uno del otro, de modo que ella tuvo que levantar la mirada desde su metro sesenta de estatura.

-¿Qué? -preguntó con voz tersa.

-Oh, nada desesperado ni peligroso -contestó él muy serio. La

observó con la misma expresión desconfiada y preocupada de ella-. Nada inmoral.

Por supuesto y a su pesar, Sarah volvió a ruborizarse.

-No -continuó él-. Sólo quería saber si seria usted tan bondadosa como para servir de... mediadora, creo que es la palabra correcta, entre Amy y la señora Tibbs, o con quien sea necesario, para convertir esta barbacoa en un éxito. Me gusta pensar que esto podría ser fundamental para ayudarnos a todos a conocernos mejor y, en consecuencia, a trabajar mejor juntos.

-Muy bien, lo haré -erijo Sarah.

-Gracias. Buenas noches, señorita Sutherland -dijo él en tono formal. Pero en sus ojos había aparecido otra vez un brillo de perversa diversión. Sarah descubrió horrorizada que no tenía absolutamente nada que responderle; se limitó a darse la vuelta diciendo ella misma buenas noches en un murmullo.

Mientras estaba cenando descubrió, para todavía mayor horror suyo, que se sentía nerviosa y solitaria. Pero, ¿por qué tenía que sentirse así después de haber estado con un hombre que parecía aprovecharse del efecto que probablemente tenía en todas las mujeres que se cruzaban a su paso? ¿Por qué tenía que decir las cosas que decía, o expresar algún tipo de interés en ella? No, aquello era... un juego, se dijo. Y aunque ella misma hubiera avivado su interés con su furia aquella mañana... ¡tenía muchas razones para estar furiosa!

«Así que... pensó, ¡no se le ocurra imaginarse que se va a aprovechar de mí, señor Cliff Wyatt!»

CAPÍTULO 2

ES UNA gran amabilidad por tu parte, Sarah -dijo Wendy Wilson.

-No es nada -contestó Sarah, que estaba sentada en la cocina de la casa de la hacienda, tomándose una taza del café que hacía la señora Tibbs, a la mañana siguiente--. El señor Wyatt me pidió que ayudara.

.-¿Él te lo pidió? --por alguna razón, Wendy la observó con una ligera expresión de hostilidad.

Aunque eran las diez de la mañana. Amy no se había levantado todavía y la señora Tibbs era quien había dado de desayunar a los niños y les había hecho un poco de masa para que jugaran con ella.

-Amy -continuó diciendo Wendy- estaba tan nerviosa anoche, que decidimos dejarla dormir hasta tarde esta mañana. Supongo que te has enterado de que ha roto con su esposo, ¿verdad?

-Sí, lo siento mucho -dijo Sarah con suavidad.

-Y supongo que no querrá molestarse con esta barbacoa, así que voy a actuar en su representación. Si pudieras decirme lo que hay que hacer, Sarah, me pondré inmediatamente a hacerlo.

-Está bien. Si avisamos a Jim Lawson, puede encargarse que dos hombres caven un par de hoyos para la barbacoa, pongan el carbón y yo puedo...

Pero Wendy inmediatamente se dirigió al teléfono que había en la pared, consultó la lista de números que había clavada junto a él y procedió a llamar a los Lawson.

Sarah no pudo evitar arquear una ceja. No esperaba que se notara, pero descubrió que la señora Tibbs la estaba mirando con una expresión que parecía decir:

¡no digas nada!» en sus ojos. Después se volvió otra vez hacia el fregadero.

Wendy y Jim Lawson tardaron diez minutos en ponerse de acuerdo. Wendy quería saber, muy especificamente, dónde los iban a cavar y por qué habían escogido ese lugar. Era evidente que Jim había sugerido el lugar de costumbre: un cuadrado que había frente a la bodega de maquinaria. Había algo de césped, dos viejos árboles y unas mesas y bancas permanentes en él. Era el lugar en el que habitualmente se reunían. Se le consideraba algo así como el corazón de la hacienda. Wendy había pensado que el jardín que había detrás de la casa era un lugar más adecuado. Sin embargo, al final cedió a las razones de Jim Lawson y quedó arreglado que podrían empezar a comer a las cinco de la tarde. Volvió hacia la mesa de la cocina y dijo:

-Bueno, supongo que la costumbre es asar carne. Señora Tibbs, ¿tendría usted la bondad de seleccionar la carne que se va a usar? Vendrán dos hombres a recogerla. Así podremos ocuparnos nosotras de las ensaladas --añadió.

-¡Ensaladas! - gruñó la señora Tibbs-. Aquí no van a comer señoritos remilgosos, ni mujercitas almidonadas. ¡Ensaladas, vaya! - y se cruzó de brazos.

-Perdonen mi error -murmuró Wendy-. ¿Que vamos a comer entonces con la carne?

Sarah intervino rápidamente, antes de que la señora Tibbs abriera la boca.

-Arroz. Generalmente hacemos varias ollas de curry o de goulash. Jean Lawson hace una fuente de patatas realmente muy sabrosas y la señora Tibbs pan de maíz, que sirve con salsa.

-Muy bien -dijo Wendy, con una levísima expresión de disgusto al oír mencionar el pan de maíz-. ¿No te importaría, Sarah, volver a llamar a los Lawson, para pedirle a Jean que haga las patatas? ¿Se ocupa alguien de hacer el goulash o el curry?

-Yo misma, y haré lo que yo decida -anunció la señora Tibbs, con los brazos todavía cruzados.

Entonces se me ocurre una idea maravillosa -dijo Wendy con ingenio-. Yo hago un curry realmente bueno, señora Tibbs, así que, ¿por qué no hace usted el goulash?

-¿Está usted insinuando que quiere usted hacer el curry aquí, en mi cocina?

-Sí, pero le propongo algo... si usted piensa que mi curry es malo, señora Tibbs, se lo daré de comer a los cerdos, o a los animales que tengan aquí equivalentes a ellos.

-¿Es una apuesta, señorita? -preguntó la señora Tibbs en tono inexpresivo.

-Sí.

-¡La acepto!

-Bien. Ahora, en cuanto al arroz...

-Yo haré el arroz -dijo Sarah, esforzándose por no reír.

-Excelente -Wendy se quedó pensativa un momento-. ¿Qué se bebe?

-Cerveza -contestaron Sarah y la señora Tibbs al mismo tiempo, aunque la señora Tibbs añadió:

-Y no sugiera usted bebidas fuertes o vino, señorita. Cuando hay licores más fuertes, suele haber también muchas peleas.

Wendy hizo una mueca, pero no dijo nada más al respecto.

-¿Cuántas personas vendrán?

-Oh... diez, veintitrés, veintisiete... alrededor de treinta y dos; hay que tener en cuenta a los peones que están ahora en la hacienda; pero catorce de los asistentes serán niños -dijo Sarah.

-¡Qué horror! -exclamó Wendy.

-No se preocupe. Generalmente, yo me encargo de ellos. Juego con ellos y los entretengo hasta que la comida está lista. Si vamos a comer a las cinco, generalmente nos reunimos una hora antes... -Sarah se interrumpió al ver entrar a Amy lentamente en la cocina, con una hermosa bata de seda y con el rostro pálido y la expresión desolada.

-Supongo que es demasiado esperar que la barbacoa haya sido cancelada, ¿verdad? --fue lo primero que dijo.

A las cuatro de esa tarde, Sarah estaba ya en la zona de la barbacoa, como la mayor parte de los otros empleados, pero no había señales todavía de los habitantes .de la casa principal. Y percibió un cierto grado de tensión que no se sentía normalmente, mientras el humo se elevaba en el aire y los animales que se estaban asando daban lentas vueltas sobre los agujeros llenos de carbones ardientes.

Era una hermosa tarde y el sol empezaba a ponerse. La mayor parte de los hombres, que habían nacido y crecido trabajando de vaqueros, se había quitado el sombrero que normalmente parecía pegado a su cabeza. Casi todos calzaban botas de cuero. Sus cinturones estaban tachonados con adornos de plata. A nadie podía caberle la menor duda, se encontraban en una tierra de vaqueros. Muchas de las personas que habla allí, habían nacido y crecido en una silla de montar.

Por un par de minutos, Sarah dejó de hacer lo que estaba haciendo, colocar los platos en una de las mesas de madera, y encontrarse en un lugar tan lejos del mundo, con aquella gente de hablar lento, pero no por eso menos sabio, y de costumbres muy sencillas.

Entonces vio dos camionetas Land Rover que se acercaban procedentes de la casa, y todos se pusieron en actitud de alerta.

Fue Cliff Wyatt el que logró romper el hielo en una magistral exhibición de diplomacia, que Sarah no pudo menos de aplaudir en secreto. En solo diez minutos, tuvo a todo el mundo bebiendo y hablando. Había colocado a Amy entre Jean y Cindy Lawson. Él mismo estaba, con una cerveza en la mano, rodeado de hombres.

-No está mal comentó la señora Tibbs, cuando colocó una olla al lado del arroz de Sarah-. Con él podría llevarme bien. Pero ella... es muy diferente-añadió en tono sombrío.

-¿Se refiere a Amy?

-¡No! Ésa no se quedará mucho tiempo. Me refiero a la otra, a la que tiene ojos verdes, de gata.

-Vamos, Wendy no se va a quedar definitivamente aquí -contestó Sarah. La señora Tibbs la miró con severo desprecio-. ¿Qué quiere usted decir? -preguntó con una sonrisa-. ¿No le ha salido bien el curry?

-El curry le ha salido excelente -reconoció la señora Tibbs--. Pero no significa que tenga que caerme bien.

-Todavía no entiendo por qué ella puede ser un problema -dijo Sarah, frunciendo un poco el ceño.

-Entonces te lo voy a explicar, aunque se supone que en este sitio tú eres la maestra... Esa mujer planea convertirse en la señora Wyatt algún día. Recuerda mis palabras.

Sarah la miró boquiabierta.

-¡Oh...!

-Sí, tiene sentido, ¿verdad? Bueno, tal vez no para gente como tú, que eres tan inocentona en esas cosas... --¡No lo soy! -protestó Sarah.

-¡Claro que lo eres! -respondió la señora Tibbs en tono indulgente-. ¿Acaso el veterinario no te ha estado cortejando durante meses enteros... sin que lo hayas notado siquiera? Y no me digas que no es verdad.

Sarah tragó saliva.

-¡No es cierto!

-¿Qué no es cierto? -preguntó Wendy Wilson, que llevaba otra olla-. Aquí está mi curry -añadió con amabilidad--. La señora Tibbs me ha permitido servirlo. Sarah, tú podrías ayudarme de dos formas... encargándote un poco de Amy, o ayudando con Sally y Ben. Podrías empezar a organizar a los niños.

Sarah dominó las ganas de decirle a Wendy Wilson que se fuera al diablo y dijo con rigidez: -Bien, me encargaré de los niños.

La barbacoa fue un gran éxito. Casi desde el primer momento, Ben participó en los juegos con vigor e iniciativa, y hasta Sally soltó por fin la mano de Sarah y consintió en participar con los demás. Y cuando sirvieron la comida, Sarah hizo que los niños se sentaran en círculo de tal modo que comieron de forma bastante ordenada, pero con evidente placer. Sólo cuando terminaron, los dejó ir a correr un poco, en la oscuridad iluminada por las fogatas, y a jugar a los indios y los vaqueros. Wendy logró establecer buena relación con las esposas y las hijas mayores de los trabajadores, en una

exhibición de diplomacia casi tan magistral como la de Cliff Wyatt. De cualquier modo irritó a Sarah por razones que no le resultaba fácil analizar. Llegó a la conclusión de que Wendy le desagradaba sin remedio, hiciera lo que hiciera.

Seguramente todo aquello no podía tener nada que ver con la ambición de Wendy de convertirse en la esposa de Cliff Wyatt... ¿o sí?, se preguntó a sí misma en una ocasión; entonces sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad, pero añadió para sí misma: «¡No sé siquiera si eso es verdad o es sólo un producto de la fantasía de la señora Tibbs!» Sin embargo, la ironía de ese pensamiento la hizo sentirse curiosamente incómoda, así que decidió olvidarse definitivamente del asunto.

Pero fue mucho más difícil olvidarlo, cuando tuvo una prueba irrefutable de la teoría de la señora Tibbs esa misma noche.

Había ayudado a la señora Tibbs a recoger todo, cuando acabó la barbacoa. Amy se llevó a sus hijos a acostar y Wendy y Cliff desaparecieron. Una vez que ellas terminaron de lavar hasta el último plato, se sentaron a tomar una taza de té en la cocina. Entonces Sarah bostezó, dio las buenas noches y salió por la puerta de atrás, para dirigirse a su casa. Tenía que recorrer unos cuatrocientos metros para llegar hasta allí. Se ciñó bien la cazadora y se frotó las manos, mientras bajaba los escalones posteriores y daba la vuelta a la casa. La noche era despejada, estrellada y fría. Caminó en silencio sobre el césped, unos cuantos metros, hasta que oyó voces y se detuvo, insegura. Procedían de arriba, de la terraza, e inmediatamente reconoció la voz de Wendy. No sólo la reconoció, sino que oyó lo que decía y la forma en que lo estaba diciendo...

-Debes admitir que me he portado bien esta noche, querido.

Muy bien -contestó Cliff Wyatt.

Seguramente merezco un poco más que eso por haber... matado tantos dragones, por decirlo así, ¿no? -el tono ronco y sensual de la voz de Wendy llegaba hasta Sarah con perfecta claridad en el aire frío de la noche.

-¿Qué esperabas?

-Esto --dijo, y Sarah no pudo evitar el contemplar la escena. Sus ojos se habían adaptado a la oscuridad y pudo ver tanto a Wendy como a Cliff Wyatt, no con mucho detalle, pero sí sus siluetas, y vio que Wendy se acercaba a él y levantaba la mirada hacia sus ojos. Se quedaron así durante un largo momento; entonces Sarah vio cómo Cliff Wyatt bajaba lentamente la cabeza hasta Wendy y se besaban.

Entonces Sarah se dio la vuelta y se deslizó hacia el otro lado de la casa.

-Pero, ¿usted cree en Santa Claus, señorita Sutherland? -preguntó Billy Pascoe. Era un niño delgado, nervioso, muy aficionado a causar problemas. Tenía en el pelo algunos remolinos que hacían imposible domarlo.

-Bueno, generalmente sólo los niños creen en Santa Claus. Billy; pero puedo jurar que la Navidad pasada vi a alguien muy parecido a Santa Claus, cruzar Edgeleigh a caballo...

-Usted siempre nos dice que no debemos jurar, señorita.

-Sí, es verdad, pero éste es un tipo diferente de juramento y no tiene nada que ver con la costumbre de decir palabrotas...

-De cualquier manera, se supone que viaja en un reno y que...

-A lo mejor su reno estaba enfermo, Billy -dijo Sarah con suavidad-. Y ahora, como faltan dos minutos para las tres y ya es casi hora de que toque la campana, puedes recoger los cuadernos de dibujo, Billy... Billy -dijo con calma, pero miró con firmeza al niño hasta que cedió malhumorado e hizo lo que le decían Y tú, Ben, puedes guardar los lápices de colores.

Ben se puso de pie de un salto y obedeció de buena gana. Estaba recogiendo las pinturas cuando exclamó mirando por encima del hombro de Sarah:

-¡Tío Cliff!

Sarah no se volvió, levantó la campana y la hizo sonar.

-Muy bien, podéis iros.

Cliff Wyatt esperó hasta que todos salieron ruidosamente de la escuela, antes de decir nada. Después se puso frente a ella y dijo:

-Esa ha sido una pieza maestra de diplomacia, señorita Sutherland. He pensado que la iba a ganar en esa cuestión de los juramentos.

Sara hizo una mueca.

-Son los niños como Billy Pascoe los que obligan a las maestras a no decir mentiras. ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

-No mucho... me parece que tiene usted una elevada proporción de niños menores de nueve años en la escuela.

-En realidad, tengo tres adolescentes, pero como van a tener pronto un examen, los he dejado salir después del almuerzo. A veces es más fácil para ellos estudiar en su casa.

-¿Tiene algún genio entre ellos? Sarah se encogió de hombros.

-No lo sé, pero Donald Lawson, el hermano de Cindy, es muy inteligente y podrá ir a la universidad... con un poco de suerte.

-¿A qué tipo de suerte se refiere?

-A la aprobación de su padre -dijo Sarah en voz baja--. Jim está un poco confundido. A él le resulta extraño tener un hijo que está

más interesado en la Teoría de la Relatividad que en el ganado. Y, para ser sincera, Donald ya está fuera de mi alcance como alumno. Debería estar asistiendo a una buena escuela superior, pero... -sonrió brevemente-. Estoy segura de que las cosas se arreglarán. ¿Ha venido a ver las instalaciones? ¿Por dónde quiere empezar? -añadió ella con entusiasmo.

Cliff la observó un momento, con el ceño ligeramená te fruncido.

-Tal vez no.

Sarah lo miró con exasperación:

-¿Por qué no?

-No creo que éste sea un buen momento para eso.

-Es mucho mejor momento ahora, que la escuela ha terminado, que venir a espiarme cuando tengo a Billy Pascoe tratando de crucificarme hablando de Santa Claus, frente a un grupo de niños más pequeños que él --contestó Sarah con irritación.

-Así que por eso está usted enfadada, ¿eh? Pero a mí me ha parecido que controlaba usted muy bien la situación.

-No estoy... enfadada Sarah negó su frustración.

-¿Irritada, entonces? -sugirió él--. ¿He hecho algo más que la haya molestado?

Sarah lo miró fijamente y descubrió que el corazón le palpitaba de forma extraña. Estaba aterrada, pero era imposible que Cliff hubiera adivinado lo que sentía desde que lo había visto besando a Wendy Wilson en la terraza la noche anterior.

-Sería mejor que me lo dijera usted -dijo él después de una pequeña pausa, extrañamente tensa.

Sarah pareció volver a la vida.

-¡No! Quiero decir no, no me pasa nada. Mire, estoy muy bien, en realidad, así que, ¿por qué no hacemos el recorrido y terminamos de una vez con eso...? -de pronto comprendió lo extraño que sonaba lo que estaba diciendo- ¡Oh, caramba! -añadió-. Tal vez tenga usted razón.

Lo que él habría dicho a eso quedó para siempre en el misterio, porque mientras él la miraba con el ceño todavía fruncido, Ben y Sally volvieron a la escuela exigiendo saber si él había ido a buscarlos.

-Sí -dijo lentamente-. ¿Por qué no? -y añadió con voz inexpresiva-: ¿Será otro día, entonces, señorita Sutherland?

-Sí, gracias. Cuando a usted le parezca -dijo Sarah y gimió interiormente al darse cuenta de lo servil que eso sonaba.

Pasaron dos semanas antes de que tuviera algo más que un

pasajero contacto con Cliff Wyatt; pero era imposible no darse cuenta de su presencia diariamente en la propiedad. Tanto sus alumnos, como sus padres, hablaban constantemente de lo que hacía, de los cambios que estaba realizando. Había un aire de esperanza y expectación en el lugar que había sustituido a la sensación de estar luchando con todo en contra, que había prevalecido antes de que la hacienda fuera vendida.

Se hizo evidente, también, que Cliff no era todo dulzura, como Sarah podía haberles dicho desde un principio, sino que era un patrón exigente que esperaba que todos se esforzaran que podía ser frío, cortante, sarcástico y desagradable cuando no lo hacían.

Pero a ella, pensó con un suspiro, aquel hombre había conseguido desequilibrarla y no conseguía tranquilizarse de ninguna manera. Si no oyera hablar tanto de él, sería más fácil y, desde luego, si no tuviera que verlo nunca, todavía más...

Pero no era fácil evitar a Cliff Wyatt, aunque lo viera generalmente a distancia; pero aun así, su estatura y su porte tranquilo lo hacían inconfundible, como también su aire de autoridad. Ya fuera montado a caballo, subiendo al helicóptero que él mismo pilotaba algunas veces, o simplemente caminando hacia la casa, aquel hombre provocaba en ella el mismo impacto absurdo que había sentido la primera vez que había puesto los ojos en él.

Desde luego, eso tenía que desaparecer, se dijo a sí misma más de una vez. ¡Tenía veintiséis años! Ya no era una ridícula adolescente... Y él no le gustaba siquiera. No podía ser una mujer adulta y racional, si estaba obsesionada por un hombre que le desagradaba.

Ésa fue la razón por la que en una de las ocasiones en las que estuvo brevemente en contacto con él, se mostró también más cordial que de costumbre con Tim Markwell, el veterinario, que estaba con Cliff cuando los tres se encontraron. Sarah llegaba con los niños de un pequeño paseo que habían hecho como parte de una clase de ciencias naturales.

Tim no era tan alto como Cliff Wyatt, pero era un hombre apuesto, tranquilo, con una actitud amable y bondadosa hacia los animales y hacia los seres humanos. Él pilotaba su propio avión. Tenía su base en Longreach y atendía a los animales en una zona de centenares de millas cuadradas. Después de dirigirle una sonrisa particularmente cariñosa se encontró esperando, contra toda esperanza, que la señora Tibbs hubiera estado equivocada. Recordó con inquietud que no se había equivocado en lo relativo a Wendy Wilson.

-Hola, Sarah --dijo Tim con tranquilidad, pero con una leve expresión de sorpresa-. ¿Habéis estado estudiando la flora y la fauna local?

-Sí -contestó ella-, y hemos hablado tanto que creo que hemos agotado el tema.

En realidad, estaba un poco cansada, aunque no tenía una razón real para estarlo.

-¿Por qué no da por terminadas las clases por hoy? -sugirió Cliff Wyatt, después de someterla a un penetrante escrutinio.

-Oh, no -Sarah pareció escandalizada-. ¡No puedo hacer eso!

-Ah, pero yo sí -dijo él, y se volvió hacia el grupo de chicos, a los que dijo que la escueta había concluido por ese día. Los niños, encantados con aquel inesperado golpe de suerte, no necesitaron ninguna presión adicional para irse corriendo, encantados de la vida.

-¿Cómo ha podido hacer eso? -preguntó Sarah mirándolo con incredulidad.

-Ha sido muy sencillo -contestó él muy serio, aunque con evidente ironía.

-¡Pues no debería haberlo hecho!

-¿Por qué no? Un par de horas de descanso no les van a hacer ningún daño a ellos y podrían hacerle mucho bien a usted.

-¡Pero está usted minando mi autoridad!

-Lo dudo -dijo él lentamente-. ¿No cree que está exagerando un poco?

-Tal vez tenga usted razón -dijo bruscamente y se dio la vuelta, para alejarse de ahí.

-Oh, por cierto, Sarah -dijo Tim-. Ese wombal enfermo que me llevé a la clínica se ha recuperado completamente y se está convirtiendo en una pesadilla. ¡Se come mis zapatos y mis calcetines!

Sarah se dio la vuelta y una sonrisa iluminó su rostro.

-¡Oh, Tim, cuánto me alegro! No que se coma tus zapatos y tus calcetines, sino que se haya recuperado. ¿Qué vas a hacer con él?

-Tengo la impresión de que no voy a poder librarme de él -contestó Tim con tristeza-. A menos que... ¿no quieres que te lo devuelva?

Sarah hizo una mueca.

-No estoy segura de poder enfrentarme a un wombat mimado, además de... bueno, algunos niños que tengo a mi cargo.

-¡Entonces, te libero del problema!

Sarah pasó la tarde trabajando en el traje de Cindy y riñéndose a sí misma por la imagen que estaba dando.

Tres días más tarde fue llamada a la casa y cuando llegó se encontró a Amy bañada en lágrimas, a Wendy cerca de ella y Cliff Wyatt cortante y desagradable.

- Siéntese, Sarah.

Estaban reunidos en la habitación más grande de la casa, que servía también como comedor. Era un salón amplio y gracioso, de techo alto, un arco de madera dividiendo las dos áreas. Los muebles, advirtió Sarah, echando un rápido vistazo a su alrededor, eran preciosos; había una mesa redonda de caoba, con un grueso pedestal central y ocho sillas en el comedor, un juego de sala de piel y dos exquisitas alfombras persas en el piso de madera restaurado.

-Le hemos pedido que venga para que nos dé su opinión sobre si Sally y Ben pueden quedarse aquí un par de semanas, sin su madre -dijo Cliff Wyatt.

Sarah parpadeó y Amy dijo llorosa.

1-¿Tienes que decirlo de esa forma tan horrible? ¡Lo dices como si los estuviera abandonando!

-De ninguna manera estoy diciendo tal cosa -contestó él en tono cortante-. Lo que sí me parece completamente ridículo, es que te los lleves durante tiempo indefinido, interrumpiendo sus estudios y alterando toda su vida, mientras tú tratas de poner en orden la tuya. Sarah... -se volvió hacia ella- como si eso no fuera evidente, ¿quieres decirnos cómo se están adaptando?

Sarah contestó lentamente:

-Muy bien. Ben puede ser un poco travieso en ocasiones, pero eso es muy natural en los niños de su edad, sobretodo si son tan inteligentes como él. Y ahora que he descubierto que tiene una gran afición al dibujo y que le encanta pintar, le he estado dando algunas clases extras de pintura y está encantado. En cuanto a Sally, ya tiene una amiga; se han vuelto inseparables y eso la ha ayudado a vencer un poco su timidez. Yo diría que ambos son felices y están muy bien adaptados.

-Y no podemos decir que tú los hayas ayudado, Amy -dijo su hermano, implacable.

El resultado fue inevitable. Amy empezó a sollozar en forma convulsiva y Wendy murmuró:

-Cliff, no creo que esto esté sirviendo de nada. Sara se puso de pie.

-Yo me...

-Siéntese -ordenó Cliff Wyatt.

Pero Sarah no obedeció y lo miró con un ligero brillo de furia en los ojos.

-Esto no tiene nada que ver conmigo.

-Por supuesto que lo tiene, si Amy puede estar segura de su interés en Sally y en Ben, podría irse con la conciencia más tranquila.

Sarah le dirigió una mirada tan dura y cortante como la suya.

Claro que estoy interesada en ellos. Y si la señora Tihh, necesita ayuda para cuidarlos, puede contar conmigo. La ayudará encantada.

-Bien, eso está arreglado, entonces -dijo Cliff Wyatt decididamente, pero Amy sólo sollozó con más fuerza. Sarah miró a Cliff y después caminó hacia donde estaba su hermana y dijo con amabilidad.

Estarán bien con nosotros durante un tiempo, Amy. Pero creo que debe decirles que no será por mucho tiempo. Y debe hacer un esfuerzo por mostrarse tranquila y cariñosa antes de irse.

¡Trataré de hacerlo... lo intentaré! -sollozó Amy . ¡Oh, gracias, Sarah! Yo sé que la señora Tibbs es muy buena con ellos, pero usted es una persona tan sensata... La he observado tratar a los niños y cómo hace todo on un gesto resuelto, se sonó la nariz, tragó saliva varias veces y logró sonreír débilmente.

-Es la personificación de la sensatez -murmuró Cliff Wyatt, mientras a Sarah se le ocurrían dos cosas: que nunca se había dado cuenta de lo que Amy pensaba de ella, porque creía que a Amy no le interesaba nada de lo que sucedía a su alrededor y que se estaba metiendo en un verdadero lío.

CAPÍTULO 3

AMY Y Wendy se fueron día y medio más tarde y durante el siguiente par de días, Sarah observó a Ben y a Sally con especial cuidado, pero no pudo detectar ningún trauma. Y el tercer día después de la partida de su madre, llegaron a la escuela rebosantes de importancia, con una invitación para Sarah a cenar esa noche con ellos en la casa.

Sarah gimió en su interior, pero, al ver sus caritas ansiosas comprendió que no podía rechazar la invitación, aunque le habría encantado hacerlo, porque todavía estaba indignada con Cliff Wyatt por sus actitudes autoritarias.

Sin embargo, la cena que compartieron con los niños fue una comida agradable y durante ella se hizo evidente algo que a Sarah no se le había ocurrido antes: que Sally y Ben querían mucho a su tío.

Ayudó a la señora Tibbs a acostarlos, les leyó un cuento y después fue a buscar a su patrón para darle las buenas noches, pero se encontró con que la señora Tibbs había hecho café para ellos y lo había servido en la sala.

-Yo...

-Siéntese, Sarah -dijo Cliff Wyatt de buen humor-. No hace falta que se vaya corriendo. No soy realmente el ogro por el que usted me toma.

Ella titubeó, pero cuando Cliff le sirvió una taza de café, se sentó y aceptó el café, dando las gracias en voz baja.

-Así que no hay ningún problema con nuestros huérfanos temporales, supongo, ¿verdad?

-No, que yo sepa contestó-. ¿Han... han tenido noticias de Amy?

-Sí. Llama por teléfono todos los días. Está viviendo con Wendy, pero no estoy seguro de que ésa sea una buena idea.

Sarah arqueó las cejas.

- Wendy es una persona muy... segura de sí misma -dijo pensativo- Amy nunca lo ha sido, pero quiere practicar la filosofía de Wendy respecto al amor, los hombres y el matrimonio... -se encogió de hombros.

-Parecen muy buenas amigas.

-Se conocen desde que eran niñas, pero mientras que Amy se casó y tuvo hijos siendo quizá demasiado joven para saber lo que hacía, Wendy ha estado completamente dedicada a su profesión. Hasta la fecha -añadió.

Sarah frunció ligeramente el ceño, tratando de interpretar el tono de Cliff. De pronto, se oyó a sí misma preguntar:

-¿Cómo es el esposo de Amy?

Cliff tardó más de un minuto en contestar.

-Lo extraño del caso es que él es un buen amigo mío y trabaja para mí.

-Oh.

-Sí -reconoció Cliff con tristeza-. Es una situación difícil. Y aunque él no es, tal vez, el mejor marido del mundo, tampoco es un ogro. Pero algo no ha funcionado entre ellos, y Amy es mi hermana.

-Me alegra oírle decir eso -murmuró Sarah.

Cliff le dirigió una mirada divertida.

-¿Por qué dice eso? ¿Porque usted pertenece al club universal de las mujeres? ¿O porque piensa que hay que responder siempre a la llamada de la sangre? -Ambas cosas, probablemente -dijo Sarah en tono cáustico.

-Si quiere que le diga lo que pienso del matrimonio de mi hermana, la verdad es que creo que ya es hora de que ella siente cabeza y deje de tratar de encontrar luz de luna y rosas en cada rincón de su vida: de que deje de preocuparse por peluqueros y ropa. y se ocupe más de ser madre y esposa. Las cosas estarían mucho mejor si lo hiciera. Pero si le dijera todo esto, usted tomaría partido inmediato a su favor, ¿no es cierto?

Sarah lo miró con frialdad.

-No, de ninguna manera. Pero le diría que es probablemente imposible saber con exactitud lo que pasa entre un hombre y una mujer y sólo un estúpido puede creerse capaz de hacerlo.

-Ah, bien, me sorprendería mucho si estuviera equivocado, pero --dijo con lentitud, de ninguna manera impresionado por los comentarios de ella-, está usted recopilando una larga lista, Sarah.

Sarah frunció el ceño.

-No sé qué quiere decir con eso.

-Me ha llamado tonto, un hombre que mina su autoridad... oh, y no olvidemos que soy un tipo machista y desagradable. Pero, dígame algo... ¿qué hay entre usted y Tim Markwell?

Lo inesperado de la pregunta hizo que Sarah se ruborizara.

-¡Ese no es asunto suyo... no tiene nada que ver con usted, nada -dijo casi tartamudeante.

-Entonces, no hace falta que proteste tanto. Pero yo diría que harían una buena pareja.

La furia que sintió casi quitó a Sarah el aliento.

-Usted no sabe nada de eso -exclamó-. Usted sólo está siendo...

Cliff arqueó una ceja y esperó un momento.

-¿Otro calificativo? No me preocupa, ¿sabe? En realidad disfruto

de nuestros pequeños encuentros.

Sarah rechinó los dientes, pero antes de que pudiera decir algo, él continuó con toda tranquilidad:

-No estoy del todo seguro de por qué tengo esta... habilidad para enfurecerla, mientras que Tim aparentemente no la tiene. De ahí mi pregunta.

Todo lo que usted dice está calculado para enfurecerme de un modo o de otro -contestó Sarah con frialdad.

Eso parece. Pero puedo decirle, por ejemplo, que me sentiría mucho más feliz si viera a Amy pasar algún tiempo aquí, con usted, para que aprendiera algunas de las cosas prácticas y básicas de la vida. No me diga que eso no es un cumplido...

Sarah se puso de pie.

-Depende de cómo lo vea -dijo-. Si está insinuando, por ejemplo, que soy una persona muy práctica, para la que la luz de la luna y las rosas no existen...

-Sarah... -se puso de pie, y la miró muy serio-. Yo creo que debía alentar un poco más a Tim... lo digo porque me parece que está mostrando todos los síntomas clásicos de una joven que se ha ido al otro extremo... al extremo opuesto al de Amy, quiero decir... y que en realidad, se está muriendo por un poco de luz de luna y rosas.

Sarah estaba tan ofendida que se quedó sin habla.

-Y en este momento -continuó, con una mirada repentinamente intensa- es cuando usted me abofetea. supongo, señorita Sutherland. Pero, ¿no cree usted que podría haber un final más adecuado para esta discusión? Siempre podría responder abrazándola y besándola hasta dejarla sin respiración.

-¡No se atreva! -tartamudeó ella.

-¿Por qué no? -preguntó él lentamente-. Soy tan capaz como Tim Markwell de proporcionarle un poco de luz de luna y rosas, me imagino... ¿por qué no lo ponemos a prueba? -Y, sin esperar respuesta, antes de que Sarah pudiera adivinar sus intenciones, le quitó las gafas haciendo que Sarah se sintiera no sólo invadida por un remolino de sensaciones, sino que estuviera de pronto en la desventajosa posición de tener que mirarlo con sus ojos miopes-. Así está mucho mejor, y es mucho más cómodo para hacer esto, estoy seguro.

«Esto», fue abrazarla y bajar sus labios hacia los de ella.

-¡No, no! -protestó- No debe hacerlo... ¡señor Wyatt! Por favor...

-Probablemente tenga usted razón... no debería hacerlo --dijo Cliff, mientras deslizaba las manos por su espalda-. Pero la verdad es que voy a hacerlo... no sé por qué, pero usted me intriga

realmente, señorita Sutherland. ¿Es posible que sea virgen todavía?

Sarah soltó una exclamación ahogada y trató de liberarse, aunque sin hacer demasiado esfuerzo. Cliff la mantuvo en sus brazos y cuando dejó de forcejear, se limitó simplemente a acercarla un poco más y a continuar besándola.

Cinco minutos más tarde se separaron. Sarah se llevó una mano a la boca y dijo con aire indefenso:

-¡Esto es terrible!

-No, no lo es -la contradijo él, en un tono de voz completamente diferente y mantuvo las manos en su cintura, hasta que ella dejó de tambalearse. Entonces la soltó y Sarah miró a su alrededor completamente perpleja -. Toma -le dio sus gafas.

Sarah intentó decir algo, pero Cliff se le adelantó.

-Siéntate, Sarah. Te serviré un poco más de café.

-No... -contestó con voz temblorosa-. No, ya me voy.

-Vas a hacer lo que yo digo -le rodeó la cintura con los brazos y la hizo sentarse en la silla que había detrás de ella-. Toma -volvió a decir, unos minutos más tarde, y puso una taza de café a su lado-. Tómatelo añadió con amabilidad y se dio la vuelta para servirse otra taza.

Sarah cerró los ojos, se pasó la lengua por los labios y entonces bebió un poco de café. Unos segundos después, empezó a tranquilizarse un poco. Para entonces Cliff ya estaba sentado frente a ella, con su propia taza de café. Cuando sus miradas por fin se encontraron, Sarah dijo con una extraña mezcla de desolación y reproche:

-No debería haber hecho eso.

Se regañó por no haber sido capaz de decir nada más ingenioso.

-Probablemente no -contestó él con aire pensativo, mientras la mantenía cautiva de su mirada-. Pero debes admitir que no ha estado nada mal.

-Bueno, espero que no vaya usted a dar demasiada importancia a esto, señor Wyatt, porque estaría cometiendo un gran error si lo hiciera.

-¿De verdad? No sé -murmuró con una ligera sonrisa-. ¿Eres virgen, Sarah?

Sarah apretó los labios:

-Le voy a decir lo que soy, señor Wyatt...

-Creo que deberías tutearme y llamarme Cliff -la interrumpió él con otra sonrisita, aquella vez decididamente burlona -. No me gusta que hablemos como si hubiéramos salido de una telenovela.

-Le voy a decir lo que soy, señor Wyatt -repitió Sarah-. Soy una

mujer que siente que usted se ha aprovechado de ella de una forma intolerable.

-¿Intolerable? -Cliff arqueó una ceja--. Perdóname, pero me parece que a ti te ha gustado que yo me haya aprovechado de ti de esa manera... intolerable.

-Bueno... bueno, sea lo que sea, en cualquier caso... -se interrumpió para dirigirle una mirada glacial ...¿cómo describiría usted la situación de una mujer que soporta ser besada por un hombre que lo hace sólo por capricho? Porque yo no lo he provocado. No tengo la menor duda de que para usted sólo ha sido un capricho. Sucede que lo vi besando a Wendy Wilson hace sólo un par de semanas -dijo con menosprecio-, así que no trate de decirme que no es usted ni más ni menos que...

-Ah, eso lo explica todo -murmuró Cliff Wyatt-. Un hombre infiel y traicionero... ¿eso era lo que ibas a decir? -preguntó con amabilidad-. Eso añade tres nuevos insultos a tu repertorio.

-¿Qué es lo que explica eso? --preguntó Sarah furiosa.

-Por qué me miras como si fuera un ser despreciable. Por cierto, no advertí tu presencia cuando estaba con Wendy, pero, ya que fue así... -se encogió de hombros y la miró con un cierto brillo malicioso en los ojos.

-Creo que deberías explicarme si desapruebas que la haya besado por razones morales, o personales.

-No mezclemos las cosas personales en esto -dijo con voz tensa-. Y yo no estaba espiando; simplemente volvía a casa después de la barbacoa, cuando, bueno, usted y Wendy estaban en la terraza y no me di cuenta hasta que era demasiado tarde. Pero hablando de cuestiones morales, sigo pensando que es razonable oponerse a ser besada cuando usted... simplemente cuando usted...

-¿Aunque hayas disfrutado, Sarah?

Sarah tomó aire y se puso de pie.

Buenas noche, señor Wyatt -dijo con toda la tranquilidad que fue capaz.

-Y aquí termina el sermón --murmuró él lentamente con el mismo brillo burlón en la mirada-. Está bien, váyase a la cama, señorita Sutherland. Pero permítame decirle, que Wendy y yo no tenemos ninguna... relación formal y que...

-¿Se sintió usted obligado? Lo creo.

Cliff se echó a reír.

-La verdad es que fui besado, más que lo contrario, pero no iba a decir eso; no me parece muy galante de mi parte. En cambio, en tu caso me sentí momentánea, pero sinceramente intrigado, aunque no

sabría decir por qué.

-Es el colmo de e interrumpió bruscamente.

-Bueno, no es para que te lo tomes así, Sara --dijo él en forma razonable --. Pareces estar tan segura de que ha sido una cosa tan terriblemente condenable, tan inaceptable para ti. a pesar de ciertas manifestaciones que indican lo contrario, que no puedo dejar de preguntarme qué ha sido lo que realmente me intrigaba. ¿Quieres que te acompañe a tu casa?

Sarah se dio media vuelta y se fue.

Durmió mal durante las noches siguientes y sufrió las consecuencias de el día, en forma de irritabilidad. Sus doce alumnos le resultaban abrumadores. Así que a las cinco de la tarde del viernes estuvo encantada de poder encerrarse en su casa, quitarse las botas y hundirse en un sillón.

Pero lo peor de todo, decidió, lo que realmente la hacía sufrir, era que no podía olvidar los pocos minutos que había pasado en los brazos de Cliff Wyatt.

Se quitó las gafas, apoyó la cabeza en el respaldo, en un gesto de cansancio y se puso a pensar si realmente deseaba un poco de romanticismo en su vida. Pero, ¿cómo había podido ocurrirle eso a ella? Se preguntó desolada. Era perfectamente feliz hasta que... ¿sería ése el efecto que Cliff tenía en todas las mujeres? No sabía si esa respuesta la hacía sentirse mejor o peor. No sabía por qué siempre se ponía tan tensa cuando estaba con él, pero se suponía que seguía siendo una maestra de escuela sensata, seria, que no podía competir con Wendy Wilson... ¡No, basta, Sarah! se ordenó a sí misma y se incorporó violentamente. Lo que tenía que hacer era sacar todas esas tonterías de su mente.

Sonó el teléfono.

Lo miró con enfado, pero decidió contestarlo. Era la madre de Billy Pascoe, que llamaba asustada porque Billy había desaparecido.

-Estoy segura de que no ha desaparecido, Mary -dijo Sarah en tono consolador. Aquello sucedía cada quince días-. Estoy segura de que lo encontrarás escondido en el almacén de la maquinaria.

-Heevisado perfectamente el almacén de la maquinaria y en todos los lugares en los que podía haberse escondido -contestó Mary Pascoe a través del teléfono. Después añadió en tono acusador-: me ha dicho que usted se había enfadado hoy con él por algo que no había hecho.

Sarah se apoyó contra la pared, con gesto cansado y pensó en las perpetuas interrupciones que Billy Pascoe hacía en clase, en sus

eternas preguntas y en su increíble facilidad para ser inoportuno e impertinente, una situación a la que contribuía, sin duda, una madre nerviosa y un padre que bebía demasiado. Sin embargo, nada de eso cambiaba el hecho de que posiblemente había sido más estricta aquel día con él de lo que era necesario y sintió un repentino ataque de remordimiento.

-¿Dónde esta Mike? -preguntó, refiriéndose al padre de Billy.

-¡Están acampando esta noche lejos de aquí, reuniendo el ganado... y no hay un hombre en toda la hacienda!

-Muy bien, Mary, ahora mismo voy hacia allí. Estoy segura de que lo encontraremos en alguna parte.

Pero al amanecer del día siguiente. Billy Pascoe no había sido encontrado. Como se sentía cada vez más culpable, aunque sabía que Billy era un genio para esconderse y que no lo encontrarían hasta que él quisiera. Sarah se montó en una camioneta y decidió ampliar el área de búsqueda. Había varios cobertizos abandonados en un radio de cinco o seis kilómetros a la redonda. Sin duda podía haber llegado andando a cualquiera de ellos. Dejó a Jean Lawson y a la señora Tibbs a cargo de las madres y los niños que estaban en la hacienda y les dijo que sólo estaría fuera una hora, como mucho.

Fue una decisión desastrosa. La camioneta tuvo un fallo en el motor en el lugar más lejano al que habían previsto llegar y, como no sabía nada de mecánica, no tenía idea de que le había pasado, así que decidió volver a casa andando. Para su desgracia, metió el pie en una madriguera y el resultado fue que el tobillo empezó a hinchársele de forma alarmante y le empezó a doler terriblemente. Se sentó en el suelo, apoyó la cabeza en las manos y sintió ganas de llorar, de simple frustración.

Dos horas más tarde, cuando había avanzado cojeando una pequeña distancia, fue encontrada por uno de los trabajadores del rancho. Afortunadamente, llegó a caballo, con otro caballo para ella.

-¡Oh, Charlie, gracias a Dios! -exclamó con voz ahogada, cuando reconoció la cara del joven aborigen que de vez en cuando asistía a la escuela-. ¿Cómo me has encontrado?

-He seguido sus huellas, señorita --respondió Charlie con una amplia sonrisa. Bajó del caballo y se arrodilló a su lado-. ¡Vaya! Tiene fatal ese tobillo.

-Lo sé. He metido el pie en una madriguera. Estaba buscando a Billy Pascoe...

-Ya no tiene que preocuparse por él, señorita Sarah -dijo Charlie en tono consolador-. Lo han encontrado... en el tejado de su propia

casa.

Sarah apretó los puños.

-¡Lo sabía, lo sabía! Sabía que iba a aparecer en cualquier momento... Bueno es una buena noticia, Charlie - hizo una mueca de dolor cuando el joven la ayudó a levantarse y a subir al segundo caballo. Cuando empezaron a avanza, preguntó con cierta preocupación-: ¿Quién... te ha enviado a buscarme, Charlie?

-Cliff. Yo le he dicho que podría encontrarte y me ha creído. «¡Tienes que encontrarla, maldita sea!» me ha dicho. «No me importa cómo» -explicó Charlie, riendo alegremente.

-¿Estaba... de mal humor? -preguntó Sarah-. ¿Por qué ha vuelto a casa?

-Esta mañana temprano, ese loco de Willy Doughboy. se ha dejado pisotear por un animal, de nuestro propio ganado... eso ha puesto nerviosos a los otros del rebaño... y todo el ganado ha salido corriendo. ¡Vamos a tardar dos días en volver a juntarlo! En cualquier caso, él me ha dicho que lo acompañara a llevar a Willy a su casa en helicóptero para que lo viera cuanto antes el médico. ¿Y qué nos hemos encontrado al llegar? El médico ya había llegado, pero había también un montón de mujeres y de niños, corriendo de un lado para otro, como locos, porque usted se había marchado y se había perdido, y a Billy Pascoe tampoco lo encontraban. ¡Al enterarse Cliff se ha puesto furioso! -terminó, y se echó a reír de nuevo, como si la escapada del ganado, la furia de Cliff Wyatt y todo lo demás, fuera

cosa de risa.

-¿Cómo han encontrado a Billy?

-Yo creo que debe haber oído a Cliff, porque ha aparecido de repente. Ha dicho que se había quedado dormido y no había oído nada. ¡Ese chiquillo es una verdadera lata!

-Tienes mucha razón -dijo Sarah con convicción en el momento en que llegaban delante del almacén de la maquinaria, donde fueron recibidos con entusiasmo. Cliff Wyatt avanzó hacia los caballos.

-¿Dónde diablos ha estado usted, señorita Sutherland? -preguntó con frialdad, y añadió en tono cortante-: ¿No cree que una persona perdida ya era suficiente?

Sarah pensó varias cosas a la vez: que el tobillo le dolía de forma insoportable, que Cliff Wyatt, vestido de color caqui, con botas y cubierto de polvo parecía un verdadero ganadero, y sobre todo, la dominó el pensamiento de que debía tratar de conservar la calma delante de toda aquella gente. Así que dijo con cuidado:

-He pensado que Billy podía haberse metido en uno de los cobertizos abandonados que hay por los alrededores; sin embargo, cuando estaba como a cuatro o cinco kilómetros de aquí, se me ha roto la camioneta. Desgraciadamente, no sé prácticamente nada de mecánica; pero no me había perdido, señor Wyatt; habría vuelto, tarde o temprano -terminó con frialdad.

-Habría tardado muchísimo tiempo -comentó Charlie, que evidentemente no percibía la tensión que había en el ambiente-. Trae un tobillo que no me gusta nada. Se ha metido en una madriguera -añadió.

Cliff Wyatt le levantó la pierna de los vaqueros, lanzó un juramento en voz alta y, sin más, la levantó del caballo y empezó a caminar con ella en brazos.

-¡Tenga la bondad de bajarme, señor Wyatt! -ordenó ella furiosa, olvidando que había decidido no perder los estribos.

-No, no pienso hacerlo. Y cállate ya, Sarah, y obedéceme -contestó Cliff. Todos los chicos que los seguían. con evidente interés, abrieron los ojos de par en par y contuvieron la respiración.

-Oigame bien --empezó a decir ella.

-Tú eres la que vas a oír, Sarah Sutherland, y esconde las uñas, porque no te voy a llevar a mi harén. como tu pequeña alma de solterona está deseando que haga. Simplemente estoy llevándote a la sala de primeros auxilios, donde el Doctor Volante está cosiendo a Willy Doughboy, para que te vea el tobillo.

Sin poder evitarlo, Sarah estalló en furiosas lágrimas de frustración. Ante eso, Cliff Wyatt respiró profundamente, levantó los ojos al cielo, juró en voz alta y continuó con paso decidido hacia la sala de primeros auxilios. En ese momento, todos los espectadores se esfumaron.

No voy a quedarme aquí.

Cliff se cruzó de brazos y apoyó los hombros contra el marco de la puerta de un dormitorio para invitados de su casa y miró a Sarah fijamente. Estaba sentada en la cama en la que él acababa de dejarla con la cara quemada por el sol y los ojos llenos de lágrimas; tenía el pelo alborotado, la ropa sucia y cl tobillo vendado.

-¿Y qué sugieres, entonces?-preguntó él con frialdad-.Te acaban de decir que no puedes apoyar el tobillo por lo menos en dos días.

-Puedo descansar en mi propia casa. Estoy segura de que no me van a dejar morirme de hambre, y Charlie ha prometido hacerme una muleta. ¿Quién se cree que es usted?

-Mi querida Sarah...-se alejó de la puerta-por mucho que esto te disguste, te quedarás aquí donde la señora Tihbs puede cuidarte y,

como tendremos que cerrar la escuela durante una semana, puedes ayudarla entreteniendo un poco a Sally y a Ben. Es el arreglo más práctico y sensato; además, tendrás que aceptarlo porque lo digo yo, y cuanto antes domines tu ridículo mal carácter, mejor. Y no te molestes en decirme que me porto como si este lugar fuera mío... porque lo es.

-Yo no iba a... -Sarah se interrumpió.

-O algo por el estilo.

Sarah lanzó un tembloroso suspiro de exasperación y descubrió que volvía a tener los ojos llenos de lágrimas. Se limpió la nariz con el dorso de la mano y, finalmente, ella misma empezó a lanzar juramentos.

-Me alegro que Billy no esté -dijo Cliff plácidamente. ¿Te encuentras mejor?

-Sólo me gustaría que usted se fuera...

-Para no ponerte otra vez a llorar sobre mi hombro.

--No me habría puesto a llorar, si no hubiera pasado una mañana infernal, además de una noche sin dormir, si no me doliera el tobillo y, si usted no me hubiera insultado terriblemente... y si no me hubiera sentido culpable por la desaparición de Billy Pascoe --dijo Sarah con amargura.

Cliff se sentó en un extremo de la cama y la miró con el ceño fruncido.

-¿Por qué tenías que sentirte culpable por Billy?

-Fui un poco dura con él, ayer -hizo un gesto de desolación-. Su madre pensó que ésa era la razón de que se hubiera escondido.

-Sarah, incluso desde mi limitada experiencia con Billy Pascoe, me resulta evidente que necesitarías la paciencia de un santo para no enfadarte con él.

-Pero ése es el problema. Normalmente, tengo la...

bueno, no la paciencia de un santo, pero sí más paciencia de la que tengo últimamente.

-¿Y a qué atribuyes esta repentina falta de paciencia?

-Tal vez necesito un poco de descanso --musitó.

-Entonces ésta es la solución, tienes que quedarte en casa, ¿no crees Sarah?

Sarah lo miró, y aunque la expresión de Cliff era inescrutable, tuvo la incomodable sensación de que él comprendía demasiado bien la causa de su problema.

Si... bueno, es posible que tenga usted razón -dijo a toda prisa-. Yo... está bien...

La señora Tibbs le preparó el baño, la ayudó a llegar hasta la bañera y después dejó que remojara sus desventuras un buen rato; no era fácil relajarse cuando uno tenía a un hombre como Cliff metido en la cabeza.

Finalmente, vestida con un camisón limpio y metida en la cama del cuarto de invitados, con el tobillo bien acomodado sobre una almohada, se quedó profundamente dormida. Durmió durante horas, sin soñar siquiera.

Fueron Ben y Sally los que la despertaron. Se adelantaron un poco a la señora Tibbs, que le llevó una bandeja con la cena. Sarah comió con sorprendente apetito, mientras los niños le contaban que su tío Cliff había hecho que llevaran de su casa muchas de sus cosas, incluyendo el traje de novia de Cindy Lawson, para que no tuviera tiempo de aburrirse, añadieron muy serios.

Sarah hizo una mueca. Pero fue difícil no sentirse conmovida, cuando los dos niños le llevaron su rompecabezas favorito, la señora Tibbs proporcionó una bandeja grande y empezaron a armarlo juntos, procurando, con solícito cuidado, no hacerle daño a Sarah en el tobillo cuando subieron a la cama.

Fui Cliff el que los mandó a dormir aproximadamente una hora más tarde. Los niños aceptaron la orden sin protestar y Sarah estuvo a punto de emocionarse, cuando ambos le dieron un abrazo y las buenas noches.

-¿Cómo te encuentras? -preguntó Cliff cuando la señora Tibbs se los llevó para bañarlos. Cliff se había duchado y se había puesto unos pantalones grises y una camisa a cuadros grises y blancos.

Sarah subió un poco más la ropa de la cama. --Bien, gracias.

-No creo que sea verdad -dijo él con una sonrisa-.No olvides que el médico te ha dejado unos analgésicos para que soportes el dolor durante los próximos días. -He tomado uno... después de la cena.

-Bien. ¿Y cómo van las quemaduras del sol? –se acercó un poco más.

-La señora Tibbs me ha dado lanolina.

La buena y vieja lanolina. ¿Así que no necesitas nada... ni una buena copa de brandy?

Sarah pestañeó y se pasó la lengua por los labios. -No creo que me sentara bien con las pastillas. -No, claro que no... qué tonto soy. Pero he pensado que eso te ayudaría a relajarte lo suficiente y te ayudara a olvidarte de algunas de las cosas que te he dicho hoy. Sarah lo miró con los ojos abiertos de par en par. --¿Está usted disculpándose? -preguntó incrédula. Cliff acercó una silla y se sentó al lado de la cama. -¿Por qué no me dices exactamente de qué crees

que debo disculparme? Entonces lo haría encantado.

-¿No cree que el haber dicho delante de todo el mundo que yo soy una solterona frustrada merece una disculpa? ¿O decirme que me callara la boca delante de todos mis alumnos?

-Bueno, siento mucho haberte dicho que te callaras delante de todos tus alumnos. En cuanto a lo otro...

Pero Sarah dijo de repente con gesto cansado:

-No lo haga. Por favor... ¿no podríamos dejar las cosas así?

Él le sostuvo la mirada. Entonces dijo en un tono diferente de voz, más tranquilo:

-Pero tú sabes que eso no va a resolver nada, Sarah, ¿verdad? Porque creo que eres una persona muy sincera a la que le resulta difícil no decir lo que piensa y porque yo, dentro de mis limitaciones, también soy así. Esto quiere decir que no podemos seguir andándonos con rodeos. Por lo menos a ti no te está haciendo ningún bien.

Sarah tragó saliva.

-Está bien --se incorporó poco sobre las almohadas para no sentirse tan en desventaja y se alisó el camisón. Después cruzó las manos frente a ella, sobre la ropa de cama-. Supongo que este tipo de cosas suceden de vez en cuando.

-¿Te suceden a ti con frecuencia?

¡Oh, Dios! pensó ella. ¿Por qué le estaba haciendo pasar por eso?

-Tal vez no haya sido una forma muy correcta de expresarlo -dijo lentamente, aunque estaba pensando a toda prisa-. Lo que quiero decir es que la vida me ha enseñado que no es muy prudente precipitar las cosas. Y yo creo... tengo la firme convicción de que cuando... un hombre aparece en la vida de una mujer tiene que ser el hombre adecuado; tiene que ser especial y convertirse en la cosa más importante de su vida, y si no es todas esas cosas, yo prefiero quedarme como estoy... o como estaba --añadió mirándolo con tristeza.

-Ya veo -repuso él con lentitud-. Pero las cosas no suelen ser así, Sarah.

-Por otra parte, tengo una convicción igualmente firme de que, después de haber conseguido todo lo que tengo, tirarlo por la borda por alguien como usted, a quien casi no conozco y acerca de quien, si me perdona, tengo grandes dudas, sería una enorme tontería por mi parte.

-Me alegro de que por lo menos tengas dudas.

Para su propio asombro, cuando advirtió la expresión traviesa y divertida de Cliff, Sarah sonrió.

-Usted sabe lo que quiero decir.

-Lo que quieres decir es que a menos que haga yo todo lo que un hombre suele hacer para conquistar a una mujer con fines matrimoniales, no estás dispuesta a tenerme en cuenta siquiera.

-Eso sí que suena a telenovela -replicó ella, ya sin sonreír.

-Pero en cualquier caso es cierto.

-¿No se le había ocurrido pensarlo?

No, Sarah, no se me había ocurrido -contestó él con calma-. Aunque debo confesar que sí he pensado que cuando no estás discutiendo conmigo, eres una persona bastante pacífica... bien organizada...

-Ya me había dicho eso antes -lo interrumpió Sarah, con considerable ironía.

-Y tú contestaste que preferías morir a que se casaran contigo por tus habilidades domésticas. -¡Y no he cambiado de opinión! -añadió con rapidez--: Así que ahora que ya hemos aclarado las cosas, tal vez podamos dejar de pelear.

-Bueno, podemos intentarlo -Cliff se puso de pie con una enigmática sonrisa-. ¿Que te gustaría hacer ahora?

-Continuar durmiendo, supongo. No tengo muchas opciones por ahora, ¿verdad?

-Había pensado que a lo mejor te gustaría abordar otro problema, para que fueras adaptándote a la situación.

Sarah abrió los ojos como platos al comprender el significado real de sus palabras.

-Váyase, por favor -lo miró con amargura y preguntó-: ¿Por qué cuando las mujeres tratamos de ser razonables sobre estas cosas, los hombres siempre se oponen?

-No puedo contestar por los hombres en general, pero en este caso es posible que este hombre sepa que hay cosas que no son siempre susceptibles de ser sometidas a la razón. Ahí tiene un pensamiento que puede analizar antes de dormirse, señorita Sutherland. Buenas noches. Espero que no te moleste el tobillo durante la noche.

Sarah observó cómo se cerraba la puerta y suspiró.

CAPITULO 4

AFORTUNADAMENTE para ella, Sarah se libró de la presencia de Cliff Wyatt durante los siguientes cuatro días. Así ella pudo concentrarse en su decisión de sacar a Cliff de su cabeza. Pero era terriblemente difícil.

Pensó que debía tener algo que ver en eso el hecho de estar en su casa. Sospechó también que tenía mucho que ver con la señora Tibbs, que, por razones que sólo ella sabía, había empezado a consultarla todo tipo de cosas, como si estuviera a cargo de la casa.

A pesar de que sólo podía andar con ayuda de la muleta que Charlie le había hecho, y de que en los primeros dos días no pudo hacerlo ni siquiera con ella, el hecho de estar en la casa de Cliff la tenía curiosamente fascinada, casi contra su voluntad. La impresionaba que la casa estuviera tan bien amueblada, pero que tuviera un aire impersonal. Era una casa tan maravillosa, que merecía mejor suerte, se dijo en una ocasión. ¿Por qué ni Wendy ni Amy habían hecho nada al respecto? se preguntó. Bueno, por lo menos Wendy, se corrigió a sí misma, porque había llegado a la conclusión de que a pesar de las negativas de Cliff Wyatt de que hubiera una relación formal entre Wendy y él, la propia Wendy tenía otras ideas. Para empeorar las cosas, la señora Tibbs se dedicó a la tarea de enseñarle

los aparadores llenos de cristalería, cubiertos, objetos de plata, mantelería, jarrones, adornos, lámparas, y hasta cuadros guardados, todavía sin desembalar.

-Esta casa necesita el toque de una mujer -dijo la señora Tibbs.

-Yo... esto me sorprende un poco -contestó Sarah-. Quiero decir, yo pensaba que en cuanto pusiera en orden Edgeleigh... bueno, él se iría de aquí. Tengo entendido que Coorilla es su verdadero hogar.

La señora Tibbs lanzó un bufido.

-Mire, el plan era que Coorilla fuera entregado a esa tonta de Amy y a su esposo, para que ellos vivieran allí y Cliff pensaba quedarse aquí. Pero ahora que Amy se ha separado de su marido, no van a poder hacer las cosas como habían planeado.

Ya veo.

-Desde luego, la señorita Ojos verdes quería ayudar a decorar esta casa, pero Cliff no la alentó mucho a que lo hiciera --dijo la señora Tibbs dirigiéndole una rápida y significativa mirada a Sarah.

-¿Así que ahora piensa que se equivocó al juzgar las intenciones

de Wendy?

-¡Nada de eso! Para ella, Cliff continúa siendo un objetivo... El que Cliff se deje atrapar es otra cosa.

-¿Porque él no la alentó a...? -Sarah hizo un gesto elocuente con la mano.

La señora Tibbs hizo una mueca, parecía estar luchando con el dilema de ser sincera o continuar alentándola.

-Bueno, lo que le dijo Cliff a Wendy fue que hasta que no decidieran qué diablos iba a pasar con Amy, debían dejar todo tal como estaba. Pero recuerde mis palabras, Sarah, la señorita Wendy Wilson va a descubrir que no es tarea fácil pescar a Cliff Wyatt.

-¡Bueno, eso no es asunto mío! -comentó Sarah y se dio la vuelta.

La señora Tibbs bufó de nuevo.

Durante esos cuatro días, Sarah se concentró principalmente en superar su lesión y en mantener a Sally y a Ben ocupados y contentos. La única ocasión en la que decidió aportar algo a la casa fue la tarde del cuarto día, cuando encontró cuatro rosas preciosas en el jardín, un poco silvestre y abandonado, las cortó y fue a buscar un jarrón para ellas.

Aquella noche, después de que los niños se hubieran acostado, ella estaba en la sala, de pie colocando las rosas en un jarrón de plata, cuando Cliff volvió a la casa.

Sarah no lo esperaba, porque había corrido la voz de que el grupo que había ido a reunir el ganado no volvería hasta la mañana siguiente.

Cuando vio a Cliff en el umbral de la puerta, Sarah retiró las manos de las flores, como si de pronto le quemaran; se puso tan nerviosa que se apoyó excesivamente en el tobillo y tuvo que apoyarse bruscamente en la muleta para no perder cl equilibrio.

-¡No lo he oído! -dijo titubeante.

-Ya lo sé.

El tono de Cliff era cortante y su voz fría. Dejó que la recorriera de abajo arriba con la mirada. Sarah llevaba una falda plisada, azul marino y un esponjoso suéter blanco de angora, que ella misma se había tejido; se había recogido el pelo hacia atrás, con una cinta azul marino.

-No lo esperábamos hasta mañana --añadió ella, tratando de imitar la frialdad de su voz-. ¿Han tenido algún problema?

Después de una pausa curiosamente tensa, Cliff contestó:

-Sí. He tenido una avería en el helicóptero, así que he tenido que volver a tierra. Debías de estar muy hundida en tus pensamientos

para no haber oído la camioneta.

Yo... sí -contestó la joven con voz ronca. Tuvo la clara sensación de que no era sólo la avería del helicóptero lo que le molestaba, sino también algo que ella había hecho. Y aunque Sarah sabía perfectamente bien por qué se había asustado tanto al verlo, esperaba que él no lo supiera--. Creo que la señora Tibbs ya se ha ido a acostar. ¿Puedo prepararle algo de comer? Parece cansado e irritable.

-Estoy cansado e irritable -se pasó la mano por el pelo--. Sí, Sarah, puedes hacerlo -dijo en tono cortante-. Un poco de café y un bocadillo; tengo que volver esta misma noche en la camioneta.

Se dio la vuelta y desapareció en dirección de su dormitorio.

Por un momento, Sarah se quedó donde estaba, con una mano en la boca y expresión de desolación. Después se dirigió cojeando hacia la cocina.

-Gracias -dijo Cliff, cuando terminó el último de los sandwiches tostados de pollo que Sarah le había preparado y terminó de tomarse el café-. ¿Cómo va todo por aquí? -dijo de pronto.

-Muy bien. Sally y Ben están contentos. Amy ha llamado por teléfono todos los días y... bueno, todo va bien -repitió.

-¿Y qué me dices de ti?

-Casi como nueva.

-Cuando te has asustado al verme, no me lo has parecido. En realidad me ha dado la impresión de que el tobillo todavía te molesta.

Lo dijo con rudeza, como si fuera una fuente adicional de molestia para él.

-Aunque así fuera, no sé por qué le molesta -dijo ella con tranquilidad y le sirvió otra taza de café.

-Entonces te lo diré yo -dijo él-. Antes de verme a mí, estabas totalmente sumida en tus pensamientos y parecías tranquila y feliz. De hecho, he tenido la sensación de que pertenecías plenamente a esta casa.

Sarah cerró los ojos exasperada. Cliff había dado en el clavo. Antes de verlo, la firme rienda que Sarah había puesto a sus sentimientos se había escapado de sus manos brevemente y se había entregado al placer de decorar con cuatro rosas una hermosa habitación de una bella casa. Y era , desde luego, la razón de que hubiera reaccionado con ese aire de culpa.

Y eso -continuó él-, por alguna razón, me ha hecho recordar lo mucho que disfrutaste cuando te besé, Sarah, y pensar cuánto me gustaría volver a hacerlo, en lugar de tener que recorrer más de

treinta kilómetros para llegar al campamento, por un camino endemoniado, y a mitad de la noche. Es extraño, ¿no te parece? --dijo en tono burlón y se apoyó en el respaldo de su silla, con los brazos cruzados sobre el ancho jersey gris que se había puesto encima de la camisa y los pantalones caqui.

-Sí que lo es -contestó ella con dolor-, puesto que no pertenezco a esta casa y en ningún momento he sentido nada parecido...

-¿Necesitarías forzar mucho tu imaginación para sentir algo parecido? -preguntó él, arqueando irónico una ceja.

-¡Basta! -murmuró ella-. Yo estoy aquí sólo porque usted mi pidió que me quedara; yo ya sabía que no era lo que debía hacer... -se interrumpió bruscamente.

¿Por ti? -sugirió él y añadió secamente-. ¿O por mí? Porque estoy empezando a estar de acuerdo contigo, Sarah.

Ésta es una... situación imposible.

-Desde luego. ¿Y qué sugieres tú al respecto?

-Mire, no puede esperar que yo crea que usted desea tener conmigo nada más que una breve relación e incluso eso me resulta difícil de creer...

-Tengo una forma de demostrártelo.

-Bueno, pero no voy a aceptarla -Sarah se puso trabajosamente de pie y Cliff la imitó.

-¿Sabes? No deberías juzgar el tipo de mujeres que me gusta pensando sólo en Wendy, Sarah. Porque resulta que me doy perfecta cuenta de que hay algo más importante que una figura despampanante y un rostro atractivo.

-Pero yo no tengo ningún atractivo...

-Tú tienes una forma de besar, sin embargo, que es inesperadamente... satisfactoria ---dijo Cliff lentamente--. Y tienes un tipo inesperadamente tentador.

-¿Se da usted cuenta de cómo lo traiciona esa palabra «inesperadamente», señor Wyatt? -preguntó Sarah entre dientes-. Si no se lo da, le diré lo que significa para mí... me hace sentir que usted no es mejor que un gato callejero, que tiene que conformarse con lo primero que encuentra.

Cliff dio la vuelta a la mesa con calma, se sentó en una esquina y le levantó a Sarah suavemente la barbilla.

-Tienes una imagen terrible de mi, Sarah, y te equivocas. No eres «lo primero que encuentro» como tú dices. Olvidas que Wendy acaba de irse de mi lado y que podría haber hecho con ella lo que hubiera querido. Pero soy un poco alérgico... a que me manipulen en ciertas cosas, como soy también alérgico a los descarados

intentos de compartir mi cama; aunque a veces me pregunto si tú sabes todo eso --murmuró-, y has planeado una estrategia más sutil.

Sarah lanzó una exclamación ahogada.

-Usted ha pensado... ¿eso es lo que ha pensado al entrar a la casa?

-Se me ha pasado por la cabeza -reconoció él-. Desgraciadamente, en algunos aspectos soy la... persona despreciable que tú crees que soy -sonrió sin arrepentimiento alguno-. Pero prefiero, pensándolo bien, olvidar eso en este momento. Y creo que puedo decirte con absoluta sinceridad que me siento traído, por varias cosas de ti, Sarah Sutherland. Tu naturaleza combativa Sonrió de nuevo-, la experiencia muy agradable en la que se convirtió el haberte besado contra tu... voluntad, y el presentimiento que tengo, que tienes un cuerpo delicado y bien formado, con pequeños pero dulces senos de puntas aterciopeladas, una diminuta cintura y posiblemente...

La bofetada que Sarah le soltó resonó en la silenciosa casa. Cliff Wyatt, aunque se estremeció ligeramente, también rió con suavidad. Inmediatamente, puso las manos en la cintura de Sarah, aprisionándola, al tiempo que decía:

-¡Sabía que llegaríamos a eso algún día! Supongo que deberá alegrarme de que no me hayas roto la boca, como te ofreciste hacerlo poco después de que nos conociéramos. Pero si crees que no comprendo que ésa es una invitación...

No.

-Eso ya me lo dijiste otra vez.

Sarah, en ese momento, estaba temblando de pies a cabeza, con una mezcla de furia y temor.

- No juegue conmigo, Cliff Wyatt. No soy una niña, ni una mujer coqueta y el hecho de que usted sea un hombre acostumbrado a ser perseguido por mujeres atrevidas, que es lo que pienso que está tratando de decirme, no me impresiona lo más mínimo, como tampoco me impresionan sus insultos. ¡No sé cómo puede ser tan cínico!

Él no se molestó en negar la acusación; simplemente arqueó una ceja y dijo:

-¿Y no crees que tú también lo eres?

-¿Cínica? -preguntó ella sin sentirse muy segura.

-No parece que eso es lo que intentaste decirme cuando me echaste ese largo sermón la noche en que te torciste el tobillo, ¿no? Que estabas harta de encuentros casuales y que si no te ofrecían el espectáculo completo, no querías nada. O algo parecido.

-No sé cómo puede acusarme de ser cínica por eso; es todo lo contrario. Sin embargo, usted sí se merece ese insulto.

-¿Por qué? ¿Porque una noche me viste besando a una mujer que no eras tú?

-¡Oh! ¿Quiere soltarme, por favor? -le ordenó Sarah furiosa.

-¿No tienes la impresión -preguntó después de hacerlo- de que seguimos dando rodeos inútiles, Sarah?

-Si -se mordió el labio-. Por su culpa. -añadió Sarah con amargura.

-También me han dicho que soy un hombre al que es difícil decirle no --murmuró él con dulzura. -¡Vaya...!

Cliff soltó una carcajada y se levantó de la mesa.

-La otra cosa que soy, desafortunadamente, es un hombre presionado por el tiempo. Si no vuelvo pronto, no tendremos listo el helicóptero para mañana y esta maldita recogida de los animales, se prolongará un día más. Así que voy a despedirme de usted, señorita Sutherland, pero espero verla mañana.

-¡No, no me verá, al menos aquí!

Se dio la vuelta y le ofreció su espalda erguida y furiosa.

Pero Sarah estaba allí cuando Cliff volvió ya tarde, al día siguiente. Al ver la expresión irónica y burlona de Cliff cuando se encontraron, se apresuró a explicar:

-Se trata de Sally y Ben -dijo sin preámbulos-. Al igual que Billy Pascoe y otro niño. Pensamos que todos tienen varicela.

Estaban en el estudio de Cliff, donde ella había entrado a buscarlo. Cliff se sentó frente al escritorio de roble y exclamó en tono salvaje:

-¡Maldita sea! ¿Es que nunca se van a acabar los problemas? ¿Cómo diablos han podido pescar esa enfermedad aquí, en este lugar tan aislado?

-He hecho investigaciones. Uno de los chicos reci

bió la visita de un amigo, que se quedó con él dos días. Posiblemente la trajo él. Creemos que la enfermedad está en período de incubación en los niños, pues el amigo vino a la escuela y estuvo jugando con muchos de ellos, así que es muy posible que los niños que todavía no parecen afectados reproduzcan pronto los síntomas.

Bueno, tendremos que darles vacaciones forzosas. ¿Cómo están?

-Malhumorados e incómodos, pero la varicela no es una enfermedad seria. Pero el problema es que Sally quiere ver a su madre.

¿Qué?

-Y Ben, por primera vez, se muestra agresivo y quiere saber qué pasa con su padre. Y yo estoy empezando a hacerme algunas preguntas.

-¿Qué es lo que te preguntas?

-¿Cómo ha manejado usted la desaparición de su padre en sus vidas?, ¿por qué hasta ahora nunca lo habían mencionado? Me gustaría saberlo, aunque no sea de mi incumbencia.

-Les dijimos que estaba fuera por cuestión de negocios -dijo cortante-. No sé si lo creyeron o no. Supongo que el ver a su madre tan afectada les hizo sospechar algo. Yo se lo comenté a Amy, pero para ser sincero, no sabía que más podía hacer. Supongo que también esperaba que este asunto se solucionara antes de que ellos se dieron cuenta de nada. Y estoy seguro que vas a decirme que debo ser honesto con los niños -dijo con toda la arrogancia de que era capaz.

-No pensaba hacerlo -dijo tranquila.

-Me sorprendes -repuso con frialdad.

-Bueno, no pensaba hacerlo porque temo su mal humor -dijo con calma-, pero creo que los niños están muy afectados.

Cliff hizo un movimiento brusco.

-Localizaré por teléfono a Amy. Mira, no les hagas promesas hasta que yo hable con ella. Por lo que veo, has decidido olvidarte por unos días de tus prejuicios de solterona.

-Si lo que quiere decir es que si estoy dispuesta a ayudar a dos niños enfermos hasta que su madre llegue, sí, lo haré -respondió y no pudo evitar añadir-: Lo cual es mucho más de lo que usted merece.

-Por supuesto, señorita. Muchas gracias.

No le comentó el resultado de su llamada a Amy hasta que estuvieron cenando solos aquella noche.

-Señora Tibbs -la llamó Sarah cuando descubrió que la buena señora lo había planificado todo para que tuviera una cena íntima con Cliff-. No me haga esto. Yo preferiría cenar con usted.

-Demasiado tarde para eso -afirmó la señora Tibbs, lacónica-. He cenado con los chicos mientras usted se duchaba. También le pregunté al patrón si le gustaba la mesa -señaló la mesa del comedor engalanada con lo que había sacado del armario-. Él ha contestado que estaba muy bien y también que quería que cocinara algo diferente, así que he preparado sopa, chuletas de cordero y un bizcocho con gelatina, fruta y natillas. Lo traeré en dos minutos.

Sarah suspiró.

-Bueno, iré a ver un momento a los niños.

-Ya deben estar dormidos. El señor Cliff los ha acostado y yo estaré pendiente de ellos mientras ustedes cenan -le dio a Sarah una botella de vino y un sacacorchos-. He pensado que éste iría bien con la cena.

Cuando Cliff Wyatt llegó, la encontró abriendo la botella de vino.

-Me parece muy buena idea -comentó al verla.

-No ha sido idea mía.

-Ha sido mía -le confesó la señora Tibbs-. Creo que los dos necesitan levantar los ánimos -llegaba empujando el carrito de servicio con la comida tapada- . ;Aquí les dejo la comida!

;Qué carácter! -dijo Cliff con una sonrisa cuando la puerta se cerró detrás de ella-. Es un diamante en bruto capaz de salirnos con esto -señaló con la mano la elegante mesa-, y con esto otro -levantó las tapas de la comida.

-Sí.

-Siéntate, Sarah. Pareces un poquito... abrumada.

Cliff se había duchado y cambiado la ropa. Llevaba un pantalón de pana marrón y un fino suéter color crema. Sarah llevaba puesto el mismo conjunto que la noche anterior. Guardó silencio mientras él servía una crema de calabaza con pequeños ramitos de coliflor flotando en ella.

Salud -brindó Cliff, después de servir el vino y se sentó- no he podido localizar a Amy. Esta noche ella y Ross se van a una isla para tratar de solucionar las cosas entre ellos, según me ha contado Wendy. Por lo visto, ella le ha dicho a Amy que lo menos que podía hacer era escucharlo.

-Bueno, esas son buenas noticias, ¿no cree?

-Por supuesto, pero me pregunto si debería interrumpirlos para contarles lo que les pasa a los niños, o si debo dejarles unos días en paz.

Sarah terminó su sopa antes de decir.

-Si usted se considera capaz de tranquilizar a Sally y a Ben, ¿por qué no los deja en paz unos días?

-Podría necesitar tu ayuda.

-Ya sabe que puede contar con ella.

Cliff se puso de pie para servir las chuletas.

-Pensaba que ibas a decir: pero usted deberá comportarse bien, señor Wyatt, o algo por el estilo -le dio su plato con exagerada cortesía y llenó su copa de vino antes de sentarse de nuevo.

-No pierdo el tiempo dándome golpes contra un muro, señor Wyatt, pero no puedo dejar de preguntarme si lo habré herido en su

vanidad.
-¿Porqué?
-Porque siempre vuelve al mismo tema --replicó.
Él le sonrió dulcemente y levantó su copa en silencioso brindis.
-De acuerdo. Supongo que tienes razón.
Era lo último que Sarah esperaba oír y se atragantó con la comida.
-Toma un poco de vino -le aconsejó Cliff. Ella obedeció-. ¿Te encuentras mejor? Bien, a decir verdad -repuso meditabundo-, no consigo averiguar si realmente eres tan buena o si sólo eres una espina que tengo clavada en mi orgullo y corno sólo hay una manera de resolver el misterio y también nuestro dilema, ¿por qué no me cuentas algo más sobre ti? ¿Llegaste a este mundo con toda tu sabiduría y sentido común? ¿o te comportas así por algún asunto desgraciado o porque hayas sufrido algún trauma que tenga que ver con tus padres?
-¿Así que piensa que he tenido una juventud desenfrenada y libertina?
ejemp--No, en absoluto, pero las apariencias engañan, por lo...
-Si va a volver a mencionarme cómo lo besé -dijo rápidamente y bebió más vino-, ya estoy harta de oír siempre lo mismo. Me tomó por sorpresa. Obviamente, usted tiene mucha experiencia en eso y también en pillar desprevenidas a mujeres confiadas-. Cliff no dijo nada, pero no le quitó la vista de encima hasta que ella se exasperó. Se quitó las gafas y nerviosa las limpió con el mantel. Al fin dijo cortante-. De acuerdo, no es del todo cierto, pero tampoco lo son muchas de las cosas que usted me dice.
-¿Qué quiere decir?
Me hirió cuando me llamó solterona amargada -hizo una mueca-, y me tomó por sorpresa. Eso es todo. Quizás debería tomar en cuenta algo que usted me dijo una vez, y tratar de conocer mejor a Tim Markwell.
-Sí, ¿por qué no lo intentas? Tengo mucho interés en conocer el resultado.
-Mire...
-Tienes razón, ya es suficiente. ¿Es eso lo que ibas a decir? Bueno, estoy de acuerdo. ¿De qué más te gustaría hablar?
-De nada.
-Sarah, no te enfades -la reprendió con gravedad-, hay algo más de lo que quería hablar contigo y es del joven Donald Lawson.
Sarah levantó la mirada.
-¿Qué le ocurre?

-Cuando me comentaste que es un joven brillante e inteligente, me tomé un poco de tiempo para conocerlo y creo que tú tienes razón. Se merece algo mejor, así que hablé con Jim y él está de acuerdo en que cuando termine este curso, Donald se vaya a vivir a Coorilla con una familia que ha trabajado y vivido en la finca durante años y a la que yo conozco muy bien, así que él podrá estudiar la secundaria. Coorilla está a sólo una hora en autobús desde Toowoomba y hay un autobús escolar que llega hasta allí.

-¡Oh! -Sarah cerró los ojos, pero los abrió de inmediato-. No sabe cuánto se lo agradezco. ¡Es orara vi/loso!

-Esto significará un poco más de trabajo para ti. supongo, pues creo que Donald necesitará una preparación extra.

-Me encantará dársela. ¿Ya lo sabe él?

-No, se lo dirá su padre. Está un poco aturdido por haber tenido un hijo tan inteligente, además con la boda de Cindy, la casa de los Lawson se está convirtiendo en un lugar insufrible y el pobre está a punto de perder el juicio.

Sarah rió.

-Cindy tiene todos los síntomas usuales de una novia. Ayer mismo me dijo que está empezando a pensar en cambiar el modelo del vestido.

Cliff la miró fingiendo terror.

-¡Cielos! No me digas que vas a cambiar el vestido.

-No podría. Tendría que empezarlo de nuevo. Sólo falta un mes para la boda. Espero poder convencerla de que este vestido le sienta muy bien.

-Eres más valiente que yo -murmuró--. ¿Probamos el bizcocho de la señora Tibbs?

Durante el postre, Sarah estuvo tentada de pellizcarse un par de veces, para ver si estaba soñando. Estaba tan contenta por el futuro de Donald que no encontró difícil conversar alegremente con Cliff. Al final, cuando ella se puso de pie para marcharse y él le dijo que tenía trabajo que hacer, Sarah aseguró con naturalidad.

-No quiero aburrirlo con tanta gratitud, pero me parece maravilloso lo que ha hecho por Donald Lawson.

Cliff se apoyó en su silla y la observó con curiosidad. Después se puso de pie y le dijo:

-Gracias por sus amables palabras, Sarah. Creo que las esperaba - y antes de que la joven pudiera contestar algo, se marchó.

Los siguientes días pasaron como siempre. Sally y Ben mostraron los peores síntomas de su varicela y un antiguo remedio de la señora Tibbs consiguió aliviar sus picores. Cliff localizó a Amy y le

aseguró que no tenia nada de qué preocuparse; que los niños estaban bien. También le dijo a Amy que no se molestaran en llamar a diario. De hecho y gracias a los esfuerzos de Cliff, Sarah y la señora Tibbs, Sally y Ben pronto estuvieron bien.

Estoy asombrada de lo bueno que es con ellos -le comentó imprudentemente Sarah a la señora Tibbs-. Lo cual demuestra lo bueno que será con sus propios hijos.

-Me alegro de que piense eso, Sarah.

-¿Por qué? -preguntó furiosa.

-Porque es una buena idea pensar en esas cosas-dijo airadamente la señora Tibbs y siguió con sus ocupaciones.

Esa misma tarde, Sarah tuvo otra prueba de lo que la gente pensaba de Cliff Wyatt: que era un dechado de virtudes. Cindy y Jean Lawson fueron a que la primera se probara el vestido de novia y estaban en el cuarto de costura, al lado del estudio de Cliff. Jean estaba feliz por lo de Donald.

-Eso es porque Cliff Wyatt es el mejor de los jefes -reconoció Jean.

Cindy estaba probándose el vestido y Sarah arrodillada en el suelo frente a ella.

-¿Habláis de lo de Donald? --preguntó con un par de alfileres en la boca-. Cindy, ¿podrías estarte quieta un momento?

-¡No sólo de lo de Donald! -dijo Jean con entusiasmo-, él hace mucho más; sabe todo lo que ocurre en la hacienda y todos los trabajadores lo obedecen porque lo han visto trabajar como a uno más. Y Jim reconoce que es capaz de herrar un caballo y montar como cualquiera de ellos; que también es capaz de pilotar un helicóptero y arreglarlo...

-¡Ya lo sabia...! ¡Cindy!

-Me gustaría mirarme en un espejo, Sarah -dijo Cindy, malhumorada.

-Todo a su debido tiempo.

Por si fuera poco, Jean continuó:

-Se preocupa por nosotros y por nuestras familias.

¡Y le ha dicho a Cindy que le encantará ir a la boda! -E irá --dijo Cindy un poco distraída-. Creo que es un hombre encantador. Yo sólo -se interrumpió y suspiró- ...no estoy segura de si me gusta este vestido. Sarah y Jean se miraron.

-¡Pero es exactamente lo que tú querías! -Jean trató de aliviar su mal humor-, ¡y después de todo el trabajo que le ha costado a Sarah!

-Listo -Sarah se sentó en el suelo-. Ahora necesitamos un espejo.

Estoy segura de que a Cliff no le importará que te lleve a la habitación principal que es donde está el único espejo grande, que yo recuerde. Con cuidado, Cindy, y levántate un poco la falda.

Cuando estaba cruzando el pasillo, Cliff Wyatt salió inesperadamente del estudio y se paró en seco. Luego exclamó.

-¡Cindy, estás guapísima!

A la joven se le iluminó inmediatamente el semblante. Preguntó casi sin aliento.

-¿Lo dice en serio, señor Wyatt?

Por supuesto -dijo con gravedad-. Eres una de las novias más bonitas que he visto en mi vida.

-Creo que tengo con usted otra deuda de gratitud -le aseguró Sarah aquella noche a Cliff cuando terminaron de cenar, pero no esperaba que mintiera.

Cliff la miró divertido.

-Si te refieres a Cindy, no he mentido.

-¿No? -Sarah lo miró con ironía-. Pensaba que el vestido no le gustaba.

-Da lo mismo -respondió con pereza-. Es impar tante y por un momento, cuando ha esbozado esa radiante sonrisa, estaba preciosa. Además, he pensado que era necesario que alguien la hiciera decidirse.

-¿Y usted? -Sarah entrecerró los ojos al recordar de pronto que el cuarto de costura estaba al lado del estudio de Cliff-, ¿ha oído lo que hemos hablado esta tarde?

-Algo -dijo con inocencia-. La ventana estaba abierta y también la mía y como están juntas...

-Así que eso ha sido -dijo severa-. ¡Pues podía haber cerrado la ventana!

-Pero entonces no hubiera podido resolver el problema del vestido.

-Quizá no -dijo deprimida.

-He pensado que eso te alegraría -dijo burlón. -Y así ha sido, pero ahora estoy pensando en otras cosas.

-¿Tales como...?

-Como que han bastado unas palabras suyas para que Cindy se convenciera de que había escogido correctamente el vestido. No me parece justo.

-Ten en cuenta el hecho que he tenido una oportunidad de hacerte un favor y te lo he hecho.

-De acuerdo, supongo que mañana ya me habré convencido de que tiene usted razón.

-¿Y por qué no lo haces esta misma noche? -curvó los labios en una sonrisa.

Sarah abrió la boca y la volvió a cerrar. -Sólo estaba bromeando.

Acostada en su cama aquella noche, incapaz de conciliar el sueño, pensó que ella estaba en desventaja respecto a Cliff y que su situación era cada vez más difícil. A pesar de su resistencia, Cliff la atraía cada vez más. Si por lo menos Amy y Ross llegaran para hacerse cargo de sus hijos, no tendría que soportar el vivir en su casa. ¿Soportarlo?, se preguntó y sonrió con amargura. Alejarse de allí, volver a su casa sería como quedarse sin media vida... como no recibir el sol... Si fuera sensata se iría de Edgeleigh, pero entonces ¿quién ayudaría a Donald?, ¿y quién tendría la paciencia para intentar ayudar a Billy Pascoe?

CAPITULO 5

SARAH se levantó cansada a la siguiente mañana. Algo que no dejó de advertir Cliff Wyatt. Él, con su acostumbrado vigor, se dedicó a trabajar en el jardín de la hacienda y Sarah le acompañó con los niños. De vez en cuando, Cliff le pedía consejo a Sarah, pero ella respondía con vaguedades.

-¿Todavía te molesta el tobillo? -preguntó Cliff con impaciencia-. ¿Por qué me lo has dicho?

-No -replicó tranquila -. Sólo me da alguna punzada de vez en cuando.

-Entonces ¿qué te pasa? ¿Por qué no me contestas?

-No es nada. Bueno, esas rosas se arreglarán con una buena poda, pero julio es el mejor mes para hacerlo.

-¿Y el podar los rosales está en tu lista de habilidades?

Sarah decidió ignorar la burla que encerraba su pregunta.

-Sí, he podado algunos rosales --dijo tranquila-. Alguna vez, hasta pensé en estudiar horticultura.

-Entonces ¿por qué no me quieres ayudar? Pensaba que este jardín sería un reto para cualquier horticultor.

-Sí quiero ayudar. Lo que pasa es que no he dormido muy bien esta noche, eso es todo.

-¿Por alguna razón en especial?

-No. Sally y Ben están encantados -miró a los doi niños que jugaban como dos cachorrillos en el césped.

-Sí, están felices -dijo secamente-. Creo que dejaremos lo del jardín para otro día.

-¡No! -exclamó Sarah involuntariamente-. Quiero decir que podríamos... de acuerdo, sí, tengo que admitir que desde que llegué aquí me muero de ganas de meter las manos en este jardín. Pero necesitaría un par de hombres fuertes y mucha agua.

-Cuenta con ello -comentó.

-Bien. Creo que Sally y Ben nos están llamando. Cuando se dirigía hacia donde estaban los niños, los ojos se le llenaron de lágrimas.

El tiempo empeoró al día siguiente. El frío viento del oeste, soplaba y cubría todo de polvo rojo. Aunque Sarah y los niños permanecieron dentro de la casa todo el día, el rugir del viento alrededor de la casa fue suficiente para alterar sus nervios. Por la tarde, Ben y Sally se mostraron caprichosos, irritables y desobedientes y Sarah empezó a ponerse muy nerviosa.

Cuando finalmente se le acabó la paciencia, metió a los niños en su habitación con la advertencia de que se portaran bien o si no...

-¿O si no...? -Cliff la encontró en el pasillo después de que hubiera cerrado de un portazo la puerta de la habitación de los niños.

-Eso -dijo furiosa.

-No es lo que esperaba de una reconocida maestra y educadora. No creo que ésa sea la mejor forma de enseñar a los niños -explicó con mirada insolente.

Sarah apretó los dientes.

-De momento no les estoy enseñando nada. Si fuesu madre, sería más dura con ellos. --¿Quieres decir que les pegarías y los enviarías a la ama sin cenar? -sugirió.

Sarah se mordió el labio. No tenía ganas de alargar quella discusión.

-Mi querida Sarah. Necesitas un descanso reparador y reconfortante. Y es una pena que no quieras extender tu relajación a otros aspectos de tu vida.

Sarah lo miró enfadada.

-No sé lo que quiere decir --contestó mordaz-. Ni quiero que me lo explique, así que no desperdicie su tiempo conmigo, señor Wyatt. ¿Ahora, me permite pasar?

-Sólo un momento -murmuró-. No es tan fácil deshacerse de mí como de dos niños traviesos, señorita Sutherland y además soy yo el que la contrata.

Si piensa que eso tiene la más ligera importancia para mí en este momento, se equivoca.

Cliff la agarró de la muñeca.

-Bien, entonces tendré que apoyarme en el hecho de que soy más fuerte que tú, ¿no crees?

-Suélteme -murmuró y trató de soltarse, pero fue inútil.

-Me sorprende la cantidad de energía que cabe en un cuerpo tan pequeño, Sarah -se maravilló-, y no, no voy a soltarte hasta que me dejes decirte, que...

Si tiene algo que ver con mi forma de tratar a los niños, no se moleste.

-Bueno, ¿y por eso estás tan enfadada? -esbozó una sonrisa -, pero en mi opinión habría una forma para olvidar nuestras frustraciones de un día como éste. Podríamos dejar a los chicos al cuidado de la señora Tibbs y acudir a cierto lugar privado, como mi habitación, por ejemplo. Encender la chimenea, cerrar las cortinas y desnudarnos

-Usted... usted...

-Creo que te he dejado sin habla, Sarah Sutherland. -¿Por qué me hace esto?, ¿por qué no me deja en paz?

-Tú sabes por qué, Sarah -le soltó su muñeca abruptamente y Sarah se la frotó. Entonces, Cliff volvió a agarrarle la muñeca y observó las marcas rojizas que le había dejado en ella-. Lo siento. No quería hacerte daño.

Sarah exhaló un tembloroso suspiro y, cuando Cliff la soltó, huyó a la seguridad de su habitación. Una vez ahí se tapó la cara con las manos y se apoyó el la puerta. Trató de borrar entonces las imágenes que Cliff había sido capaz de evocar con sus palabras, el reconfortante oasis de paz, de...

-¡No! -murmuró-. Que tenga la fuerza de resistir esto, ¿por qué me resulta tan difícil? -se preguntó a sí misma y se alejó de la puerta. Luego se sentó, desolada en la cama-. Porque ningún hombre le ha atraído nunca tanto como él y porque... es diabólicamente listo... -murmuró para sí con impaciencia.

La verdad de¡ asunto era que a ella también le gustaba Cliff Wyatt cuando no se ponía insoportable; le gustaba y lo admiraba... Entonces, ¿qué podía hacer? Se levantó y caminó por la habitación.

Lo que hizo como medida temporal fue decirle a la señora Tibbs que le dolía la cabeza y que aquella noche cenaría algo ligero en su habitación.

Al día siguiente, no vio a Cliff hasta la hora de la cena, durante la que procuró desviar la conversación

en todo momento hacia temas impersonales. Después de que la señora Tibbs les sirviera el café en el salón, le preguntó:

-¿Tiene noticias de Amy?

No, ¿por qué? -la miró con frialdad e indiferencia.

«No te enfades, Sarah», se advirtió a sí misma.

-Porque ahora que Sally y Ben están mucho mejor he pensado en volver a mi casa y empezar las clases. También quiero pasar más tiempo con Donald...

-Sarah...

Sarah estaba sirviéndose una segunda taza de café. Se volvió y encontró a Cliff de pie al lado de la chimenea.

-¿Qué?

- ¡Lo sabes perfectamente!

-¡Lo único que yo sé -respondió exasperada- es que lleva días queriendo empezar una discusión conmigo y yo no tengo ganas de discutir!

-¿Empezar una discusión? Mi querida Sarah, tú y yo no hemos

dejado de discutir desde la primera vez que nos vimos.

-No por mi gusto -dijo tensa.

-¡Oh, sí, aquí están! -la señora Tibbs entró en el salón-. Sólo he venido a decirles que ya me voy a acostar y que los niños están profundamente dormidos, así que tienen toda la casa para ustedes -dijo, con inconfundible complicidad.

Cliff se despidió de la señora Tibbs con una divertida sonrisa.

-Bueno, ya tienes tu bendición, Sarah, ¿qué más necesitas?

Al oír sus palabras, a Sarah se le resbaló un poco la cafetera de modo que derramó unas gotas de café caliente que le cayeron en la mano y soltó un grito.

-Tontita -gruñó Cliff, corriendo a su lado-. ¡Déjame ver la mano!

-No... es nada.

Pero él le sujetó la mano con firmeza y examinó la pequeña quemadura.

-Tienes razón, pero no te vendrá mal que te ponga algo. Pero antes, voy a hacer algo que los dos estamos deseando.

Sarah lo miró a los ojos y sintió que el corazón le latía apresuradamente. Un segundo después, Cliff inclinó la cabeza y la besó.

-¿Por qué no me lo has dicho? -Sarah se movió. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Cliff y su pelo se esparcía por su pecho. Sólo cinco minutos antes Sarah había alcanzado cumbres de placer desconocidas hasta entonces para ella.

-¿Importa?

Cliff deslizó la mano por su pelo.

-Supongo que, en cualquier caso, debería habérmelo imaginado.

Sarah se sentó y se volvió a mirarlo. La habitación estaba en penumbra, iluminada solamente por el fuego, que teñía de oro sus cuerpos desnudos.

-Yo no quería que hubiera motivo para reservas; quería ser responsable de lo que hacía, por eso no te he dicho nada.

-Está bien... pero deberíamos haberlo compartido. -No creo que así hubiera sido mejor. No me has hecho daño. Eres fantástico.

Cliff sonrió.

-¿Cómo te sientes ahora?

-Tengo sueño.

-Entonces, durmamos.

-No. Quiero volver a mi habitación.

-Hay mucho tiempo para eso. Confía en mí.

-Pero la señora Tibbs se levanta al amanecer, por eso se acuesta tan temprano. También los niños.

-Yo me levanto más temprano todavía. De hecho, rara vez duermo más de cinco o seis hora.

Cliff subió las sábanas y volvió a abrazarla y el último pensamiento de Sarah antes de quedarse dormida, fue que al día siguiente tendría que enfrentarse a las consecuencias de sus actos, pero que en ese momento, quería disfrutar de todo lo que la estaba pasando.

Tal como había prometido, Cliff se despertó muy temprano. Sarah se sintió acariciada y tembló. Luego deslizó las manos alrededor del cuello de Cliff. Era la segunda vez que hacían el amor y Sarah sintió su cuerpo renacer bajo las expertas caricias de Cliff.

Oh...

Su voz era apenas audible. Sarah empezó entonces a acariciarle la espalda a Cliff.

-¡Qué delicia! --murmuró él y la abrazó con fuerza, estremeciéndose de placer.

Un brillo malicioso iluminó los ojos azules de Sarah.

-Nunca hemos estado más de acuerdo.

-Ah, pero ahora ya he descubierto la forma de que estés de acuerdo conmigo, señorita Sutherland.

-Comentario típico de un hombre -respondió con gravedad, pero con risa en sus ojos.

-Me temo que tengo muchas cosas típicas de los hombres.

Sarah rió abiertamente.

-¡Siempre lo he sabido!

-Lo que me resulta odioso es tener que dejar que te marches. ¿Tanto te preocupa lo que puedan pensar?

-Sí -dijo con firmeza-. Por favor Cliff, déjame irme.

-Pero hay cosas de las que tenemos que hablar, Sarah.

-Lo sé... pero -titubeó-. ¿Podrías dejarme espacio para respirar?

-Con tal de que -frunció el ceño-, no utilices ese espacio para pensar que tienes algún motivo para arrepentirte de lo que has hecho.

-No. No voy a arrepentirme de esto en toda mi vida.

Cliff la besó la mano con delicadeza y la miró como si fuera a decirle algo, pero luego cambió de opinión y comentó:

-No te he puesto nada en la quemadura.

-Ya lo había olvidado. ¡Oh! -levantó la cabeza al oír ruidos en la cocina.

-No te asustes -dijo burlón-. Tarda media hora en encender el fuego y tú sólo te quedarás un minuto más -se puso de pie, se puso los pantalones y un suéter-. Tú lleva la ropa, yo te llevaré a ti -antes

de que pudiera protestar, la envolvió en la sábana, le puso sus gafas y la llevó a su habitación. Una vez allí, le preguntó-: ¿Por qué no te pasas la mañana durmiendo, señorita Sutherland? Te lo mereces. Yo inventaré algo para que nadie se acerque a tu habitación.

Sarah esbozó una temblorosa sonrisa.

-Eres muy dulce, ¿lo sabes, señor Wyatt?

-No muy a menudo, desafortunadamente, -la besó--. Te veré más tarde.

Sarah suspiró una vez más. Cliff salió de la habitación; después ella se quitó las gafas, abrazó la almohada y, en unos minutos, se quedó profundamente dormida y así siguió por espacio de dos horas, durante las cuales se perdió la triunfal llegada de Amy y Ross.

A las nueve, se levantó, se duchó y se vistió y salió de su habitación dispuesta a enfrentarse al mundo, pero cuando pasó por el comedor, vio que éste estaba lleno de gente. Observó a Amy, que estaba radiante; Sally y Ben felices y sentados encima de un hombre desconocido para ella, a Cliff y finalmente Wendy Wilson. Fue Wendy quien la vio primero.

-Ah -dijo-, nuestra maestra de la escuela. ¿Cómo está, Sarah?, creo que se ha hecho absolutamente indispensable -añadió, con una sonrisa descaradamente falsa y burlona.

Antes de que Sarah pudiera responder, Cliff se puso de pie y caminó hacia ella.

-Ven y únete a la reunión -se volvió hacia Ross-. Ross, ésta es Sarah Sutherland, Sarah, Ross y Amy han arreglado su... bueno, puedes verlo por ti misma -repuso haciendo que Amy se sonrojara. Ross le sonrió-. Y han venido esta mañana para darnos la noticia. Y -Cliff continuó-, como no creo que encuentre un momento mejor para hacerlo, voy a daros una buena noticia: Sarah y yo vamos a casarnos.

Un absoluto silencio acogió sus palabras. Después. Wendy soltó una carcajada escalofriante. Cuando terminó le dijo a Cliff:

-Querido, ¿de verdad crees que debes casarte? Perdóname por decirlo, pero, ¿qué lograrás? No puede dejar de pensar que a la larga eso va a hacerle mucho más daño a Sarah que a mí.

-Te equivocas, Wendy -replicó Cliff porque la última cosa que yo haría sería herir a Sarah.

-¿Cómo...? No entiendo cómo has podido -le decía Sarah diez minutos más tarde-. Estaban los dos encerrados en el estudio de Cliff.

Cliff la llevó hasta una silla y usó el intercomunica

dor para llamar a la señora Tibbs, que unos minutos después llegó con una tetera y pan tostado. La señora Tibbs le dirigió a Sarah una dura mirada y dijo:

-¡Escuche: no deje que esa gata salvaje de ojos verdes la convenza!

-Gracias, señora Tibbs -dijo Cliff.

La señora Tibbs se encogió de hombros y salió. -Esto se está convirtiendo en una farsa –repuso Sarah con desesperación.

-No -sirvió el té y le ofreció pan tostado-. Y no digas nada más hasta que hayas comido algo.

-Yo... está bien, pero... ¿cómo has podido? -repitió.

Cliff se sentó en el borde del escritorio y esperó a que Sarah se terminara media rebanada de pan tostado.

-Porque es lo que pensaba hacer después de haber hecho el amor contigo anoche.

-Pero no puedes... no puedes casarte conmigo contra mi voluntad.

-¿Contra tu voluntad Sarah?

-Yo no tenía intención de llegar a esto, Cliff. Lo de anoche lo hice porque me pareció inevitable... yo... quería hacer el amor contigo -dijo con valor-, pero yo no soy la mujer adecuada para ti y quizás lo más importante, tú no eres el hombre más apropiado para mí.

-¿Por qué? -preguntó-. ¿Por qué piensas que no haríamos una excelente pareja?

-Básicamente porque soy una persona aburrida -dijo después de pensarlo bien-, llevo una vida tranquila, no tengo tantas ambiciones como tú.

-Qué te hace pensar que soy una persona ambiciosa? -preguntó-. Lo único que sí me has visto hacer desde que me conoces ha sido trabajar hasta el cansancio.

-Lo sé, pero siempre he pensado que hay dos Cliff Wyatt: el ganadero y... otro que es bastante diferente. Y, sin embargo, no hay dos Sarah Sutherland. Me he pasado los últimos años de mi vida demostrándoselo a... se interrumpió y palideció ligeramente.

-¿Qué quieres decir? -preguntó y frunció el ceño-. ¿Probando qué y a quién?

No tiene importancia, pero tú no puedes seguir ocultando tu relación con Wendy Wilson a tu probable esposa.

-¿Qué quieres saber?; ¿qué ella ha tratado de arrastrame al infierno un par de veces?, pues así es. Pero todo terminó hace años. Ella ha intentado aprovecharse de la oportunidad que le daba la

ruptura de Amy con Ross, para tratar de congraciarse conmigo, pero no le ha funcionado, Sarah, no estoy orgulloso de eso ni trato de disculparme, créeme, pero hay veces que los hombres sólo son hombres. La noche de la terraza fue una de ellas. Pero no acepté acostarme con ella.

-Y has decidido castigarla esta mañana por todo lo que te ha hecho pasar diciéndole que ibas a casarte conmigo. Es un poco difícil de creer, Cliff -se puso de pie-. Creo que deberíamos olvidar esto, antes...

-¿Y que lo nuestro haya sido solamente un encuentro fortuito? -se levantó y la rodeó la cintura con los brazos-. ¿No tendrá algo que ver tu negativa con esa persona a la que, durante tanto tiempo, has estado intentando demostrarle algo diferente?

-Eso no tiene nada que ver con esto, Cliff -repuso-, has dicho que has tomado esta decisión después de haber hecho el amor conmigo, ¿por qué?

-Tú has dicho también que eras aburrida y la verdad es que no fue nada aburrido dormir contigo anoche. De hecho, la manera en que lo hiciste...

-No tuvo nada de especial.

-Lo sé. Por eso mismo fue toda una revelación. -¿Porque era virgen? -susurró--. ¿Por eso...? Cliff la acarició y ella advirtió algo desapacible y amargo en su mirada.

-Porque no tienes idea de cuánto te necesito, Sarah.

-Cliff..

-No digas nada, Sarah.

Cinco días después, estaban casados.

CAPÍTULO 6

CINCO días después, Sarah miraba el jardín desde la ventana de la habitación principal y daba vueltas en su dedo a su alianza matrimo

nial. La ceremonia se había celebrado en la terraza de la hacienda, que daba al jardín. Todo el mundo había sido invitado. Entre ellos, la señora Tibbs, Jean y Cindy Lawson, y Amy, que además se había encargado de la fiesta. Todos parecían felices con el giro que habían tomado los acontecimientos, pero eso no le aseguraba a Sarah que hubiera hecho lo correcto.

Recordó la conversación que había sostenido con Amy al día siguiente de que Cliff les diera a todos la noticia de su boda.

-Sarah, Sarah, ¿puedo hablar contigo?

-Por supuesto, Amy, entra -Sarah estaba en su casa.

Y mientras Sarah preparaba el café, Amy había empezado a explicarle angustiada:

-Estaba en una difícil situación, Sarah. Cliff es mi hermano y Wendy mi mejor amiga. Por otro lado, tú has sido tan buena con mis hijos.

-No tienes que explicar nada, Amy.

-Sí, pero quiero explicártelo y Ross está de acuerdo conmigo. Mira, yo sabía que Wendy... bueno, probablemente no tengo que decirte que pensaba que ella y Cliff se iban a reconciliar.

-Sí, él me lo ha contado.

Amy pareció aliviada.

-Estuvieron comprometidos. Parecían la pareja ideal, pero... sucedió algo y creo que Cliff nunca la perdonó, aunque... pero de cualquier manera, cuando Ross y yo discutimos, Wendy fue un gran consuelo para mi. Yo pensé que la chispa volvería a encenderse entre ellos de nuevo y ella pensaba lo mismo. ¡Qué equivocadas estuvimos! Pero lo que yo he venido a decirte a nombre mío y de Ross es que como esposa de Cliff tú tendrás nuestro afecto y apoyo.

-Gracias, Amy. Te lo agradezco. ¿Sabe Cliff que has venido?

-¡Oh, no!. Él me ha dicho que no era asunto mío y se acabó. Él... yo... Oh, bueno, me molestó cómo echó a Wendy de la hacienda ayer por la mañana. Ross dice que estoy equivocada en eso, pero bueno, tú tienes que estar de acuerdo en que era una situación muy difícil para mí.

-Por supuesto. Pero no te preocupes por eso ahora. Yo estoy encantada de que Ross y tú os hayáis reconciliado. Ahora sólo tienes que pensar en él y en tus maravillosos hijos.

-Oh, gracias, Sarah.

La señora Tibbs también le había felicitado en cuanto se había enterado de la noticia.

-¡Es lo mejor que puede hacer! -le había dicho.

-Gracias, señora Tibbs, pero hace sólo unas semanas usted me recomendaba a Tim Markwell.

-Olvídese del veterinario, el patrón es mucho mejor para usted.

-Sólo por curiosidad -le había preguntado Sarah-, dígame, ¿por qué está tan segura?

-Porque ese hombre la hará cobrar vida, por eso, Sarah. Aunque usted piense que no es el hombre más adecuado para usted.

La puerta se abrió y Sarah se volvió desde la ventana. Cliff no se acercó a ella inmediatamente. En vez de eso la estudió en silencio. Sarah llevaba el sencillo pero bonito vestido azul de falda larga; el único vestido bueno que tenía.

-¿Y bien señora Wyatt?

-¿Y bien señor Wyatt? -respondió no muy convencida.

-No me gusta verte así, Sarah.

-¿Cómo?

-Abstraída, como Alicia en el País de las Maravillas.

Creo que yo soy demasiado mayor para parecernme a ella, Cliff -ladeó la cabeza cuando Cliff se detuvo frente a ella.

-No -le acarició la mejilla con las yemas de sus dedos- No para mí. Sarah, temo que estés todavía enfadada conmigo por... por haberte forzado a este matrimonio.

-Tú no me has forzado, Cliff.

-¿Te seduje entonces? ¿No es ésa la razón por la que no has querido que volviéramos a acostarnos hasta después de la boda? ¿Por eso has pasado los últimos cinco días en tu casa?

-No ha sido por eso sino para guardar las apariencias.

-Pues bien, las has guardado plenamente.

-Sí. Cliff.

-Sarah, mírame. ¿Por qué no me dejas demostrarte lo buen marido que puedo ser? En otras palabras, ¿por que no dejas de preocuparte y empezamos lo que durante tiempo he estado esperando?

-Sólo si me dejas decirte algo antes -susurró-. He tratado de decírtelo durante días, pero -hizo un gesto de impotencia con la mano-. Me he acostado contigo y luego me he casado contigo, pero hay cosas entre nosotros que yo desconozco. Yo te creí cuando dijiste que me necesitabas y me di cuenta de que yo tenía también mis propias necesidades. Recuerdo cuando dijiste que haríamos una

pareja excelente. Tú me has demostrado que muchas cosas que me importan a mi, como lo de Donald Lawson, por ejemplo, significan algo para ti también. Yo, al igual que tú, adoro este lugar y esta vida...

-Y ya que hablamos de eso - repuso él-, creo que deberíamos aclarar aquello que dijiste sobre que yo era demasiado ambicioso, Sarah. Tú eres una persona muy educada y culta y, a pesar de tu afinidad con la gente del campo, tú no estarías para nada fuera de lugar en la alta sociedad.

-¿Cómo lo sabes...? Mejor dicho, ¿qué quieres decir?

-Creo que es obvio.

-Quizá, pero lo que yo estaba intentando decirte antes de que cambiaras de conversación es que, a pesar de todas las razones por las que me he casado contigo, ninguna de ellas contaría si alguna vez llegara a pensar que te sientes atado a mí y en esas circunstancias lo menos doloroso que podrías hacer por mí, sería... romper las ataduras.

-Así que no confías en mí, pero has decidido casarte conmigo de todas maneras.

-Cliff, estoy intentando decirte que tú no tienes la culpa de que me haya enamorado de ti.

-Ésa es la mejor noticia que he tenido en toda la mañana Sarah.

-También quiero decirte que tú no eres responsable de que yo fuera virgen, y que si alguna vez decides volver con Wcndy, sepas que al casarme contigo yo he sido consciente de esa posibilidad.

-¿Qué te hace estar tan segura?

-No digo que esté segura --suspiró-, pero bueno, tú mismo has dicho alguna vez que tengo demasiado sentido común.

-Ya no pienso así -dijo con gravedad.

-¿Por qué?

- Por tu forma de hacer el amor. Aquello no tuvo nada de sensatez.

-¡Cliff! Siempre volvemos a lo mismo --dijo Cada vez que trato de hablar contigo tú... tú ...

-¿Lo recuerdo? -sugirió.

-¡Sí! Y peor aún...Besos, abrazos... todas esas cosas...

-¡Cliff...!

-Qué sinvergüenza soy. Ya te dije que era un hombre difícil...

-¿Pero no entiendes que eso me hace preguntarme si yo soy....?

-¿Si tú eres qué, Sarah?

-Nada... nada. ¡Mira, estás haciendo que esta conversación sea imposible!

-Es que ésta es mi noche de bodas -dijo como distraído.

Sarah se ruborizó y Cliff continuó.

-O quizá sea porque es la primera vez que estamos realmente solos. A propósito, la señora Tibbs me ha dicho que incluso podíamos jugar al escondite desnudos si nos apetecía.

-No ha podido decirte eso.

-Claro que sí, después de algunas copas de champán, lo admito, pero ha sido su... manera, creo, de hacerme saber que tú estabas siendo el centro de atención de todo esto y que posiblemente estarías un poco inhibida. Aunque yo no necesitaba que me lo dijera.

Sarah frunció el ceño, asombrada, y luego se llevó una mano a la boca para silenciar un repentina carcajada.

-Así está mejor --dijo Cliff con voz apenas audible y la abrazó.

-Este vestido -le preguntó Cliff más tarde, cuando estaban sentados uno al lado del otro en el borde de la cama agarrados de la mano-. ¿Lo has hecho tú?

-No... ¿por qué me lo preguntas?

-Porque al verlo he pensado que a lo mejor lo habías hecho tú durante estos cinco días en tu casa.

-No, no lo he hecho. Dudo poder emular a Balmain, pero no lo había estrenado, así que pensé que sería apropiado.

-¿Quieres decir que te lo trajiste al interior de Queensland por si tenías la oportunidad de casarte?

-¡No! -protestó-. Lo traje porque me vine con todo lo que tenía, pero ya sé lo que quieres decir, que no va con la imagen de maestra de escuela. En realidad... me lo regaló mi padre.

-Corrígeme si estoy equivocado, pero si es de Balmain, probablemente viene de París.

-Exactamente.

-¿No quieres contarme nada de tu padre, Sarah?

-No.

Volviendo al pasado, lo que me preocupa en primer lugar, es si me vas a dejar quitártelo.

-¡Me pregunto si de verdad sientes la necesidad de pedir permiso!

-Es que yo soy un hombre muy educado, señora Wyatt -respondió muy serio.

-En este momento, creo que eres todo lo contrario -dijo con voz temblorosa mientras Cliff le acariciaba suavemente el pezón.

-Y así seguiré mientras no me odies por ello.

-Yo...

Momentos después, Sarah correspondía plenamente a sus caricias hasta que ambos alcanzaron el éxtasis.

-¡Oh! -gimió Sarah-. ¿Cómo consigues hacerme sentir así?

-Cariño, tienes una manera única de hacer el amor. -No creo que sea la mía, sino la tuya –replicó nerviosa.

-Sarah, relájate. Creo que los dos somos responsables de esta maravilla.

-Yo... bueno, no sabía que... -se interrumpió corcierta frustración al no encontrar las palabras más adecuadas.

-Bueno, te voy a decir algo que te va a interesar. A los hombres nos fascinan las mujeres que no anunciar su sensualidad al mundo. Es como si nos gustara que nuestras mujeres fueran especialmente discretas.

-Estoy segura de que debería criticar esa teoría o sugerir algunos cambios, pero de momento no puedo.

Cliff se echó a reír, la besó y se acurrucó con ella entre las sábanas.

-Hay cosas de las que deberíamos hablar. Cosas que no tuve oportunidad de hablar contigo antes de casarnos.

-¿Cómo cuáles?

Como si quieres continuar dando clases en la escuela; si quieres tener alguna información sobre nuestro matrimonio, por ejemplo sobre mis ambiciones en la vida, si vamos a tener dos o diez hijos... ese tipo de cosas -repuso con gravedad. Luego añadió-: Y a mi me gustaría saber por qué te niegas a hablarme de tu familia.

-No tengo mucha familia. Mi madre murió cuando tenía diez años, y mi padre se volvió a casar. Mi madrastra, era mucho más joven que él y creo que sólo se casó con él por su dinero. Lo único que parecían gustarle a esa mujer eran las fiestas. No creo que le fuera fiel a mi padre cuando estaba vivo y sé que, desde que él murió, hace tres años, ella ha tenido muchos amantes más jóvenes que ella. Cuando acepté este trabajo en Edgeleigh ni siquiera le avisé. Estaba tan... enfadada con ella.

-¿Así que es a ella a quien le has estado demostrando ciertas cosas, Sarah?

-Supongo que sí. Crecí odiando el tipo de vida que ella disfrutaba: las fiestas sin fin, la ropa, los hombres. Crecí intentando no parecerme nada a ella, pero no sé si lo he conseguido.

-Sarah, si estás comparando nuestro matrimonio con...

-Lo sé -dijo-, no hay comparación posible porque ellos no estaban enamorados el uno del otro.

-Sí, entre ellos hubo poca sinceridad y entre nosotros todo es

absolutamente sincero -la miró a los ojos--. De todas formas, todavía no hemos hablado de nuestra vida futura.

-¿Te importaría que siguiera viviendo como hasta ahora? preguntó Sarah.

-Con ciertas reservas.

-¿Qué continuara dando clases?

-No me importaría, pero a veces puede causarnos algún problema. Por ejemplo, he accedido a tu petición de que no tuviéramos luna de miel porque hay mucho trabajo pendiente, pero yo no querré dejarte cada vez que tenga que salir fuera, así que sería conveniente que buscáramos otra maestra que pueda sustituirte.

En ese momento, Sarah se dio cuenta de la importancia del paso que había dado; hasta entonces no se había dado cuenta de cómo iba a cambiar su vida.

-¿Sarah?

-¿Sí? -contestó un poco temblorosa.

-Créeme. Habrá compensaciones por dejar tu adorada escuela y de todas formas no la dejarás totalmente.

-No...

Cliff se apoyó en un codo y la miró. -Sarah, esto funcionará.

Sarah continuó mirándolo en silencio hasta que Cliff soltó una exclamación y la abrazó con fuerza.

Funcionó durante dos meses. Te dije que funcionaría.

-Ya lo sé, pero no hace falta que lo repitas continuamente.

-Mi querida Sarah -Cliff se abrochó la camisa-, tu vestido de Balmain te está siendo de mucha utilidad.

Se estaban vistiendo para la boda de Cindy Lawson y Sarah se miró el vestido un poco preocupada.

-No te importa, ¿verdad? Es que con tantas prisas para terminar el vestido de la novia y el de las madrinas, de pronto me di cuenta de que no tenía nada apropiado para mí, que no fuera esto.

-¿Por qué va a importarme?

-Bueno, porque fue mi vestido de boda. -¿Y es sagrado?

-Más o menos...

Cliff cruzó la habitación para llegar hasta donde ella estaba.

-No, no me importa, siempre y cuando sólo lo uses cuando estés conmigo y que yo sea el único hombre que pueda quitártelo. ¿Sabes que me trae muy buenos recuerdos? -la agarró de la cintura.

-A mí también -repuso agitada, mientras lo ayudaba a abrocharse la camisa.

-Hay muchas cosas que se pueden hacer sin decir nada -musitó-,

pero que son totalmente satisfactorias.

Sarah lo miró y le alisó la camisa. -Sí, Cliff.

-¿Eso es todo?

-No se me ocurre nada más.

-Entonces espero que me lo demuestres con hechos -susurró mientras empezaba a deslizar las manos por sus caderas.

-Lo haré encantada.

-¿Tienes idea de lo provocativas que son tus caderas?

Sarah se ruborizó y se mordió el labio. Le parecía sorprendente que después de tres semanas de matrimonio tuvieran tantas ganas de hacer el amor. Bastaba una mirada o un comentario para que ambos estuvieran deseando encerrarse en su habitación.

-Si crees que pienso que estás dispuesto a esperar hasta que te invite a... a -se interrumpió bruscamente.

-¿A que me invites a acostarme contigo?

-Sí. Y sé que no eres capaz de esperar tanto tiempo.

Cliff apartó las manos de sus caderas y las entrelazó con las de Sarah.

-¡Es terrible vivir con una mujer que me conozca tan bien!

-¡Tampoco creo que sea tan terrible!

Cliff empezó a reír y luego dijo burlón:

-Puede que no lo creas, pero estoy destrozado y antes de que sigas hablando... -le dio un apasionado beso.

La boda de Cindy fue una extraña experiencia para Sarah. Era su primer compromiso juntos, como matrimonio y advirtió algunos cambios en la actitud de los demás hacia ella. No eran menos amistosos, pero había un nuevo respeto. La verdad era que no entendía qué había hecho ella para merecerlo.

La boda de Cindy fue todo un acontecimiento y su vestido fue objeto de admiración. El resplandor de Cindy logró opacar todas las perlas, Cuando, a la vuelta de la boda, estaban cruzando el jardín de la hacien da, Sarah se quitó los zapatos y murmuró:

-Estoy agotada.

-Es el efecto del baile -dijo Cliff, burlón-. No me habías dicho que eras una experta en esas viejas danzas. He tenido que pelearme con toda esa multitud que quería bailar contigo.

-No aprendí a bailar hasta que vine a Edgeleigh -sonrió apenas.

-Tengo un plan señora Wyatt. Desnúdate y dúchate; después métete en la cama y ahí me reuniré contigo.

Cuando se reunió con ella, llevaba también una botella de champán francés y un plato artísticamente presentado, con jamón, queso, espárragos y ensalada.

Sarah lo miró sorprendida.

-¿Está en casa la señora Tibbs?

-La señora Tibbs debe de estar ahora debajo de una mesa. No. lo he preparado yo -dijo refiriéndose al plato-. No sé que pensarás tú, pero la comida y el champán que suelen ofrecer en las bodas en general, dejan mucho que desear.

-El alcohol puede ser un problema, por eso no suele haber mucho.

-Lo sé. Yo no quería causar problemas, pero he pensado que una copa o dos no iban a hacerle ningún mal a nadie.

-Tienes razón contestó Sarah sonriente-. En fin -continuó con voz soñadora-, supongo que ya es hora de que te demuestre que no soy una provocativa.

Cliff empezó a desabrocharle el camisón.

-Esto no te sentará mal tampoco. Me has hecho sufrir bastante esta tarde.

-¿Sí? ¿Por qué? --preguntó Sarah con aire inocente.

-Porque he tenido que soportar verte bailar con un

montón de hombres. Estabas tan guapa con ese vestido

que he estado contando los minutos para poder alejarte de ahí.

Sarah rió suavemente.

-No sé si tendrá algo que ver el champán, pero a veces dices cosas muy bonitas, Cliff.

Cliff desabrochó algunos botones más de su camisón y lo bajó para dejar al descubierto sus senos.

-Tengo el presentimiento de que estos dos y mi fascinación por ellos, tiene mucho que ver.

-Tú también tienes cosas que me fascinan.

-Dímelas.

-No creo que pueda. Mira, cuando haces eso -Cliff tenía la cabeza inclinada y le lamía los pezones con la lengua--, se me pone la carne de gallina.

--¿Y sabes cuándo se me pone a mí así? Cuando te arqueas y te estremeces.

- Ahora estás hablando como un poeta. No sé si creerte.

Le bajó el camisón hasta los muslos y continuó acariciándola. Sarah respiraba agitadamente. Sabía lo que seguía; sabía que con la más ligera caricia en la parte más íntima de ella... gemiría y se arquearía, tal como Cliff había predicho.

Cliff y Sarah tuvieron dos ligeros desacuerdos er esos dos meses. El primero llegó cuando Cliff se inte. resó por el contenido de los armarios que la señor Tibbs había enseñado a Sarah. Cliff te dijo

una ma cana:

-No sé si lo sabes Sarah, pero hay un tesoro er cristal, plata y objetos de arte guardados.

-Sí... lo sé -confesó y añadió-. La señora Tibbs m(lo ha enseñado todo.

Cliff arqueó una ceja.

-¿Hace poco?

-No, cuando me torcí el tobillo.

-Bien. No sabía nada. ¿Por qué no los sacas? Muchas cosas eran de mi madre y no me gusta pensar que están guardados bajo llave.

Sarah tocó con su dedo el espacio que no muy a menudo ocupaba su anillo de compromiso, un maravilioso anillo de perla y diamante que también había sido de la madre de Cliff, y se preguntó cómo iba a explicarle los motivos por los que no le gustaba ponérselo.

Yo... háblame de tu madre, Clilr. Siempre he tenido ganas de saber cosas de ella, sobre todo desde que uso su anillo.

-Casi nunca -comentó Cliff, después de mirar su mano izquierda.

Me da miedo de perderlo o estropearlo.

-Mi madre -le explicó Cliff--, se parecía mucho a Amy. Era muy femenina, pequeña, pero con muchísimo estilo; también era una magnífica anfitriona y cuando no estaba enfadada con mi padre, él la adoraba.

-Como Amy y Ross.

-Creo que tienes razón, Sarah - -dijo Cliff. Acababan de desayunar, pero estaban todavía sentados en la mesa-. ¿Por qué no quieres sacar esas cosas de las cajas?

Sarah desvió la mirada.

-No sé.

-No estarás pensando que voy a echarte y a volver con Wendy, ¿verdad? -preguntó con aspereza.

-No -repuso Sarah con voz apenas audible -. Está bien, empezará a sacarlo todo -la conversación terminó cuando sonó el teléfono.

Sarah casi no lo vio el resto del día. No sacó de sus

envolturas los objetos porque no tuvo tiempo para hacerlo y esa noche, aunque Cliff no dijo nada, ella sintió que había cierta tensión entre ellos, quizá porque ambos estaban cansados. La asombró lo sola que la hacía sentirse aquella ligera tensión. Empezó a revisar los armarios al día siguiente, que era sábado. Cuando Cliff llegó a casa esa noche después de haber pasado otro cansado día marcando el ganado, éste vio algunos de los hermosos adornos colocados por la casa, pero no dijo una palabra.

«No empieces a pelear por esto, Sarah», se advirtió a sí misma, «muchas de las discusiones de los matrimonios son por trivialidades y tonterías...»

-¿Quieres venir a sentarte a mi lado, Sarah y decirme qué te preocupa?

Estaban tomando un aperitivo en el salón y, después de un ligero titubeo, Sarah tomó su copa y fue a sentarse a su lado.

-Nada.

- ¡No me mientas! -exclamó-. Ahora ya estoy convencido que no es cierto -la miró pensativo.

Sarah movió la cabeza enfadada.

-¡No sé cómo puedes estar tan seguro!

-Porque lo noto en tu expresión, en tu espalda particularmente erecta, y ahora en tu forma de mirarme; todo eso me dice que te mueres por soltarme cuatro verdades. Como puedes ver, tengo alguna experiencia.

Sarah hizo una mueca y dijo:

-Esta expresión no me sienta muy bien, ¿no crees"

Cliff empezó a reír, pero se interrumpió muy bruscamente. Luego respiró profundamente y exhaló el aire con lentitud. Sarah se volvió hacia él inmediatamente.

-¿Qué te pasa? -le preguntó asustada. -Nada.

-Sí --insistió-. A ti te duele algo.

-Sólo un poco, pero ya se pasará -dijo reacio. Sarah dejó su copa en la mesa y se puso de rodilla, en el suelo, enfrente de él.

-Cliff. ¡Dime qué tienes!

-No es nada, Sarah. Me he caído cuando estaba corriendo detrás de un animal esta tarde y me he hecho daño en las costillas. No ha sido nada, de verdad. Puedo asegurarte que lo que más me ha dolido ha sido el orgullo.

-Déjame ver.

-Sarah...

-Cliff Wyatt, ¡por una vez en tu vida haz lo que se te dice!

-Sí, señora.

-¡No me importa que no te hayas fijado en los adornos! --le decía diez minutos más tarde durante los cuales Cliff había hecho todo lo posible por cambiar de tema de conversación -. Cliff, ¿estás seguro de que no tienes rota alguna costilla? Tienes un moratón espectacular en la espalda - pasó suavemente los dedos por su espalda.

-No, no lo creo.

-¿Pero cómo puedes estar seguro?

-Porque me dolería más, Sarah. ¿Me harás el favor de no hacer ningún escándalo?

-Túmbate en la cama y consultaré a la señora Tibbs. Ella conoce un montón de remedios antiguos y sabrá lo que te conviene.

Cliff gruñó y empezó a protestar, pero Sarah estaba decidida. Más tarde, esa misma noche, cuando estaban en la cama le preguntó.

-¿Cómo te sientes ahora?

-Terriblemente.

-Cliff...

Se sentó asustada y lo miró. Un brillo malicioso iluminaba sus ojos. Inmediatamente se tranquilizó y le dirigid una mirada reprobadora.

-Bueno, no por las costillas -le explicó Cliff--, sino por la ausencia de caricias y amor.

-Eres un farsante.

-¡No lo soy! -se sentó y la miró indignado-. No ves que no estoy tan mal.

Sarah sonrió.

-De acuerdo. Túmbate otra vez y veré qué puedo hacer.

-Eres adorable -dijo Cliff somnoliento unos minutos después mientras ella lo acariciaba-. Siento no haberme fijado en los adornos.

-Está bien.

-No pareces muy convencida.

-Lo estoy... lo estoy, pero tú... anoche estabas enfadado conmigo por los adornos, ¿verdad?

-Sí, pero ya no.

-Entonces deberías parecer más alegre -dijo con una sonrisa.

-Lo recordaré -dijo dócilmente.

Sarah sabía que esa docilidad era fingida, pero era incapaz de continuar molesta con él.

Su siguiente discusión fue la que los hizo encontrar se con problemas mucho más serios.

CAPITULO 7

ERA algo extraño; desde el día que Sarah había empezado a sacar los adornos que estaban en los armarios, cada vez que hacía el más mínimo esfuerzo, se agotaba. Por otro lado, pronto se encontró con que iba a tener que asumir un nuevo papel. Hasta entonces, aunque estuviera casada con Cliff y disfrutara compartiendo su cama, su vida era casi la misma de antes. Un buen día, sin que Sarah lo esperara, Cliff anunció:

-He puesto un anuncio solicitando un maestro. Sarah se quedó sin aliento.

-Deberías haberlo hablado antes conmigo.

-Pero hay cosas de las que nunca hablamos, ¿o no? -No sé lo que quieres decir...

-Bueno, no hacemos planes, tú no sabes más de lo que siempre has sabido sobre todas las propiedades de los Wyatt, ni siquiera me has preguntado si lo estoy haciendo bien en Edgeleigh, o no.

Sarah lo miró confundida.

-Estoy segura de que sí. Todo el mundo dice que eres maravilloso.

-Pero eso no tiene nada que ver con los problemas con los que debo enfrentarme cada día, problemas que tú también deberías asumir como tuyos. En otras palabras, tus horizontes se han ampliado. Ya no eres sólo la maestra de doce chiquillos.

Sarah lo miró con los ojos abiertos de par en par.

-Lo siento -confesó-. Tienes razón. No sé por qué, pero he sido... un poco negligente.

Cliff apretó los labios.

-No, no lo has sido hasta ahora. Tú eres la esposa perfecta en la mayoría de los aspectos, para esta clase de vida, pero esperaba que te dieras cuenta de que tenías que...

-¿Cómo... puedo empezar?

-Dejándome contratar otro maestro sin que te enfades por ello. Viniendo conmigo de vacaciones para disfrutar con algo de retraso de una luna de miel; y que me demuestres que si te has casado, vas a tener tiempo suficiente para asumir tu papel de esposa.

-Acepto -le dirigió una mirada suplicante-. ¿Pero podría ayudarte a escoger al nuevo maestro?

Contuvo el aliento mientras esperaba su respuesta. Cliff la miró con aparente seriedad, pero un brillo burlón en los ojos.

-Tenía razón en mi apreciación sobre ti Sarah.

-¿Cuando dijiste que había nacido para maestra" Quizá. Lo siento.

Cliff entrecerró los ojos y por un momento Sarah creyó ver en ellos una expresión de extrema frustración, pero ésta desapareció antes de que pudiera estar segura. Después, para su alivio, Cliff alargó la mane hacia ella y le pidió:

-No te pongas así, ven aquí.

Cuando Sarah se acercó, la abrazó y pronto desapa recieron todas las discrepancias.

Escogieron a un joven con barba, que cojeaba debido a que tenía una pierna más corta que la otra. Sarah pronto descubrió que le apasionaba tanto la enseñanza como a ella y que sabía tratar a los niños de todas las edades. El nuevo maestro era originario también de un pueblo ganadero y empezaría a hacerse cargo de la escuela después de las vacaciones de septiembre que estaban casi a punto de empezar.

-¿Satisfecha Sarah? -le preguntó Cliff.

-Sí, lo estoy. Gracias por entenderme.

-Entonces, será mejor que empeces a hacer las maletas.

-¿A dónde vamos?

-A Coorilla unos días, después... será una sorpresa. -No tengo mucha ropa.

-Sí, ya lo he notado.

-¿Y te importa, Cliff? --le preguntó abiertamente. -¿Importarme qué?

-Que no me preocupe mucho por la ropa, por el maquillaje y todas esas cosas.

-Al contrario. Es un cambio refrescante y me hace quererte más, Sarah - dijo con una débil sonrisa.

-Yo no... no sé lo que quieres decir.

-Bueno, te lo explicaré. Fue tu alma la que me cautivó, no tu físico ni tu ropa.

-¿De verdad? -dijo con dulzura--. ¿Así que no te hubiera importado que tuviera dientes de conejo, granos y pesara ochenta kilos? Me asombras.

-Ah, bueno, quizá también debería decirte que me pareces una azucena pura, fresca y adorable -le dirigió una mirada maliciosa.

Sarah rió.

-Bueno, has subido un escalón en mi estimación al decir eso, señor Wyatt, pero creo que voy a necesitar comprar algo de ropa y espero que eso no estropee la imagen que tienes de mí.

-En absoluto. Estaré encantado de poder ayudarte a elegirla.

Sarah tuvo una repentina idea.

-¿Te importaría que la pagara yo?

-¡ Si! ¡Desde luego que me importaría!

-Lo que pasa es que desde hace mucho no he tenido que hacer ningún gasto y conservo mis sueldos íntegros, así que podría gastar ese dinero en ropa. Pero no te enfades.

-Sarah, si dices una palabra más sobre eso, no sólo me enfadaré sino que también haré contigo el amor para enseñarte lo que te mereces por hacerme esas preguntas.

- Ahora resulta que te he ofendido. ¿Quieres decir que harías conmigo el amor de tal manera que cuando termináramos yo ya ni siquiera sabría qué día es?

-Exactamente.

-Pero es lo que me haces siempre -dijo con aire inocente.

-Tú -Cliff soltó una carcajada-. Tú te has convertido en una sinvergüenza, cariño.

-No me he convertido en nada, lo que pasa es que hay muchas más cosas de mí de las que saltan a la vista -murmuró mientras él la abrazaba y alzó el rostro para recibir su beso.

-¿De verdad crees que no te conozco bien? -la hubiera besado si la señora Tibbs, con su inconfundible voz, no se hubiera aclarado en ese momento la garganta.

-¿Sí, señora Tibbs? -preguntó Cliff, enfadado.

-Ahora no tienen que avergonzarse en mi presencia, señor Cliff -replicó-. Me preocuparía mucho más si no me los encontrara así por lo menos de vez en cuando.

-Bueno, me alegro de que estemos contribuyendo a su paz mental, señora Tibbs. ¿Quería decirnos algo o sólo pasaba por aquí?

-La madre de Billy Pascoe ha llamado. Necesita hablar con Sarah. El chico está cubierto de la cabeza a los pies de cierta pintura que ha llevado a casa de la escuela y no se le quita.

-Ese chico necesita un... -dijo Cliff de forma amenazadora y se interrumpió a tiempo.

-Creo que tienes razón --dijo Sarah-. Necesita un maestro.

Cliff soltó una carcajada y le aseguró:

-También necesita una buena paliza.

-Sospecho que eso es lo único que ha recibido de su padre, desgraciadamente. Será mejor que me vaya. --Espera un minuto, ¿ya se ha ido la señora Tibbs? Sarah miró en todas direcciones antes de contestar. -Sí.

-Bien, entonces hay algo que hemos dejado pendiente -la besó con pasión y cuando terminó, le acarició la barbilla-. Billy Pascoe es todo tuyo.

Viajaron en helicóptero desde Edgeleigh y se llevaron a Donald

Lawson con ellos. Amy, Ross, Ben y Sally los estaban esperando y los recibieron entusiasmados. La casa era muy elegante, de dos pisos y estaba situada en un campo más verde que el de Edgeleigh. Sarah se preguntó por qué Cliff se había ido a Edgeleigh y les había cedido aquella hermosa casa a Amy y a Ross.

Los primeros dos días, Amy planeó para ellos algunas actividades y apenas tuvieron tiempo para respirar pero después las cosas volvieron a la normalidad y Cliff y Ross empezaron a salir juntos por la mañana a recorrer la propiedad. Una húmeda mañana, Sarah se entretuvo en mirar con Amy las fotografías de la familia. Cuando terminó, la joven se preguntó si de verdad m, e le habría ocurrido a Amy pensar cuántas fotos de Wendy Wilson había en los álbumes, ya que después de encontrar las primeras, Amy se sonrojó y empezó a pasar rápidamente las páginas del álbum.

Sin embargo, dos de esas fotos se quedaron grabadas en su mente: la del compromiso de Cliff y Wendy, tomada en el salón principal, allí en Coorilla, en la que Wendy miraba directamente a la cámara y Cliff la miraba a ella, y otra de Wendy vestida con un elegante uniforme. Cuando cerraron el último álbum, Sarah le preguntó con voz tranquila.

-¿Entonces Wendy es azafata?

Amy pareció agradecida por algo, probablemente por el tono normal de Sarah, aunque respondió con cierto orgullo:

-Ahora no sólo es azafata, sino que es la azafata principal. Creo que una de las razones por las que ella y Cliff rompieron fue que ella solía decir que no se imaginaba metida en Coorilla durante el resto de su vida.

-¿Pero ellos se comprometieron a pesar de eso?

Amy titubeó.

-Wendy empezó a decirlo después de que se hubieran comprometido. Creo que pensaba que podría manejar a Clili' a su antojo y hacer lo que quisiera. La relación entre ellos siempre fue de amor-odio. Ella, me doy cuenta ahora, no quería ser dominada por nadie. Creo que ya no piensa lo mismo, pero después de lo que le hizo a Cliff, es lógico que éste la no perdonara.

-¿Qué le hizo? -fue lo único que Sarah tuvo que decir para que Amy continuara.

-Tuvo una aventura que se hizo pública con un hombre mucho mayor que ella, desde el mismo mo. mento en que Cliff rompió el compromiso. Pero no sólo eso -Amy se dio cuenta de que había sido indis. creta, pero continuó- ...sino que dejó la aventura de. masiado tarde, porque Cliff ya te había encontrado a ti, Sarah. Además, por

lo bien que se le ve, vuestro matrimonio debe estar funcionando.

Esa noche, en la cama, Sarah tenía tantas cosas en la cabeza que le resultaba imposible dormir.

-¿Sarah?

Sarah se acercó a Cliff y apoyó la mejilla en su espalda.

-Lo siento, no puedo dormir. ¿Cuándo nos vamos'?

-Mañana mismo si quieres. Yo también estoy harto de Coorilla, si eso es lo que estás intentando decirme, aunque me gusta ver a Amy y a Ross juntos en su casa.

-También a mí -dijo y se durmió al fin.

Volaron a Brisbane, alquilaron un coche y fueron por la carretera de la costa hasta Sufers Paradise donde alquilaron una habitación en el Sheraton Mirage, un magnífico hotel turístico con vista a la dorada playa del South Pacific y que tenía al otro lado de la carretera el complejo comercial Marina Mirage. La primera compra que Sarah hizo en el elegante complejo comercial fue un traje de baño. Después Cliff tomó cartas en el asunto y visitaron todas las boutiques. Cuando volvieron al hotel, Sarah colocó todo lo que habían comprado encima de la cama y dijo:

Gracias, pero esto es demasiado para una flor.

Cliff la observó pensativo.

-Me gusta hacerlo --dijo al fin-, pero no sé si tú temes convertirte en una copia de tu madrastra, no pareces muy contenta.

-No --dijo. Cruzó la habitación hasta llegar a él, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

-Esta agradecida esposa se ha dado cuenta de que trabajaba más de lo que debía y ahora sufre agotamiento - lo cual era cierto, pensó, no sabía por qué, pero desde que se había casado se cansaba mucho más que antes.

-Eso es algo que yo voy a remediar -Cliff le acarició el pelo lentamente.

Los siguientes días los dedicaron a tomar el sol y a bañarse en el mar, a comer y a dormir mucho. La piel aceitunada de Cliff se convirtió en bronce y la de Sarah, tan pálida, adquirió un tono dorado. En su cuarta noche en el hotel, la joven estrenó un traje de pantalón y corpiño, de color azul pizarra.

-Qué aspecto tan exótico, señora Wyatt -le dijo Cliff y le puso en el pelo una camelia color crema.

Sarah se miró en el espejo y estuvo de acuerdo en que tenía un aspecto diferente.

-Tú tampoco estás mal -estaba muy guapo con unos pantalones azul marino y una camisa blanca de manga larga-. ¿Sabes?, creo

que me gustaría llevar lentillas.

-No me importan tus gafas, Sarah -tiró de ella y la abrazó-. ¿Te sientes mejor?

-Me siento maravillosamente -replicó.

-Bueno.

Sin embargo, esa misma noche desapareció su felicidad.

Cuando cruzaban el vestíbulo agarrados de la mano para dirigirse hacia el restaurante, Sarah se fijó en un alegre grupo de miembros de una aerolínea, en la puerta principal, que aparentemente esperaba su transporte. Wendy Wilson estaba entre otras tres altas y elegantes azafatas y de espaldas a ellos; además, los separaba el amplio vestíbulo. Cliff también debió advertir su presencia porque se tensó y le apretó a Sarah la mano un poco más de lo normal y, cuando ella se volvió a mirarlo, observó que Cliff tenía la vista fija en el grupo. Luego se volvió hacia Sarah y murmuró.

-Pues aquí estamos -le hizo un gesto con la mano para que entrara al restaurante delante de él.

-Nuestra cena no ha sido exactamente un éxito, ¿quieres decirme por qué?

Sarah se volvió desde la ventana desde la que estaba observando la luna blanca sobre el mar picado.

-Tal vez porque estoy cansada. Tú también debes estarlo, porque no has hablado mucho -añadió sin mirarlo. Después se encogió de hombros-. Si no te importa, voy a irme a la cama.

-No, Sarah -dijo con voz dura--. Hablemos claramente.

-¿Claramente? -gritó, se tumbó en la cama y luego se sentó nerviosa-. De acuerdo, ¿vas a reaccionar así cada vez que la veas?, porque era ella, ¿no?

Cliff fue a sentarse a su lado y la agarró por las muñecas.

-Sarah tranquilízate -ordenó y suplicó-. Sí, era ella, pero tú has interpretado mal mi reacción. -Cliff, Cliff -tragó en seco-. Sólo respóndeme esas preguntas: ¿por qué cediste Coorilla a Amy y a Joss ¿Para irte a vivir a Edgeleigh y alejarte de ahí?

-No es difícil entenderlo. Amy tiene tanto derecho a Coorilla como yo. de quedarse ahí, además yo sabía que podía ser feliz en Edgeleigh. Ross es tan buen administrador como yo, pero la cosa no hubiera funcionado si nos huhieramos quedado los dos.

-¿No serían tus recuerdos tan dolorosos que no podios vivir con ellos? --sugirió Sarah con voz tranquila- .¿Los de tu fiesta de compromiso, por ejemplo?

-¿Qué demonios sabes de eso?

-He visto algunas fotografías.

-La condenada de Amy, supongo.

-No debes culparla. No lo hizo por malicia, sólo, sólo...

-Por estupidez.

-Es que son muy buenas amigas, pero no has respondido a mis preguntas.

-De acuerdo -dijo Cliff con aspereza, se puso de pie y le dio la espalda-. Me fui a Edgeleigh porque ya no soportaba estar en Coorilla. Quería alejarme de allí tan rápido como fuera posible, pero no -giró en redondo , porque guardara de allí recuerdos felices, sino porque había sido increíblemente tonto, porque había desperdiciado años de mi vida con una mujer que no valía dos centavos, pero que sabía usar su cuerpo y sus ojos verdes de... sirena.

-Cliff -susurró Sarah.

-Después te conocí a ti -continué-, tan distinta a ella, tan superior. Me dije, ¿por qué no? Sarah es una mujer sensata y tranquila y yo necesito eso, paz, sentido común, no una gran pasión de esas que te consumen por dentro y que te lanzan a un torbellino de infelicidad-algo se marchitó en el corazón de Sarah al oírle decir aquellas palabras-, pero eso no quiere decir que no te quiera, Sarah.

-Sé que me quieres -se oyó responder como desde una gran distancia-, pero me parece increíble que esas sean las razones por las que te has casado conmigo. No sé -hizo una pausa y siguió con voz apenas audible ... si podré vivir con esto ahora.

-Bueno, me temo que tendrás que hacerlo. Una vez me dijiste que tú también eras responsable de nuestro matrimonio.

-Lo sé, lo sé -susurró-, yo soy tan culpable como tú. No debería haberlo hecho.

-Sarah -repuso Cliff con voz fría y autoritariaEstá hecho y ya no hay vuelta de hoja, porque dentro de ocho meses más o menos, según creo, habrá entre nosotros unos bracitos tiernos que nos unirán para siempre.

-¿Tú... sabías? -Sarah palideció.

-Sé contar -dijo-. Además hemos estado muy juntos estos meses y te he notado diferente en estas últimas semanas: somnolienta; hambrienta unas veces y otras con náuseas. Tú no me has dicho nada, pero yo sólo he tenido que hacer las cuentas.

-Yo también -confesó-, pero la verdad es que sólo hace unos días he comprendido lo que me pasaba.

-Sarah, siento haberte decepcionado... siento haber sido un bruto, pero quiero decirte una cosa: tu bienestar y el de nuestro hijo

significan más que cualquier otra cosa para mí. También te digo que nunca te dejaré marcharte.

En ese momento, empezó a sonar el teléfono. Cliff descolgó el auricular. Sarah enseguida se dio cuenta de que la llamada era de Edgeleigh y que era urgente.

-¿Qué pasa? -preguntó preocupada cuando Cliff colgó.

-Que está lloviendo mucho.

-Bueno, ésa es una buena noticia, ¿no? -dijo poco convencida.

-Si te parecen buenas noticias perder la mitad de la manada. Edgeleigh está inundada.

Pero yo pensaba que lo que era un problema en Edgeleigh era la sequía.

- Y lo es nueve veces de cada diez -descolgó el teléfono de nuevo-. ¿Estás en condiciones de que salgamos esta misma noche para allí?

-Yo... sí... ¿pero de verdad es tan serio, Cliff?

-De verdad, Sarah.

Fue una larga y tensa noche. De madrugada, ya estaban volando sobre Edgeleigh. Entonces, Sarah lo creyó.

Parece un lago --digo incrédula.

-Lo sé, y el mejor alimento para el ganado está debajo del agua. Por lo menos el jardín todavía se puede ver -se volvió bruscamente y dijo con expresión de cansancio---. No debería haberte hecho volver hoy y menos arriesgarte con este tiempo.

-Estoy bien, sólo algo cansada -respondió tranquila-, y además en el helicóptero podríamos ir a cualquier parte si se presentara algún problema.

-¿Te encuentras...?

-No, Cliff. Sólo te estoy diciendo que no te preocupes por mí.

-Bueno, entonces tendrás que ir cuanto antes al médico.

-¡Cliff!

-¿Por qué no? ¿No es lo que todas las mujeres embarazadas hacen en circunstancias normales? ¿Empezar a ver a un doctor?

-Supongo que sí. No había pensado en eso.

-Entonces, señora Wyatt, es hora de que lo hagas.

«Es ahora cuando se te ocurre pensar las cosas con sensatez», señora Wyatt, se dijo Sarah a sí misma aquella tarde. Estaba en la cama en contra de su voluntad, supuestamente para echarse una siesta, según instrucciones de Cliff y de la señora Tibbs. La había asombrado que Cliff le hubiera dado la noticia del bebé a la señora Tibbs en cuanto habían llegado a casa. La señora Tibbs se había emocionado al oírlo.

- ¡Oh! Qué alegría. ¡Un bultito de felicidad de su propia carne es lo que Sarah necesita para olvidarse de los otros niños!

Entonces él se había vuelto hacia Sarah y le había guiñado el ojo.

-Yo no lo había visto de esa manera, señora Tibbs. pero quizá tenga razón.

Sarah pensaba en todo lo que había ocurrido durante aquel largo día. Cuando Cliff había admitido que sólo necesitaba paz y compañía, Sarah se había sentido incapaz de soportarlo, pero allí estaba, y tenía la sensación de que iba a tratar de continuar su vida como hasta entonces.

-Pero, ¿qué puedes hacer? -se preguntó en voz alta- después de que no has tomado precauciones para que esto sucediera. Te casaste preparada para hacer que funcionara tu matrimonio y sólo pusiste una condición. si se le puede llamar así. ¿Ha incumplido Cliff esa condicion?

«Oh, vamos, Sarah», se respondió en silencio. «¿No habías sabido siempre que al casarte podría comprometer su compañía y su atención, pero no su corazón y su alma?»

A pesar de todas sus preocupaciones, no tardó en quedarse dormida, aunque con lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO 8

PASARON dos semanas antes de que la inundación empezara a bajar, dos desesperantes semanas durante las cuales todo el mundo estuvo pendente de salvar la numerosa manada. Rompía el corazón ver al ganado con el agua a media pata o agrupado en los trozos de tierra que habían escapado a la inundación.

Después de una llamada a Ross, éste embarcó alimento para el ganado desde Coorilla y también envió trabajadores de otras tres propiedades que sacaron en camión al ganado de Edgeleigh, hasta que todo volviera a la normalidad. Fue una gran operación. Por supuesto, no sólo Edgeleigh estaba afectada, sino también propiedades vecinas y Sarah se asombró de la ayuda que unos se prestaban a otros.

Fue entonces cuando Sarah asumió el papel de coordinadora. Cliff se negaba a dejarla prestar ayuda y eso provocó una escenita entre ellos. Aunque según eI médico Sarah estaba bien, Cliff alegaba que podían hacerlo otras mujeres que no estuvieran embarazadas. Ella le decía que no era justo que se quedara sentada sin hacer nada mientras él estaba tan cansado, pero Cliff le contestó que obedeciera y no se preocupara por él. La señora Tibbs dijo lo mismo, pero Jim Lawson llamó ese mismo día para preguntar si le importaría manejar su radio y su teléfono móvil por la tarde.

-Tenemos una verdadera crisis en la frontera y creo que debería estar allí y no aquí sentado recibiendo llamadas, pero alguien tiene que recibirlas.

Jim, me encantará, tú tráeme la radio y el teléfono.

-Espero que no le importe a Cliff. Decidimos que uno de nosotros se encargaría de coordinar.

-Yo se lo plantearé a Cliff. ¿Qué problema hay en la frontera?

-Un montón de becerros atascados en el barro.

Sarah lo apresuró a hacer lo que debía y se instaló en el estudio de Cliff donde encontró mapas de la propiedad, que colocó con cuidado a un lado del escritorio, con algunas notas de Jim. No vio esa noche a Cliff. aunque lo llamó por radio un par de veces, pero ya avanzada la siguiente tarde. llegó a casa para quedarse sólo unas horas y no puso muy buena cara al verla en el estudio. Sarah desconectó el teléfono móvil y le dijo.

-¡Lo dices una sola palabra. Cliff Wyatt...!

-Bueno, iba a decir que has hecho bien, Sarah, pero si no quieres que te lo diga -se encogió de hombros. Sarah le fulminó con la mirada-. Quizá tienes razón -la abrazó.

-Cliff...

Era la primera vez que la abrazaba desde la noche que habían visto a Wendy Wilson y Sarah se dio cuenta de que en ese aspecto nada había cambiado entre ellos.

-Lo siento -murmuró Cliff y la besó en el pelo- . Estoy sucio. no debería haberme acercado.

-No, eso no me importa.

-¿Que te pasa entonces?

-Nada. ¿No te importa que reciba las llamadas? Lo único que tengo que hacer es estar sentada en una silla.

-No sólo no me importa sino que estoy agradecido. Esto dejará a Jim libre para otras cosas.

-Tú no tienes que estar agradecido. Yo soy... parte de todo esto ahora, ¿no?

-Sí, Sarah y una parte muy especial, no lo olvides. -Cliff...

-Sé lo que vas a decirme. Necesito un baño. También quiero dormir un poco. ¿Me despiertas a las siete y media?

-Cliff, ¿sólo vas a dormir tres horas? -Ya sabes que no necesito dormir mucho. –

-Bueno...

-Gracias señorita. ¿Puedo retirarme, señorita?

Sarah decidió no despertarlo cuando lo vio tan profunda y pacíficamente dormido, pero justo antes de las siete y media llegó una llamada para decirle que estaba por llegar un tren para recoger ganado, al que no esperaban hasta la siguiente mañana, así que Sarah tuvo que despertarlo. Cliff dio media vuelta en la cama cuando Sarah le tocó en el hombro desnudo. Murmuró algo, tiró de ella para que se tumbara a su lado y empezó a besarla.

-Cliff, Cliff -dijo unos momentos más tarde, sin aliento-. Esto me encanta, pero tú me pediste que te despertara -dijo. Cliff apoyó la cabeza en su pecho-. ¿Estás despierto?

-Por supuesto. Soñaba con poder hacer esto, sobre todo cuando no lo hemos hecho desde hace... ¡ya he perdido la cuenta de cuántos días!

- Bueno, no estoy segura de que podamos seguir ahora.

-¿Por qué? -Sarah le contó lo ocurrido y Cliff apartó las sábanas y se levantó-. Tienes razón. Desgraciadamente, los animales que van a recoger están cada vez más débiles. Cuanto antes se vayan, mejor.

Sarah se sentó en la cama y lo observó vestirse con tristeza.

-¿Qué pasa, Sarah?

-Nada. ¿Cuándo va a terminar lo de la inundación? -preguntó sombría.

-Creo que ya no va a continuar lloviendo, pero aun así, el agua

tardará algún tiempo en bajar. No sé, Sarah. Quizá pase mucho tiempo hasta que todo vuelva a la normalidad, pero supongo que lo bueno de todo esto es que la próxima estación será buena. ¿Te está resultando difícil?

-No... sí. Quiero decir que para mí es más fácil que para cualquiera, no estoy haciendo nada... Pensaba en ti.

-Bueno, yo soy muy fuerte -contestó contento- . No te preocupes por mí. ¿Cómo crees que se está tomando todo esto el heredero?

-Bien, aunque me obliga a perderme el desayuno con monótona regularidad...

-Pero al parecer, el síndrome de la pérdida del desayuno no dura mucho.

Sarah rió entre dientes.

-¿Y quién te ha dicho eso?

-La señora Tibbs. Dice que estás floreciendo. -Eso es lo que dice ella, pero lo que estoy haciendo es engordar, tengo el presentimiento de que voy a terminar como un saco con patas.

-Espero que eso no te haya hecho perder las ganas de formar una familia.

-Cliff ya sabes todo lo que ha sucedido desde... -se llevó una mano al vientre- y la verdad es que no he podido pensar mucho en eso.

-Lo sé -murmuró--, pero me gustaría saber si odias la idea y por eso no piensas en eso.

-No. Pero me cuesta ser consciente de que pronto voy a ser madre. Quizá una vez que empiece a florecer, como dice la señora Tibbs, todo vuelva a su sitio.

Cliff la miró fijamente y dijo algo que sorprendió a Sarah.

-¿Por qué no invitas a tus antiguos alumnos para que vengan a tomar el té mañana por la tarde? Estoy seguro que te encantará y que ellos estarán felices.

-¿De verdad puedo hacerlo? -preguntó ansiosa.

-Hazlo, señora Wyatt, pero no te excedas.

Las semanas pasaron y la inundación cedió, dejando que la tierra se secara y lentamente las cosas volvieran a la normalidad, incluido su matrimonio. Cliff pasaba mucho tiempo fuera y, en una de sus ausencias, cuando Sarah llevaba tres meses de embarazo, se despertó sintiéndose extraña y pocas horas más tarde, antes de poder localizar al médico o a Cliff, sufrió un aborto.

De hecho no vio a Cliff hasta que fue conducida al hospital más cercano en helicóptero.

-Sarah, por Dios, lo siento ---le dijo Cliff desesperado, cuando

entró en el hospital.

-Yo también -susurró Sarah con la garganta seca-, pero no ha sido culpa tuya.

-Quiero decir que siento no haber estado allí y que hayas tenido que pasar por todo esto tú sola.

-Quizá me lo merecía -lloró.

-¿Qué demonios quieres decir?, ¿qué estabas haciendo?

-¡Nada!, ¡nada!... pero -rompió a llorar.

-Por favor, Sarah, no llores así -al cabo de un rato, Sarah se tranquilizó-. Ahora dime lo que has querido decir.

Pero Sarah no podía confesar la verdad ante nadie. Le había resultado imposible creerse que iba a ser madre. Era como si le estuviera sucediendo a otra persona, no a Sarah Sutherland, que nunca debería haberse dejado arrastrar a un matrimonio sobre el que tenía tantas dudas y que se había quedado embarazada antes de poder asimilar su situación.

- ¿Sarah?

-Oh, Cliff, no sé.

-Es normal que estés confundida -dijo Cliff mientras le acariciaba cl pelo-, pero el médico ha asegurado que se trataba de uno de esos embarazos que no están destinados a llegar a su término. En otras palabras, podrás quedarte embarazada otra vez y hasta formar un equipo de criquet con bebés.

-Bueno, esas son buenas noticias -contestó Sarah. poco convencida.

Sarah se quedó en el hospital una semana, pero todavía estaba pálida y decaída cuando volvió a Edgeleigh. Cuando Cliff le sugirió que pasaran unos días en la costa para que acabara de reponerse, antes de volver a casa, se negó, principalmente porque temía quedarse a solas con él, pero también porque la Operation Noahs Ark iba a suspenderse. El verano, lleno de sol, había obrado milagros en Edgeleigh y el ganado estaba volviendo, así que Cliff necesitaba estar allí.

La Navidad ya estaba cerca y Amy, Ross y los chicos iban a pasarla con ellos, lo cual también ayudó a convencer a Cliff. Otro de los argumentos que dio Sarah, no fue tan convincente:

-El médico me ha dicho que no deberíamos... es decir -se interrumpió, se sentía incómoda.

-Dilo, Sarah.

-Que no deberíamos tener relaciones íntimas durante unas semanas.

-Lo sé.

-¿Te importa? -mordió su labio.

-¿Por qué habría de importarme?

-Bueno...

-Por supuesto que no me importa mientras estés en proceso de curación. No soy una bestia insaciable o un monstruo.

-No he querido decir eso, pero tu tono me ha parecido un poco extraño.

-Sarah, olvídate de todo lo demás. Tú concéntrate en curarte, en ponerte bien y contenta.

-Sarah -dijo la señora Tibbs-, ha abortado usted hace sólo tres semanas. ¿Quiere sentarse y dejar de hacer esas cosas? He preparado comida hasta para cincuenta personas, así que tengo experiencia. Aquí sólo van a cenar seis, y además el señor Cliff se va a enfadar mucho si al volver a casa la ve toda cansada y pálida.

Cliff había tenido que ir de viaje para arreglar unos negocios por primera vez desde que ella había salido del hospital. Una noche en Brisbane y una en Coorilla, le habla dicho.

Pero ayuda estar ocupada -replicó Sarah.

-¿Ayuda a qué? Es natural que se sienta así, pero los médicos le han dicho que podrá quedarse embarazada otra vez, así que olvídese ya de eso. Tiene un marido maravilloso y espero que no sea tonta y esté preocupada por esa gata de ojos verdes. Él terminó con ella, ¿qué más quiere?

-No... no es eso.

-Entonces deje de preocuparse por trivialidades y empiece a comer bien Sara Suthcrland.

-Señora Tibbs. Le agradezco su interés, pero le agradecería más que se metiera en sus propios asuntos.

Sin embargo, sus palabras no tuvieron el efecto deseado, porque la señora Tibbs dijo en tono complaciente.

-Así está mucho mejor.

Sarah apretó los dientes y se marchó.

Cuando Cliff llegó a casa, fue evidente que no estaba de buen humor. Cuando Sarah oyó el helicóptero. habría bajado para recibirlo, si no hubiera estado preparando un pastel, que era lo único que la señora Tibhs le permitía hacer. Antes de bajar tuvo que meter el bizcocho en el horno y lavarse sus manos. Cuando terminó, lo oyó hablando por teléfono muy enfadado.

-Se lo he dicho -comentó la señora Tibbs mientras ambas escuchaban lo que le decía a Jim Lawson.

-Ni siquiera ha venido a decirme que había llegado -protestó Sarah.

-Bueno, está algo enfadado. La verdad es que ti, alegro de no ser Jim.

-Pero no es justo. Él trabajó muy duro durante la inundación.

-Mire Sarah, esas cercas que no ha arreglado están haciendo falta desde la inundación y es vital que las coloque.

-Pero Jim no tiene la culpa. Ayer se estaba tirando de los pelos porque el alambre que ha encargado no había llegado.

-Yo no me preocuparía mucho por eso --dijo la señora Tibbs.

-¡Hace un momento me ha dicho que se alegraba de no ser Jim!

-Tal vez -la señora Tibbs esbozó una enigmática sonrisa-. Si yo fuera usted, dejaría que el jefe hiciera su papel. Se le da muy bien.

-Según, usted, él nunca se equivoca, ¿verdad?

-Sí se equivoca, pero no mucho; por lo menos no más que usted.

Sarah contestó exasperada.

-Ya hemos hablado antes de esto, señora Tibbs. creo que deberíamos dejarlo. -Como usted quiera, Sarah.

Sarah entró de nuevo al estudio. Cliff estaba de pie asomado a la ventana y de espaldas a ella. Lo notó tenso. Se volvió cuando la oyó entrar.

-¿Cómo estás? -le preguntó a Sarah.

-Bien -tartamudeó.

-Supongo que me has oído hablar por teléfono y has venido a investigar. Lo que pasa es que me he puesto furioso al ver que todavía no habían arreglado las cercas.

-Lo sé -repuso Sarah-. Jim me lo dijo, pero resulta que no han traído el alambre.

-Entonces debería haber cancelado el encargo y haberlo comprado en otro lado. Sarah, ven aquí, no voy a morderte.

Sarah cruzó lentamente la habitación, pero el teléfono volvió a sonar y Cliff contestó después de hacer una mueca. Entonces, Sarah repuso con una débil sonrisa.

-Te dejaré con tu llamada. La cena estará lista dentro de media hora.

Mientras se cambiaba para la cena, pensó que Cliff no sólo estaba molesto por lo de las cercas. Durante la cena, la señora Tibbs volvió al ataque como si la vida no fuera lo suficiente complicada.

-Hice que su esposa se acostara después de la comida, señor Cliff.

-Bien hecho, señora Tibbs.

-Sabía que se alegraría.

-Gracias, señora Tibbs -dijo Sarah secamente- Por favor no se moleste en esperarnos. Yo puedo servir la cena.

-¡Oh. ya me voy, Sarah! y se esfumó.

-¿Qué pasa? -Cliff preguntó-. ¿Os habéis peleado?

-Estoy un poco disgustada.

-¿Por qué?

-Porque a veces tengo la sensación de estar viviendo en una pecera.

-Antes no pensabas así.

-Vivía una vida muy sencilla... bueno... hasta- se interrumpió bruscamente.

-Hasta que yo te compliqué las cosas.

Sarah desvió la mirada y suspiró de pronto.

-Cliff, me has ayudado mucho. No sé cómo agradecértelo y lo siento. Supongo que sabes de qué te estoy hablando.

-Sarah -dijo lentamente-. También era mi hijo. Lo que quiero decirte es -continuó y frunció el ceño-. no hay nada extraordinario en compartir este dolor contigo. Soy parte de ello y, aunque nunca he podido compartir la experiencia física, puedo tratar de aliviarte tu carga emocional aunque, no estoy muy seguro de hasta qué punto ha llegado a afectarte.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que necesito que me digas todo lo que sientes y si hay algo más para que pueda comprenderte.

-No. Los médicos me dijeron que me sentiría desubicada durante algún tiempo.

-Sí, pero no te culpas por ello, ¿verdad? Tú nunca me explicaste por qué dijiste que te lo merecías.

-Yo... no sé -tartamudeó-. Quizás me preguntaba si hubiera podido hacer algo para prevenirlo, creo que debió ser por eso.

-De acuerdo, mira, si crees que es demasiado problema que vengan a pasar la Navidad Amy y su familia, puedo decirles que no estamos en condiciones de recibirlos.

-¡No! -protestó-. Sólo falta una semana para Navidad y yo estoy muy bien -y a partir de la mañana siguiente se esforzó por demostrarle a todo el mundo que estaba bien.

Su cuñada y familia llegaron la noche de Navidad.

La casa estaba decorada y un hermoso árbol rodeado de regalos adornaba el salón. Algunos de los regalos los había hecho Sarah y otros habían sido comprados por catálogo. Amy llevó más regalos y Sally y Ben especularon excitadamente sobre el conjunto de éstos, pero se les prohibió tocarlos y entonces se fueron a buscar a sus viejos amigos.

Aquélla, pensó Sarah, era una familia feliz. Se habían reunido

con todos los empleados y sus familias bajo los árboles que había frente al almacén de la maquinaria y estaban cantando villancicos a la luz de las velas para recibir a Papá Nücl. Miró a su alrededor y descubrió que incluso a ella le tranquilizaban las voces y los rostros iluminados por las velas.

De pronto, llegó Papá Nóel en un caballo en lugar de un trineo tirado por renos. Sarah observó a Cindy, de la mano de su esposo y a Donald Lawson, que había vuelto a casa para las fiestas; después observó conmovida a Charlic, el buscador de ganado que le había encontrado el día que se había torcido el tobillo. Todos cantaban con sincero entusiasmo. La señora Tibbs tenía a Sally sobre sus piernas y Cliff estaba apoyado en un árbol y también parecía más relajado. Él, obviamente, era el eje sobre el cual giraba Edgeleigh.

Sarah pensó que los amaba; que amaba la vida y que no debía torturarse porque Cliff no pudiera darle todo su corazón; que debía dejar de pensar que había perdido a su hijo; que debía tener en cuenta las sensata palabras de la señora Tibbs y creer que él había terco nado con Wendy Wilson.

-¡Sarah! ¡Mira lo que me ha traído Papá Noel

-Ben le estaba enseñando un camioncito y, por un momento, todas las miradas se fijaron en ella.

-Estoy loca -dijo Amy al día siguiente mientras comían pavo, jamón y pudín de Navidad-. Todos los años prometo que al siguiente comeremos ensaladas y cosas por el estilo.

-Y cada año cambias de opinión y dices que no será lo mismo sin la comida tradicional -repuso Ross.

-Bueno, no sé mucho de esas cosas -Cliff le dio a Sarah la mano-, pero mi esposa y yo vamos a hacer lo único sensato que se puede hacer en este momento: echarnos la siesta.

-¡Bravo! -dijeron Ross y Amy a coro y se miraron el uno al otro.

-No ha sido mala idea, ¿verdad? -preguntó Cliff, tiempo después.

La habitación estaba oscura y fría. Sarah estaba tumbada en los brazos de Cliff y ambos cubiertos por una sábana. Ella se había puesto un camisón, porque Cliff había comentado que si iban a dormir debían hacerlo con propiedad. Él no se había puesto nada.

-En absoluto -dijo tranquila-. Cliff...

-Lo sé. Tenemos que esperar a que tú estés en condiciones de reanudar nuestras relaciones íntimas. Esperaré.

A la mañana siguiente, Ben sacó un bultito de dibujos que había llevado de Coorilla para enseñárselos a Sarah.

-Mira, Sarah -dijo muy serio. Estaba tumbado en el suelo boca abajo, con los pies en el aire y la barbilla apoyada en las manos.

Sarah se sentó a su lado-. No he olvidado lo que me enseñaste.

-Ya lo veo, Ben. Son muy buenos. Ya veo que dibujas a la gente mucho mejor -señaló las figuras-. Estás convirtiéndote en un auténtico profesional -puso un dedo sobre el grabado infantil que era su firma. ¿Quiénes son estos?

-Tío Cliff y tiíta Wendy. Se quedaron en Coorilla hace dos semanas-dijo vagamente-. Mira, ésta es Sally y éste es Robbo, el perro. Tío Cliff le tira palos para que los traiga. Yo estaba con ellos pero no me dibujé y éstos -puso otro dibujo en las manos de Sarah--, son mamá y papá discutiendo, pero no muy fuerte, sólo... sólo riñen un poquito -la miró.

-Qué dibujos tan buenos, Ben -dijo intentando disimular su turbación.

Todo encajaba perfectamente. Recordó la tarde que Cliff había llegado a casa después de haber pasado una noche en Coorilla; estaba muy molesto. Sarah recordó su mirada y también, de pronto, que era la misma que había visto en sus ojos la noche que habían visto a Wendy en el Sheraton Mirage.

-¿Sarah? ¿No me oyes? -preguntó Ben.

-Lo siento, Ben -murmuró-. ¿Quién es éste...?

-Cliff, ¿te importaría que fuera al médico un día antes?

-¿Por qué? ¿Hay algún problema?

-No -dijo con calma-. Es que el día que tengo la cita será el cumpleaños de Billy Pascoe. Tenemos que celebrarlo en la escuela.

-No importa, pero ese mismo día, el Comité Parlamentario de Ayuda a la Inundación va a venir a Edgeleigh.

-¿Pero querrán verme a mí?

-No, pero sí a mí.

-Bueno, podría llevarme alguien en el helicóptero. No hace falta que vayas tú, no va a haber ningún problema -dijo y frunció el ceño-. Es solo pasado mañana.

-Sí...

-Aunque yo preferiría ir contigo -dijo-. Sin embargo -apoyó las manos en sus hombros y la hizo volverse hacia él- , y en vista de tu bien conocida dedicación a tus alumnos, adelante.

Gracias -contestó Sarah con el corazón destronado.

CAPITULO 9

T ODO fue muy sencillo. Voló en el helicóptero hasta el lugar en el que estaba el hospital y una vez en éste, los médicos la dieron de alta pues la encontraron muy bien y le dijeron que podía hacer vida normal. Volvió al aeropuerto y le dijo al piloto, que trabajaba en Edgelcigh desde hacía poco, que se había encontrado a unas amigas y estaba decidida a pasar una noche con ella. Le dio una carta para Cliff y tomó un tren a Sydney, pero luego cambió de tren un par de veces y finalmente tomó un avión hasta Melbourne. Estaba agotada. rota cuando llamó a la mansión Toorak y se encontró con Lady Pamela Sutherland, su madrastra.

-Mi querida Sarah, qué sorpresa -dijo Lady Pamela --¡creía que te habías olvidado de mi existencia!

Sarah se sentó.

-Ésta es mi casa, Pam -le dijo.

Pam hizo una mueca.

-No necesitas decirlo. Tu padre se encargó de que así fuera.

-Siempre te he dicho que podrías vivir aquí, Pam. Eso no va a cambiar, pero yo me voy a quedar aquí algún tiempo, no estoy segura de cuánto.

-¡Sarah! -Pam se levantó y se acercó a ella con la mirada fija en su alianza. Había dejado el anillo de compromiso en Edgeleigh. ¡No me digas que te has visto obligada a casarte! -ella le aseguró que no-. Querida... me dejas sin habla. ¿Dónde está él? ¿Querrá él echarme de aquí? Oh, Dios, ¿no me digas que has hecho la única cosa que tu padre temía? ¿Se ha casado contigo por tu dinero?

Sarah sonrió.

-No, por mi sensatez y mi compañía. Terminemos con esto. El caso, Pam, es que quiero divorciarme, por eso estoy aquí. Posiblemente necesite cierta ayuda.

-¿Temes que trate de quitarte la mitad de tu fortuna?¡Sarah!

-Pam, por una vez en tu vida, ¿podrías dejar de pensar en el dinero? No, él tiene dinero suficiente. -Entonces no te entiendo.

-No tienes que entender nada. Lo único que tienes que hacer es dar instrucciones para que no se deje pasar a Cliff Wyatt ni a nadie que venga de su parte. Él no sabe ni quién soy.

Bueno, me has dejado sin habla - -dijo Pam.

-Estoy exhausta -aseguró Sarah- . Creo que podría estar

durmiendo toda una semana.

Pero no lo hizo, incluso le costó conciliar el sueño en su antigua y elegante habitación. Su madrastra era una entusiasta decoradora y no se podía negar que tenía buen gusto. Su ropa estaba en el vestidor cuidadosamente protegida, así como sus libros. Todo estaba tal y como lo había dejado.

De hecho, la única que había cambiado era ella, se dijo con dolor cuando estaba en la cama. Ya no era la joven estudiosa que se esforzaba tanto para conseguir su título; la que se tomaba tan en serio sus primeros trabajos y que no sabía de los exquisitos placeres y dolores del amor.

Cuando se levantó al día siguiente, se puso un elegante traje de lino color crema, que combinó con una blusa de seda color menta y unos zapatos de ante a juego. Se recogió el pelo en un moño y bajó a desayunar.

¡Sabía que toda esa ropa que te compré la usarías un día! --dijo Pamela, triunfante-. ¿A dónde vas? -preguntó.

-A ver a los abogados de la familia --respondió. Le dio las gracias a la mujer que le sirvió el café.

-Sarah, ¿estás segura?, quiero decir... ¿no quieres hablarme un poco más acerca de ello en lugar de precipitarte? No olvides que te conozco desde que tenías doce años. Dios, eso me hace sentir vieja -murmuró-. ¡Y sé que a veces eres tan terca como una mula y no siempre tienes razón!

Sarah sonrió al recordar todas sus rebeldías y tuvo que admitir que a veces había adoptado actitudes ridículas contra su madrastra.

-Pero eso era cuando sólo tenía doce años.

-Tienes mala memoria. ¿Qué te pareció nuestra última pelea?

-¿No creías que tenía derecha a protestar? No era nada divertido encontrarme con todos tus «juguetitos» cada vez que llegaba a casa, Pam.

-Sarah. Ese período de mi vida ya terminó. Me sentía vieja y necesitaba sentirme querida. Posiblemente si tú me hubieras apoyado, los habría dejado antes.

-Lo siento -aseguró Sarah. ¿Ahora sales con alguien?

A Pam le brillaron los ojos.

-Puede que lo tenga, pero es un poco escurridizo -se encogió de hombros.

Y entonces Sarah descubrió algo extraño. Ya no se sentía capaz de odiar a aquella mujer ni de despreciarla como siempre había hecho y se preguntó si tendría algo que ver con el hecho de haber descubierto sus propias debilidades. Salió de casa un poco después

y, aunque ya estaba decidida, pasó un día triste y doloroso. Al llegar a casa, se encontró con una auténtica sorpresa. Estaba en lo lato de la escalera cuando oyó la voz de Cliff en el salón. Se detuvo y se aferró a la barandilla. La puerta del salón se abrió y en ese momento Cliff la vio. Pamela corrió hacia ella.

-No te enfades conmigo, por favor. Se me ha olvidado decirte que la doncella tenía la tarde libre. Yo no estaba preparada cuando he abierto la puerta. Tú me has dicho que él no sabía nada, que no vendría todavía, pero de cualquier manera, querida. ¿Estás segura de que estás haciendo lo correcto? Personalmente...

-Lady Sutherland Cliff apareció detrás de ella. Entonces se volvió hacia Pam-. Yo asumo toda la culpa. ¿Le importaría ahora dejarme sólo con Sarali?

-¡No! ¡No! Ya me voy. Sarah, no te pongas así, por favor. No tiene idea -dijo nerviosa- de lo terca que puede ser, señor Wyatt, pero ya me voy —y se fue.

-¿Cómo me has encontrado tan rápido? --preguntó Sarah muy seria.

-Siempre he sabido quién eras.

Sarah se volvió lentamente para verlo a la cara desde el otro lado del salón. Tenía un aspecto extraño con traje oscuro y corbata, pero muy atractivo.

-¿Siempre? -preguntó.

-Desde mucho tiempo antes de que nos casáramos te dije que me intrigabas, Sarah. No me resultó difícil hacer algunas investigaciones.

-Pero el único domicilio que siempre te di fue el de mis abogados y ellos no te habrán dado ninguna información acerca de mí sin mi consentimiento.

-Me lo imaginaba y como tenía tanta curiosidad consulté al Departamento de Educación. Fue muy fácil allí. La verdad es que no consigo entender por qué estabas tan determinada a ocultarme quién eras. ¿Creías sinceramente que podría resultar un cazafortunas, Sarah?

-Yo tampoco consigo entender por qué nunca me dijiste que lo sabías -dijo tensa.

-Bueno, puedo explicártelo. Decidí que los dos podríamos jugar al mismo juego y si tú querías tener dominio sobre mí, yo también quería tenerlo sobre ti, en caso de que te fueras, tal y como has hecho -terminó suavemente, pero con una mirada fulminante-. Y a propósito, ¿no crees que podías haber encontrado otra excusa mejor en vez de usar a Billy Pascoe y su fiesta de cumpleaños?

Sarah se sonrojó y tembló ante la arrogante mirada de Cliff.

-Si hubiera podido darte mis razones, Cliff, no habría tenido que recurrir a...

-¿Mentiras y engaños? -sugirió.

-Cualquier cosa. Pero supe que no las entenderías; que tú... me confundirías.

-¿En cuanto hiciéramos el amor? ¿Por qué demonios piensas que podría confundirte? -dijo con voz dura-. ¿No crees que es probable que eso tenga algo que ver con lo mucho que me quieres?

-Cliff, puedes burlarte todo lo que quieras, pero ésa es también una razón por la que no puedo continuar siendo tu puente salvador de Wendy Wilson; no puedo continuar siendo tu alivio físico, tu paz y tu cordura, porque para mí es como vivir en un infierno. ¿Crees que no me di cuenta esa noche en el Mirage? ¿Crees que si no hubiera estado embarazada no me hubiera ido? ¿Crees que no sé lo que ha sucedido desde entonces?

-¿Qué quieres decir?

-La noche que viniste a casa, desde Coorilla y estabas tan enfadado, no era sólo por las cercas, ¿verdad?

-La condenada Amy otra vez...

-No. no fue ella, fue...

-¿Quién?

-No importa, pero no fue Amy y es verdad, ¿no? Te fuiste con Wendy a Coorilla. Mira, Cliff. Lo que trato de decirte es que ya sea amor u odio, Wendy te hace sentir una pasión que nunca sentirás por mí. Si me hubiera quedado, me hubiera vuelto loca de celos -se interrumpió y suspiró--. No puedo volver y tú no puedes hacer nada que me haga cambiar de opinión: rara vez utilizo o siquiera aprovecho lo que mi padre me dejó, pero ésta es una ocasión en la que estoy dispuesta a utilizar todos los recursos que tengo a mano, para... terminar con este matrimonio.

-Sarah, si yo te dijera que nunca, ni por un momento me he arrepentido de haberme casado contigo y que todo lo relacionado con Wendy me asquea, por su inmoralidad, por sus... Y no fui con ella. No sabía que estaba allí...

-No importa. No voy a creerte, Cliff -dijo tranquila-. Si no te importa, envíame mis cosas aquí. Te estaré agradecida y tú tendrás noticias de mis abogados en breve.

-Así que -le dirigió una mirada burlona- todo lo que vino después... la manera en que me amabas, la vida que llevábamos y compartíamos y amábamos...¿Estás diciéndome que ninguna de esas cosas puede hacerte olvidar que me has visto besar a otra mujer?

¿Estás diciéndome que nada de eso te convenció de que había llegado a amarte...?

-No, sé que me quieres a tu manera, Cliff. pero no es ése el tipo de amor que yo deseo y como ya te he dicho. es posible que yo sea la única culpable de ello. Antes no me conocía realmente, pero ahora sí.

-¿Qué vas a hacer ahora?

-No lo sé. No he pensado mucho en eso todavía.

-¿Y con tu vocación por la enseñanza?

-Yo... bueno... ¿Qué vas a hacer tú?

-¿Yo? Volveré a ser soltero, hasta que pueda encontrar otra virgen impresionable que me persuada de que me acueste con ella. Supongo que después nos casaremos y ella se hará cargo de mis necesidades físicas: también aliviará mi necesidad de paz, de cordura compañía, mientras yo suspiro por otra mujer, ¿qué mas da? Pero esta vez será mejor que me asegure de que no sea la hija de Sir Paul Sutherland disfrazada.

-Cliff. Esas son tus propias palabras -gritó.

-Algunas -concedió--. Otras, como paz y compañia eran cosas que encontramos juntos, Sarah, y me sorprendería que alguna vez llegara a encontrarlas con otra mujer. Pero nunca he hecho el amor contigo para mitigar el deseo que sentía por otra mujer. Aunque tengo el presentimiento de que podría esperar sentado porque tú no me creerías, así que adivino que éste el adiós. Hay otra cosa sin embargo. Si esto fuera un efecto posterior a tu aborto...

-No lo es -susurró-. Estoy bien. Ahora, vete -Sarah huyó hasta la seguridad de su habitación.

Se negó a verlo al día siguiente cuando Cliff fue a buscarla otra vez, o a tener cualquier contacto con él a través de su abogado. Pero pronto los desesperados intentos de Cliff para verla, cesaron.

-¡Sarah! ¡Estoy muy preocupada por ti! -dijo Pam dos semanas más tarde-. Por favor déjame llamar al médico. No quieres hablar... Apenas comes, tienes muy mal aspecto; si alejarte de Cliff Wyatt te afecta tanto, ¿por qué...?

-No. Todo ha acabado entre nosotros, Pam -dijo Sarah con resolución-. He decidido tomar unas vacaciones, ¿te gustaría venir conmigo?

Pamela casi se atraganta por la impresión.

-¿Yo? ¿Por qué? ¿Dónde? ¿A la playa? ¿A alguna isla tropical?

-No, a Surfers o a Gold Coast -dijo Sarah-, y creo que las islas tropicales, en esta época del año, son demasiado calurosas y propensas a los ciclones -frunció el ceño-, no sé dónde me gustaría

ir, creo que a algún lugar tranquilo y donde no llueva.

Pam se sentó.

-¿Podrías esperar diez días y... ¿quisieras...? No, probablemente no querrías...

-Dime

-Tú ya conoces a Robert -Pam dijo lentamente. Sarah asintió. Ella había conocido al nuevo pretendiente de Pam y éste la había sorprendido favorablemente. Es un fanático del golf -continuó un poco triste-, pero supongo que podría ser peor... De cualquier manera, ha sugerido que pasemos una semana en un lugar muy bonito donde hay un campo de golf'. Se llama Kooralbyn y está en Queensland, cruzando la frontera con New Sourth Wales. Por lo visto es un nuevo hotel que está a las afueras de la ciudad y a kilómetros de cualquier lugar. Además tiene todo tipo de comodidades, sauna, centro de belleza; cancha de tenis, caballos, buceo y se dan cursos avanzados de golf. ¿Por qué no vienes con nosotros?

Al principio a Sarah no le pareció muy buena idea, pero después pensó que la frontera con New Sourth Wales estaba a seiscientos kilómetros de Edgeleigh, así que...

-A Robert podría no gustarle que fuera con vosotros -dijo lentamente.

-Querida -dijo Pam-. A Robert le caes muy bien, pero él y yo compartiríamos una habitación, ¿te importa?

Sarah sonrió.

-Por supuesto que no, bueno...

-Y tú jugabas al golf con tu padre y te encantaba.

-No he jugado desde hace años.

-Entonces, podrías hacerlo ahora. Necesitas un descanso y compañía y en estos diez días que faltan para que nos vayamos, podemos penar en nuestro guardarropa.

Kooralbyn estaba situado en un hermoso valle con el monte Lindesay al fondo. Había pájaros y patos por todas partes y ya avanzadas las tardes, los canguros salían de los arbustos para pasear pacíficamente.

Por la Three donde se impartían los cursos de golf frente del hotel.

La habitación de Sarah daba al campo de golf y estaba bellamente amueblada. De noche, algunos de los enormes árboles eran iluminados con focos, desde el suelo, creando así un maravilloso espectáculo. Ella se puso completamente en manos de

Pam y Robert, lo que quería decir que pasaba la mayor parte de tiempo ocupada en su belleza, en el centro de salud y jugando al golf y todas las noches se vestía para satisfacer a Pamela.

El último día que estaban allí, tomó un periódico de Queensland y lo hojeó después del desayuno. Sus ojos tropezaron con un pequeño artículo en el titular: El ganadero todavía está en estado crítico.

Clif f Wvatt, el ganadero que sufrió el accidente en el helicóptero hace una semana, está todavía en cuidados intensivos, en críticas condiciones, en el Hospital Ro pal de Brisbane. Wvatt, de treinta y cinco años, era pasajero del helicóptero que encontró la inesperada tormenta. El piloto y el otro pasajero salieron del accidente con menos lesiones, cuando el helicóptero se estrelló.

-¡Sarah! ¿Qué pasa?

Muda, Sarah le enseñó el periódico a Pam y, por una vez en su vida, Pam no dijo una palabra, sino que se puso inmediatamente en acción. Apenas una hora después, Sarah, Pamela y Robert llegaban al aeropuerto de Brisbane en el avión que habían tomado desde Kooralbyn.

-Lo siento, pero sólo a la familia inmediata se le permite ver al señor Wyatt.

-Ella es su esposa y yo su suegra -le dijo Pam a la enfermera en forma altiva y Sarah incluso a través de su dolor, supo exactamente lo que iba a decir a continuación -. Yo soy Lady Pamela Sutherland y...

Pero fue innecesario. La enfermera se dirigió a Sarah y le dijo.

-¿Señora Wyatt?, por favor, venga conmigo. Su hermana está con él. Le pediré que salga y hable con usted primero.

-¿Sarah? -Amy llegó hasta ella tropezando, un minuto más tarde-. Oh, ¿dónde estabas? No teníamos siquiera idea de dónde empezar a buscarte.

-Ya estoy aquí, Amy -Sarah la abrazó-. ¿Cómo está él?

-Muy mal. Tiene fractura de cráneo, un pulmón encharcado y una pierna rota, pero además está tan... nervioso cuando está consciente. Los médicos dicen...

-Vamos a llevar a la señora Wyatt -la interrumpió la enfermera--. señora Collins.

Entonces Sarah vio a Cliff, con los ojos cerrados, cubierto sólo por una sábana y conectado a todo tipo de aparatos. Y entonces, supo, que incluso en ese estado, lo amaba como nunca había amado

a nadie y le dolía no haber estado con él en esos momentos tan difíciles de su vida.

-Cliff -susurró y se inclinó hacia él-. Oh, Cliff... ¿Qué se me permite hacer? -le preguntó al médico que lo atendía desesperada.

-Puede hablarle y tocarlo, señora Wyatt. Lo tenemos sedado porque en cuanto está consciente se altera lo cual no le hace ningún bien a sus heridas, pero k·l probablemente la oirá, aunque no pueda responderle de momento. Siéntese, acaríciele la mano y procure no proyectarle sus nervios, por difícil que esto sea.

Sarah tragó en seco y empezó a hablarle.

-¿Cliff? Cliff, soy yo, Sarah. ¿Te acuerdas de mí? Solías decir que había nacido para ser maestra, pero actualmente hay una cosa que preferiría y es ser tu esposa...

Sarah estuvo hablando con él durante dos horas. Le habló de la señora Tibbs, de Billy Pascoe y del vestido de Cindy Lawson. Le habló de su vida en Edgeleigh, de todas las pequeñas anécdotas que recordaba. Finalmente, el doctor dijo:

-El efecto de los sedantes que se le han administrado está a punto de desaparecer, señora Wyatt. Vamos a arriesgarnos a ver cómo reacciona sin ellos; si él... bueno, ya veremos.

Sarah continuó hablándole. De pronto, sintió que Cliff movía ligeramente la mano y después éste abrió los ojos.

-¿Sarah? ¿De verdad eres tú?

-Sí, Cliff. He vuelto para siempre, si tú me quieres.

-Gracias, Dios mío -se aferró a su mano como si no quisiera soltarla nuca, y entonces se quedó dormido, profunda y pacíficamente.

-Ha funcionado -dijo el médico, mientras él y dos enfermeras revisaban todos los aparatos minuciosamente-. Por fin está relajado. No podemos decir que esté totalmente a salvo todavía, señora Wyatt, pero ahora será más fácil. Usted ha obrado un pequeño milagro.

CAPÍTULO 10

PASÓ un mes antes de que Cliff fuera dado de alta del hospital e incluso entonces tenía la

pierna escayolada y necesitaba usar muletas. pero respiró profundamente en los escalones de la entrada del hospital y dijo con fervor:

-Demonios, creía que nunca iba a salir de aquí.

Sarah le pasó el brazo por la cintura.

-Cliff, ¿estás seguro que quieres regresar directamente a Edgeleigh?

-Sí, Cliff. ¿Por qué no vienes a Coorilla antes -le pidió Amy-. Estaríamos mucho más cerca de Brisbane para cuando tengas que venir.al hospital.

-No -dijo con una débil sonrisa-. Voy a volver hoy a Edgeleigh. Iré en helicóptero, con mi esposa.

No fue fácil ayudarlo a entrar al helicóptero por su pierna, pero él estaba decidido a hacerlo. Sarah se estrechó contra él y salieron del aeropuerto Arche field. Cliff hizo el viaje muy tenso y Sarah trató ,b consolarlo sin decir palabra. Cuando aterrizaron sane y salvos en Edgeleigh, Sarah sintió que Cliff se relajar y lo vio tragar en seco. Él dijo al fin:

-Nunca va a ser tan difícil como esta vez.

-Creo que te mereces una medalla.

-Creo que la medalla te la mereces tú por haber soportado este último mes. Mi mal humor, mi impaciencia, todo.

Por supuesto había un comité de recepción esperándolos. Llevaban una bandera que decía «BIENVENIDO, JEFE». Le habían organizado una fiesta y nadie dijo una palabra acerca de lo demacrado y delgado que estaba. Tampoco comentaron la misteriosa desaparición de Sarah, ni siquiera la señora Tibbs después de que ella misma diera por terminada la fiesta y les pidiera a los dos, a Sarah y Cliff, que volvieran a la casa. «No siempre voy a poder escaparme», pensó Sarah mientras Cliff, en la terraza, se apoyaba sobre sus muletas y respiraba profundamente otra vez.

-Ven -dijo ella con suavidad-. Necesitas descansar.

-Espero que tú no me trates como a un enfermo. Sarah.

-No. Te dejaré levantarte a cenar si descansas ahora un rato.

-¿Y si no?

-Usted haga lo que se le dice, señor Cliff Wyatt -dijo la señora Tibbs.

-¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Sé cuando estoy vencido.

-Entonces, ¿ha vuelto para quedarse?

-Sí, señora Tibbs.

Estaban en la cocina tomando un té mientras el sol se perdía en el horizonte.

-Él se puso como loco cuando usted se fue. -¿De verdad?

-Pero al final todo ha salido bien. Creo que ya han resuelto todos sus problemas. Y no diré una palabra más al respecto.

Sarah la miró sorprendida.

-Gracias.

-¿Y qué es eso que han dicho de que es la hija de un Lord?

-No. ¿Dónde demonios ha oído eso?

-Bueno. Ya sabe lo que es el telégrafo, y podría jurar que eso es lo que dijeron. Ya estaba lista para llamarla Milady.

-Mi padre fue caballero, pero es mi madrastra la que lo es y ese título no se hereda. Probablemente la conocerá algún día.

-¿De verdad? Estoy deseando conocerla -se levantó para preparar la cena.

Sarah rió por dentro. Entonces recordó que la señora Tibbs le había dicho que las cosas entre ellos ya estaban resueltas y se preguntó que pasaría si supiera que todavía no habían aclarado nada, aunque quizá no fuera necesario.

De pronto, Sarah oyó un ruido y vio a Cliff de pie en la puerta. La estaba observando. Ella sonrió y se puso de pie.

-Espero que tengas hambre. ¡La señora Tibbs te til preparado un banquete!

-Sí, si la tengo. ¿En qué piensas, Sarah? Estás a un millón de kilómetros de aquí.

-En nada. ¿Quieres tomar algo antes de la cena

-Creía que nunca me la ibas a ofrecer.

Se acostaron temprano y, cuando ella lo iba a ayudar a cambiarse, Él le dijo:

-Sarah, ¿podríamos hablar un rato?

-Si quieres, Cliff, pero...

-Sí -se sentaron en el borde de la cama.

-Me gustaría saber si haces todo esto por compasión.

-¡No, por supuesto que no, Cliffl -Entonces, ¿por amor?

-Sí.

Pero no hace mucho odiabas amarme. -Sí.

-Sí, Sarah, quiero que sepas cuánto me afectó perderte y que Wendy Wilson perdió en ese momento los últimos vestigios del poder que tenía sobre mí. Aquella última vez en Coorilla lo que logró de mí fue que comprendiera que no era a ella a quien amaba

y me di cuenta al fin de todos los años de mi vida que me había hecho perder; aunque ella todavía pensaba que era más seductora y deseable que tú, no tenía idea siquiera de lo que se necesita para ser una mujer real, como tú.

Continuó emocionado:

-Pero yo no fui capaz de hablarte de ello entonces. Te perdí y me di cuenta de lo que había hecho. Lo entendí al fin; fui consciente de que había permitido que pensaras las cosas que pensaste porque no me podía librar de su veneno; porque no podía permitirme a mí mismo confiar otra vez. Por eso te declaré mi amor sin entusiasmo y por eso estaba seguro cuando fui a buscarte a Melbourne de que podría hacerte volver, pero no me di cuenta de que no me estaba comprometiendo de verdad. Y al volver a Edgeleigh entendí que estabas decidida a no regresar y comprendí lo que te había hecho, lo que nos había hecho, al dejarte pensar que no te amaba tanto como tú querías y entonces empezó el verdadero infierno para mí.

-Oh, Cliff -musitó y le contó cómo se había sentído después de abortar-. Por eso me fui. Cuando lo estaba perdiendo, supe que te amaba a ti más que a nada en el mundo.

-Y es lo que quisiste decir cuando dijiste que merecías perderlo, Sarah. Oh, Dios. no te lo merecías, no tenía nada que ver.

- Lo sé, pero no quería aceptarlo y por eso te dije que hasta entonces no me conocía a mí misma.

-¿Y volviste conmigo cuando yo te he hecho tanto daño? Sarah, por eso temía que lo que sentías por mi fuera compasión.

-No, Cliff, no era compasión: te amo.

Cliff despertó a media noche y se maldijo por estar impedido. Sarah sintió que el corazón se le aceleraba cuando él le bajó el camisón y besó sus senos con desesperación.

-Cliff, estoy aquí. ¿Estás despierto?

-No sé por qué me acusas de hacer esto dormido.

-Creía que tenías una pesadilla.

-La tenía. Solía tenerlas en el hospital. ¿No te cont(" la enfermera?

Sarah sonrió.

-No. pero el médico me dijo que nos iríamos h brando de ellos poco a poco.

Cliff le pasaba un brazo por la cintura y le dijo:

Te... amo, Sarah. Creo que empecé a amarte desde la primera vez que parpadeaste detrás de las gafas y me ofreciste darme un

puñetazo; amo tu cuerpo y tu forroi de ser, tantas cosas... pero más que nada, te amo p& tu forma de amarme.

-¿Sabes? Creo que después de todo lo que heno pasado nos queremos más que nunca.

-Y tú, ¿cuándo te enamoraste de mí?

-El primer día, pero creo que siempre lo has sabido.

-Hubiera tenido que ser un supremo optimista para no imaginarme que lo único que había conseguido era enfadarte. Continúa.

-Si no vas a admitir que yo estaba enamorada... entonces yo tampoco admitiré que te gusto desde ese día.

-Sólo trataba de demostrar que ya he cambiado. ¿Quieres apostar?

-Hablando de apuestas, hicimos una una vez.

-Lo recuerdo perfectamente. ¿Quién crees que lia ganado?

-Tú ganas. Eres un marido adorable casi siempre. ¿Se te olvida que una vez me dijiste que lo que me faltaba era luz de luna y rosas?

-Sí, lo recuerdo. Ésa fue la primera vez que te besé, que me aproveché de ti -dijo malicioso.

-Supe que nunca cambiaría completamente, Cliff Wyatt, pero...

De pronto, Cliff la estrechó las manos con tanta fuerza que Sarah se asustó.

-¿Cliff, estás bien? ¿Has...?

-No, no estoy bien --respondió--, pero no porque esté enfermo, sino porque estoy pensando que no te merezco, pero que te amo mucho Sarah y lo único que puedo es demostrártelo...

-Oh, Cliff -susurró-, se movió en sus brazos-: Cliff, te amo, por favor créeme, ¿qué puedo hacer yo para demostrártelo, eh?

-Quedarte conmigo para siempre, Sarah.

Dos semanas más tarde, Sarah se levantó de la mesa donde estaba desayunando y volvió a los diez minutos, pálida y nerviosa. Eso hizo que la señora Tibbs dijera: -Siéntese y trate de comer una rebanada de pan tostado y una taza de té -continuó-. Es asombroso lo que alguna gente puede hacer con una escayola.

Cliff, soltó una carcajada..

-El mérito no es sólo mío, señora Tibbs, aunque me encantaría -se volvió hacia Sarah-. ¿Feliz?

-Oh, sí, mucho.

Y ocho meses y medio después Sarah tuvo un precioso hijo, que pesó tres kilos doscientos gramos.

-Creo que se parece a los dos -comentó su padre satisfecho.

-¿De verdad? Supongo que es lógico – comentó su madre sonriendo.

-Lo que quiero decir es que es moreno como yo, pero tiene rasgos tuyos. ¿Te das cuenta de una cosa?

-¿De qué?

-De cuanto te quiero -y la abrazó:

Sarah se apoyó en él y sintió su calor y su fuerza.

-Yo también te amo...